



*El* **DESTINO**  
DE UNA *Dama*

**TRIXIE GEORGE**

# **EL DESTINO DE UNA DAMA**

**TRIXIE GEORGE**

**Primera edición: octubre 2018**

© 2018, Trixie George

© Imagen original de la portada, Adobe Stock Photo

Diseño de la portada: Trixie George.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Todos los personajes y escenarios de esta obra son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

# **INDICE**

**CAPITULO 1**

**CAPITULO 2**

**CAPITULO 3**

**CAPITULO 4**

**CAPITULO 5**

**CAPITULO 6**

**CAPITULO 7**

**CAPITULO 8**

**CAPITULO 9**

**CAPITULO 10**

**CAPITULO 11**

**CAPITULO 12**

**EPILOGO**

**NOTA DE LA AUTORA**

**SOBRE LA AUTORA**

# CAPITULO 1

A sus sesenta años, lord Harold Berkeley, conde de Pinecrest, era un hombre ordenado y meticuloso. Todas las mañanas repetía la misma rutina: a las siete estaba en pie y tras un vigoroso paseo por el jardín se sentaba a las ocho en punto ante el desayuno: una taza de té muy fuerte y un par de huevos hervidos. La rutina era tan importante para él que la más mínima alteración lo ponía de mal humor. Todos en su casa lo sabían. Todos lo respetaban.

Hasta esa mañana.

Lord Berkeley entornó los ojos y miró a su alrededor con el ceño fruncido. Algo muy extraño estaba sucediendo: los huevos en el plato frente a él estaban aplastados y sin forma, el té estaba aguado e insípido y- lo que todavía era peor- ni su esposa ni sus hijas estaban sentadas en sus sillas para unirse al desayuno familiar. Lo único invariable era la presencia de su sobrina Lynette, la hija de su fallecido hermano Gerard, que masticaba con cara de aburrimiento, como si la mesa vacía no le sorprendiese en absoluto.

Lord Berkeley la observó con detenimiento. Su sobrina tenía los rubios cabellos perfectamente peinados y su piel era tan blanca que contrastaba con la porcelana de las tazas. El conde se preguntó por enésima vez cómo era posible que el calavera de su hermano hubiese engendrado una hija con unos modales tan exquisitos. Cualquiera hubiera pensado que Lynette se había pasado la vida estudiando protocolo, pero la realidad era bien distinta: la joven había pasado años dando tumbos por toda Inglaterra, con un padre insensato que había dilapidado toda su herencia debido a su afición al juego y a la bebida. Lord Berkeley había acogido a Lynette tras el fallecimiento de Gerard en una pelea de borrachos el año anterior. Se alegraba de haberlo hecho; sus dos hijas necesitaban un modelo de buenos modales y distinción. Sobre todo Charlotte.

Percibiendo su mirada, Lynette le obsequió con una radiante sonrisa por encima de su taza.

—Tienes mal aspecto, tío. ¿No has dormido bien?

—He dormido perfectamente —gruñó el conde apartando el plato— ¿Dónde están tu tía y tus primas? ¿Por qué no han bajado a desayunar?

—¡Oh! —Lynette dio un respingo—. Estoy segura de que no tardarán... — Se encogió de hombros y dio un enorme mordisco a un bollo. A lord Berkeley le dio la impresión de que le estaba ocultando algo.

Su ceño se frunció todavía más al darse cuenta de que había otro detalle que estaba mal: su ejemplar del *Spectator* no aguardaba bajo el salero y el pimentero, como era habitual por las mañanas. Hizo sonar la campanilla y el ama de llaves apareció rápidamente, con el periódico en la mano. Parecía nerviosa y congestionada y varios pelos largos y grises se le escapaban del moño. El conde le dirigió una mirada torva mientras cogía la gaceta y la abría, tal como tenía por costumbre, por las páginas centrales. Siempre leía los asuntos de sociedad en primer lugar y dejaba la política para el final, cuando ya tenía el estómago bien lleno.

Frente a él, Lynette había dejado de masticar. El ama de llaves había huido del comedor y también el mayordomo había tenido el buen sentido de no dejarse ver esa mañana. A Lynette le gustaba leer el *Spectator* a primera hora, incluso antes de que el periódico llegase a manos de su tío, así que conocía el motivo de todas las cosas extrañas que estaban sucediendo. Observó atentamente al conde, a la espera de la explosión que sabía que estaba a punto de producirse. Lo vio dar pequeños sorbos a su taza de té mientras sus ojos se movían veloces por el papel, ajeno a la desagradable sorpresa que estaba a punto de llevarse. Percibió el instante exacto en que su ceño comenzó a fruncirse, sus fosas nasales se esponjaron con horror y sus carnosas mejillas se volvieron rojizas debido a la furia.

Lynette comenzó a contar hacia atrás, tratando de adivinar el momento en que su tío soltaría el bramido.

*Tres...dos...uno...*

—¡¡Charlotte Eliza Marie Berkeley!! —rugió el conde— ¡Ven aquí inmediatamente!



Dos pisos más arriba, la condesa de Pinecrest suspiró pesadamente mientras las paredes retumbaban debido a los gritos de su esposo. Lady Berkeley era una mujer robusta y tranquila que, a diferencia de su marido, siempre se mostraba comedida y jamás perdía los nervios. La condesa miró a sus dos hijas, sentadas frente a ella en el cuarto de costura donde las tres se habían refugiado en lugar de bajar a desayunar. Después abrió su copia del *Spectator* y releyó el artículo que había causado el estallido de rabia en el comedor:

*En sus cien años de vida, la Royal Society, bastión y orgullo del Reino, se ha visto envuelta por primera vez en un escándalo. La culpable ha sido una bella señorita, nada menos que lady Charlotte Berkeley, la hija mayor del conde de Pinecrest que, como recordarán nuestros lectores, fue presentada en sociedad hace ya dos temporadas, aunque hasta la fecha ha desdeñado a todos sus pretendientes. Dicha señorita causó gran agitación cuando se dedicó a perseguir por los pasillos de la Royal Society al honorable lord Tressillian, que acababa de pronunciar un discurso sobre su expedición al Pacífico. Lord Tressillian, que está casado desde hace más de veinte años, ha confesado a este periódico que la actitud de la muchacha le causó gran zozobra e incomodidad. ¿Qué hacía lady Charlotte en la Royal Society? ¿Qué quería de lord Tressillian? Preguntas sin respuesta que, sin duda, intrigan a nuestros lectores tanto como a nosotros.*

La condesa dejó de leer, se sacó el monóculo y posó la mirada sobre la culpable de todo este embrollo: Charlotte, que fingía estar muy ocupada observando el vuelo de dos mirlos a través de la ventana. A su lado, su hija menor, Jocelyn, se cruzaba de brazos como si todo aquel asunto le provocase una gran congoja. La condesa pensó, no por primera vez, que sus hijas no podían ser más distintas: Charlotte era rebelde y temeraria, con un carácter



fuerte que había heredado de su abuelo, y Evelyn era tímida y detestaba llamar la atención.

—¿Cómo se te ha ocurrido, Charlotte? —La miró con severidad—. Colarte así en la *Royal Society*... ¿Acaso te has vuelto loca?

—¡Bah! —La aludida meneó la cabeza provocando que sus oscuros rizos se agitasen como pájaros alzando el vuelo. Había heredado los ojos de su madre, grises como peltre recién bruñido, y en ese momento brillaban de obstinación—. Ese panfleto es una basura ¡Persiguiendo a lord Tressillian! ¡Qué tontería! Solo iba tras él porque quería que me contase más detalles sobre su expedición. No entiendo por qué tuvo que huir de aquella manera, como si yo fuese una fiera salvaje o algo así. Su conferencia fue muy interesante, pero él es un hombre muy desagradable.

Lady Berkeley puso los ojos en blanco.

—¿Interesante? —repitió con escepticismo— ¡No entiendo cómo pueden interesarte ese tipo de cosas: travesías por el océano, penalidades, peligros, enfermedades...

—¡Y tierras inexploradas, animales nunca vistos, plantas fantásticas! —Charlotte abrió los ojos con emoción— ¡Por supuesto que me interesan esas cosas, mamá! Es todo muy emocionante, mucho más que enterarse de por qué lady Walls rechazó la propuesta de cortejo de lord Bradford o de lo que sea que habléis en esos aburridos tés a los que eres tan aficionada.

—¡Temas mucho más apropiados para una señorita, sin duda! —amonestó su madre—. Esta vez te has pasado de la raya, Charlotte. Tu padre está furioso y con razón. Por cierto... ¿cómo te las arreglaste para que te dejaran entrar en la *Royal Society*?

Charlotte se encogió de hombros.

—Simplemente hice llegar una tarjeta afirmando que Charlie Berkeley, de Pinecrest Manor, asistiría a la conferencia. Cuando me presenté allí el mayordomo quiso negarme el paso. ¡Absurdo! Le reté a demostrar que yo no era Charlie Berkeley y, por supuesto, no fue capaz. Tampoco fue capaz de

enseñarme el párrafo en los estatutos de la *Royal Society* que prohíbe la entrada a las mujeres, de modo que acabé venciendo yo. Supongo que le di un poco de miedo.

La condesa se llevó la mano a la boca para ocultar la pequeña sonrisa que amenazaba con escaparse. Por supuesto que no había ningún párrafo en los estatutos prohibiendo la entrada a las mujeres: lo más seguro era que los añejos lores que los habían redactado jamás contaron con la posibilidad de que una joven terca y voluntariosa se presentase ante sus puertas. Charlotte siempre parecía tener una fuente inagotable de tretas para salirse con la suya.

Jocelyn decidió que ese era el momento propicio para intervenir en la conversación.

—Mamá —dijo con voz lastimera— ¿Es que no piensas hacer nada? Charlotte no deja de meterse en problemas y ya está adquiriendo fama de excéntrica. Sus acciones perjudican a toda la familia, sobre todo a mí, que estoy a punto de casarme. Esto llegará a oídos de la familia de Edward. ¿Qué pensarán de nosotros? ¿De mí?

—Jocelyn, eres una exagerada. —la regañó Charlotte—. El estirado de tu prometido no pensará mal de ti por nada de lo que yo haga. ¡Faltaría más! Si eres la viva imagen de la decencia y el decoro, el ejemplo de virtudes al que todas las damas de Londres quieren parecerse.

El tono de Charlotte era burlesco y aunque su madre pensaba que en el fondo tenía algo de razón, no se le escapó la mueca de dolor que atravesó el rostro de Jocelyn. Charlotte no tenía mala intención, pero era tan brusca e impetuosa que a veces hacía daño con sus palabras, sobre todo a su hermana, que era frágil como un corderillo. Decidió poner paz.

—Jocelyn tiene razón —dijo con firmeza—. Todas estas locuras deben cesar de una vez por todas. La gente está comenzando a pensar que tienes un carácter difícil. Jamás encontrarás un buen partido si sigues comportándote de este modo.

—No quiero casarme —respondió Charlotte, rápida como un látigo—. No me interesa ninguno de esos pomposos lores que solo saben hablar de sí

mismos. Estoy muy bien soltera.

Lady Berkeley suspiró. Su menté voló a muchos años atrás, cuando ella misma había tenido una conversación muy similar con su propia madre. Semanas después había conocido a Harold y toda su resistencia se había disuelto de golpe, prendida en las largas pestañas y la conversación chispeante del futuro conde. Si de una cosa estaba segura era de que su hija jamás se conformaría con alguien aburrido y apacible como lord Balfour, el prometido de Jocelyn, que era un hombre de lo más corriente. No, Charlotte no estaba hecha para un matrimonio de conveniencia: su carácter independiente e indómito solo se plegaría ante un hombre excepcional, ante un amor de verdad, de los que solo unas pocas afortunadas tenían la suerte de encontrar.

—Nunca se sabe —dijo—. Quizá algún día cambies de opinión. No creo que quieras pasarte la vida aquí, ayudando a tu padre con los diseños de sus barcos.

—Pues no me parece un mal plan —dijo Charlotte, beligerante.

Esa era otra de las cosas que tenía en común con su padre, además del carácter explosivo: la pasión por el mar. Antes de heredar el condado y establecerse con su esposa, lord Berkeley había servido como Almirante en la *Royal Navy* y cuando estaba de buen humor solía animar la imaginación de sus hijas contándoles historias sobre tierras inexploradas y viajes apasionantes. A lord Berkeley le encantaba diseñar barcos y había conseguido sacar beneficio de su afición; su participación como socio en varias de las rutas de comercio marítimo financiadas por la Corona, le habían convertido en uno de los hombres más ricos de Inglaterra.

A Charlotte le encantaba ayudar a su padre con sus diseños: tomar tinta y papel y dibujar las líneas firmes y los ángulos robustos de un barco, trazar esbozos que luego se convertirían en un prototipo de madera y más tarde, si el diseño era aprobado, pasarían a manos de los maestros astilleros. Los barcos de los Berkeley eran navíos firmes y veloces, pero nadie sabía que una de sus hijas era la responsable de muchos de los diseños iniciales.

—De todos modos, no entiendo por qué la gente habría de prestar atención a ese estúpido artículo del *Spectator* —añadió Charlotte—. Hay asuntos mucho

más importantes de los que preocuparse, como los recientes ataques de barcos piratas en el Pacífico. Ese corsario, Jack *el Rojo*, está volviéndose cada vez más atrevido.

—Las escaramuzas de los piratas no son tanto del interés de las matronas como tus aventuras en la *Royal Society* —dijo su madre con acritud—. Ahora mismo todas esas grandes damas estarán desayunando con el escándalo y preparándose para la avalancha de murmuraciones.

Charlotte se disponía a responder cuando un nuevo bramido procedente del piso de abajo la interrumpió. Sin duda el conde estaba hartándose de que le hiciesen esperar. La condesa miró a su hija alzando las cejas.

—Estoy segura de que tu padre opina igual que yo. Y como puedes ver, está furioso. No creo que te vayas a librar esta vez, Charlotte.

—¡Bah! —Charlotte rechazó con un gesto de la mano las palabras de su madre—. Papá nunca puede estar enfadado conmigo demasiado tiempo. Se le pasará pronto, ya lo veréis.



Tres horas después Pinecrest Manor seguía envuelta en una agitación poco habitual. Sentada a solas en el salón de costura, a Lynette le había dado tiempo a añadir dos nuevas hileras de golondrinas al paisaje invernal que estaba bordando sobre un lienzo. Los gritos se oían a través de la puerta cerrada y los de lord Berkeley rivalizaban en volumen con los de Charlotte, aunque el sonido llegaba tan amortiguado a través de las gruesas puertas que no se podía distinguir ni una sola palabra. Aunque la curiosidad la carcomía, Lynette se mantuvo tranquila. Sabía que su prima le contaría todo antes o después. Siempre lo hacía.

No tuvo que esperar demasiado. Momentos después Charlotte entró como

una tromba en la estancia, con su vestido color magenta flotando tras ella como las sábanas de un fantasma furioso. Estaba tan enfadada que sus rizos se parecían más que nunca a un nido de pájaros y sus ojos echaban chispas. Se dejó caer sobre un diván de un modo muy poco femenino y bufó como una gata. Sin perder la compostura, Lynette apartó a un lado el bordado y se encaró con su prima.

—¿Y bien?

—¡Casarme! —tronó Charlotte— ¡Se ha vuelto loco! ¡Quiere que me case para que deje de hacer tonterías! ¡Un matrimonio concertado con lord Westbrook, nada menos!

Lynette alzó ambas cejas en un arco perfecto. Su tío debía estar realmente enfadado si pretendía casar a Charlotte con lord Westbrook, el soltero más pedante y aburrido de cuantos pululaban por Londres. Para acabar de rematarlo, también era el editor del *Spectator*, el periódico que había provocado todo aquel jaleo.

—Bueno... —tanteó Lynette—. Lord Westbrook es...alto.

—¡Alto! —Charlotte resopló— ¡Es un espantajo! Tiene los pies tan grandes como un elefante y sus brazos parecen las ramas de un sauce. ¡Y le faltan dientes!

—Al menos es erudito —intentó Lynette—. Ha de serlo, ya que dirige un periódico.

—Sí, ese ridículo panfleto que se ha dedicado a escribir tonterías sobre mí —se burló Charlotte—. Aunque he oído que él solo pone el dinero; jamás ha redactado un solo artículo ¡Su conversación es tan aburrida y soporífera que incluso Jocelyn se dormiría al escucharle! ¡Esto es lo peor que podría sucederme!

—Quizá tío Harold acabe cambiando de opinión. Siempre ha sentido debilidad por ti, ya lo sabes.

—¿Tú crees? —Charlotte la miró dubitativa—. Esta vez creo que no lo

hará. Parecía realmente enfadado. Al menos tú tienes suerte y no ha intentado casarte con el primer espantajo que ha llamado a su puerta.

—Bueno, yo solo soy su sobrina. Es natural que se preocupe más por encontrar buenos partidos para sus hijas —razonó Lynette. A Charlotte le pareció percibir un deje de dolor en la voz de su prima.

—¿Buenos partidos? No creo que a Westbrook pueda catalogársele de ese modo, y tampoco a ese lord Balfour con el que mi hermana va casarse.

—A ella parece gustarle mucho su prometido.

—No lo sé —dudó Charlotte—. Dicen que el amor es como una fiebre, una enfermedad de la que una no quisiera curarse, pero Jocelyn no parece enferma de amor cuando habla de Balfour. Más bien parece bastante indiferente.

Jocelyn tiene un carácter muy reservado —dijo Lynette—. Es muy difícil saber lo que piensa. Quizá sí está muy enamorada de él.

—Lo dudo... —Charlotte entornó los ojos—. ¿Y tú? ¿Te has enamorado alguna vez?

—¿Yo? No, nunca —dijo su prima con demasiada rapidez. Charlotte la miró con suspicacia—. ¿Estás segura?

—Como comprenderás, no tuve la oportunidad de conocer a muchos jóvenes cuando vivía con mi padre —respondió Lynette con aire melancólico—. Nunca estábamos demasiado tiempo en un mismo lugar; siempre íbamos de un lado a otro, de una posada a otra, como si fuéramos nómadas. Incluso durante unos meses vivimos en un viejo granero. Mi padre...ya sabes que tenía un problema con la bebida.

Charlotte asintió intrigada, animándola a seguir. Desde su llegada a Pinecrest Manor, su prima había mostrado un carácter reservado y modesto, y apenas hablaba de su vida anterior.

—Los demás nobles siempre despreciaron a mi padre, considerándolo una vergüenza para la alta sociedad —continuó Lynette con amargura—. Apenas

conocí a mi madre, ya que murió cuando yo era muy pequeña; pero ella también era la oveja negra de una familia poderosa.

—No lo sabía —dijo Charlotte con sinceridad. Todos parecían saber muy poco de la mujer que, según contaban, había llevado a su tío Gerard por malos pasos; y ella había oído decir a las criadas que se trataba de una joven de vida alegre que tío Gerard habría conocido en alguna taberna o prostíbulo. Al parecer, no era así.

—Su padre era un lord de Inglaterra, aunque jamás se llevaron bien. La repudió cuando era muy joven —explicó Lynette.

—Todo esto debe de haber sido muy difícil para ti—dijo Charlotte con simpatía. Le costaba imaginarse a su prima, con sus modales delicados y su apego a las buenas costumbres, recorriendo toda Inglaterra con un padre alcohólico, sin un lugar al que llamar hogar.

—Lo fue. Sentir el rechazo de todos fue la peor parte. Mi padre murió a solas en un granero, desangrado tras una pelea. Como un perro. —Lynette apretó los labios en una fina línea y, por un momento, sus ojos azules brillaron de furia—. Pero no hablemos más del pasado. Es del futuro de lo que hemos de ocuparnos ahora. ¿Qué piensas hacer con todo ese asunto de lord Westbrook? ¿Vas a resignarte a convertirte en tu esposa?

—¿Resignarme? —Charlotte la miró con fiereza—. Qué poco me conoces. Jamás me resignaría a aceptar un destino que no deseo. No te preocupes, Lynette. Espero que mi padre entre en razón y si no lo hace, antes o después se me ocurrirá algo para librarme de Westbrook. Ya lo verás.



Dos puertas más allá, el conde de Pinecrest mantenía una seria conversación con su esposa. Lady Berkeley raras veces entraba en el despacho de su

marido, y solo lo hacía cuando necesitaba discutir con él asuntos importantes, temas en los que, tras una acalorada discusión, ella siempre acababa saliéndose con la suya; aunque lo hacía de un modo tan sutil que el conde seguía pensando que era él quien tomaba las decisiones. Miró con calma a su esposo, que todavía seguía congestionado y muy colorado tras la disputa con Charlotte.

—¿Estás seguro de que es una buena idea, Harold? ¡Casar a la niña con lord Westbrook! Ese hombre es una pesadilla.

—Es la mejor solución, Mabel. Charlotte tiene ya veintidós años y sabes tan bien como yo que los rumores han comenzado a fluir. Debemos casarla de una vez por todas, antes de que se nos vaya de las manos.

—Sí, querido, pero un matrimonio concertado...No sé... Si al menos ella pudiera elegir...

—No muestra interés alguno y estamos al final de su segunda temporada. Ha rechazado a decenas de pretendientes.

—Lo sé. —la condesa suspiró—. Aún así, sigo pensando que Westbrook es un pésimo partido.

—Le conozco. Es un blando y un pusilánime y no tratará de dominar a Charlotte. Es el candidato apropiado para ella. Con el carácter que tiene nuestra hija, sería un desastre casarla con alguien más dominante.

La condesa hizo una mueca de disgusto.

—La verdad es que a mí ese hombre me parece tétrico. Me da mala espina al igual que Balfour, el prometido de Jocelyn. No gusta ninguno de los dos. Creo sinceramente, Harold, que no hemos hecho un buen trabajo escogiendo candidatos para nuestras hijas.

Harold la miró alarmado.

—No empezarás ahora a cuestionarte la boda de Jocelyn, ¿verdad, Mabel? Ni se te ocurra hacerlo. La niña está muy empeñada en ese enlace, ya lo sabes.



Y Balfour es un hombre con una reputación intachable.

—Es muy extraño. Últimamente Jocelyn está irreconocible. Cuando la presentamos en sociedad parecía muy entusiasmada, eufórica incluso. Después se pasó semanas triste y alicaída, como si nada le importase... y de repente llegó ese Balfour pidiendo permiso para cortejarla y a ella le pareció buena idea... No lo entiendo, Harold.

—No tienes nada que entender, Mabel —zanjó su esposo—. Jocelyn quiere casarse con Balfour y yo opino que es un partido más que aceptable. Y en cuanto a Charlotte, creo que dadas las circunstancias Westbrook es el candidato ideal para ella.

La condesa frunció el ceño. De nuevo, se recordó a sí misma a los veinte años, asegurándoles a sus padres que jamás se casaría. Por supuesto, había cambiado de idea al conocer a Harold. En el fondo de su corazón, sabía que su hija jamás sería feliz en un matrimonio concertado; ella era tenía que elegir, tenía que sentir la fuerza de un amor apasionado, un amor que llegase de repente y lo cambiase todo. Si al menos no se mostrase tan poco dispuesta a ir a los bailes y alternar con caballeros...

Harold la miró, alarmado por su silencio.

—No intentes convencerme, Mabel —dijo por si acaso—. No lograrás hacerme cambiar de opinión.

Mabel había entrado en el despacho pensando en hacer precisamente eso. Sin embargo, mientras escuchaba a su esposo, una nueva idea tomó forma en su mente. Quizá la amenaza de una boda con Westbrook era lo que Charlotte necesitaba para salir de su zona de confort, para dejar de rechazar la idea del amor y echar un vistazo a su alrededor... Quizá, con un poco de suerte, encontraría por sí misma a alguien más adecuado para ella.

Obsequió a su esposo con una flamante sonrisa.

—Claro que no, querido —dijo dulcemente—. No quiero que cambies de opinión. Creo que has tenido una idea magnífica.

## CAPITULO 2

Lord Benjamin Thomson estrechó la mano que se le tendía y sonrió distraído al hombre que le dirigía palabras de halago. Había aceptado sin muchas ganas la invitación a una fiesta en casa de lord Westbrook, el editor del *Spectator*, y estaba empezando a arrepentirse. Llevaba horas saludando a gente que apenas conocía y estrechando manos, y sentía las palmas sudadas y adormecidas. No era para menos, no todos los días heredaba uno un ducado y toda la alta sociedad de Londres estaba deseosa de alternar con el nuevo duque de Bainbridge. Es decir, él mismo.

A Benjamin todavía le costaba creérselo. Apenas había tenido relación con el antiguo duque, un primo carnal de su madre que había pasado la mayor parte de su vida fuera de Inglaterra. El duque no había tenido hijos varones y, tras su inesperado fallecimiento en un accidente de carruaje, Benjamin se había encontrado con la noticia de que él era el heredero del ducado de Bainbridge y de las inmensas posesiones que lo acompañaban. Jamás había imaginado que llegaría a ostentar un título de tal calibre. Su padre había sido vizconde y aunque jamás habían tenido problemas económicos, sus arcas no eran nada en comparación con la cuantiosa fortuna que acababa de heredar. Para ser sinceros, la idea le mareaba un poco.

Su mejor amigo, Oliver Wolcott, se acercó a él con dos copas en la mano.

—Pareces agobiado —dijo tendiéndole una de ellas.

—Claro que no —respondió Benjamin. Oliver alzó una ceja y él resopló—. Bueno, sí lo estoy. Un poco —admitió—. No estoy acostumbrado a recibir tanta atención. Me siento como un pavo real en una jaula, todos me están mirando.

—Todos y todas —puntualizó Oliver con una sonrisa irónica—. Lady Dudley parece dispuesta a enviar a todas sus hijas en formación a tu encuentro, como un regimiento de caballería.

Benjamin siguió la mirada de su amigo. La oronda lady Dudley lo observaba con la expresión del viejo gato que vigila a un ratón, flanqueada por sus seis hijas casaderas, altas y desgarbadas. Pensó que Oliver no iba desencaminado puesto que todas ellas tenían un cierto aire caballuno. Tragó saliva.

—Las Dudley pueden irse a pescar a otros mares —dijo con firmeza—. No pienso casarme; ya sabes lo que opino del matrimonio. Solo trae quebraderos de cabeza.

Oliver se encogió de hombros. Él mismo pensaba igual tiempo atrás, hasta que el amor de su vida se cruzó en su camino de la forma más insospechada. Verity. Echó una ojeada en dirección a su esposa, que conversaba cerca con otras damas. Ella y su pequeña hija, Melissa, eran ahora el centro de su mundo.

Benjamin adivinó sus pensamientos.

—La excepción no hace la regla —apuntó—. Casos como el tuyo escasean. No todos tenemos la suerte de cruzarnos por casualidad con nuestra alma gemela y yo no tengo el tiempo ni la paciencia para aguantar charlas insustanciales de damas con el cerebro de un mosquito.

—Bien, pero un ducado conlleva una enorme responsabilidad —razonó Oliver—. Algún día necesitarás un heredero; de lo contrario cuando seas un anciano achacoso tendrás que rebuscar entre todos tus parientes hasta encontrar a alguien digno del ducado de Bainbridge, tal como le sucedió al antiguo duque.

—Cierto —murmuró Benjamin—. Aunque lo curioso es que el antiguo duque sí tenía familia: una hermanastra más joven que él.

—¿De verdad? —Oliver lo miró intrigado—. Pues jamás he oído hablar de esa dama, a pesar de que me precio de conocer a todo el que es alguien en la alta sociedad de Londres.

—Murió hace tiempo —dijo Benjamin—. Se rumorea que se casó con algún indeseable y huyó de su casa, cortando toda relación con su familia. Nadie

sabe si llegó a tener hijos. El duque la menciona en su testamento como última opción: sus descendientes solo podrían heredar el ducado en caso de que yo fallezca o caiga en desgracia.

—Bien, pues te deseo larga vida. —Oliver alzó su copa—. Y también sabiduría para administrar el ducado.

—Falta me hará—admitió Benjamin con un gruñido—. Aunque espero que tales obligaciones no me impidan seguir disfrutando de vez en cuando de los placeres de la vida...—añadió dirigiendo una sugerente mirada a lady Virginia Colby, una de las invitadas, que lo observaba desde un rincón. Virginia era joven y hermosa y su ajustado vestido azul modelaba un cuerpo armonioso que Benjamin recorrió despacio con la mirada. Ella le guiñó un ojo y le hizo una señal imperceptible hacia la puerta: una clara invitación. Sonriendo, Benjamin entregó su copa vacía a Oliver, que meneaba la cabeza entre exasperado y divertido, y se deslizó tras lady Colby lo más disimuladamente que pudo.

Diablos, bien podía relajarse un poco después de un día tan ajetreado.



Charlotte estaba furiosa. Llevaba furiosa dos semanas, desde que su padre había dejado de ser el hombre algo cascarrabias pero razonable que ella conocía y se había transformado en una especie de tirano que se negaba a reconsiderar la absurda decisión de casarla con Westbrook. De nada habían servido sus continuas protestas y bufidos e incluso su madre, a la que había acudido en busca de ayuda, parecía indiferente a su desdicha y se había limitado a contemplarla con una misteriosa sonrisita en la cara.

Los últimos días habían sido un infierno. Lord Westbrook, aparentemente muy entusiasmado ante la idea de cortejarla, se había presentado en su casa

todas las tardes, con su enorme sonrisa de tiburón brillando en su cara, siempre dispuesto a besar la mano de Charlotte- dejando en ella un desagradable reguero de saliva- y a agasajarla con regalos absurdos: guantes de encaje tan estrechos que apenas le cabía un dedo, cintas de colores (Charlotte no tenía ni idea de qué se suponía que debía hacer con ellas) y papel de cartas tan perfumado que le daban ganas de estornudar. Los regalos de alguien que no la conocía en absoluto.

Y ahí estaba ahora, en un baile en casa del propio Westbrook, tratando de huir de las viscosas atenciones de su aspirante a prometido. A Charlotte nunca le habían gustado los bailes pero desde que su padre había hablado con Westbrook los odiaba todavía más, pues detestaba que él la persiguiese para aburrirla con su soporífera conversación. Y para su desgracia, en esos días había más fiestas y bailes que nunca ya que estaban en plena temporada. Esa fiesta en concreto había levantado mucha expectación, ya que era la primera que se celebraba en Londres tras el muy comentado nombramiento de Benjamin Thomson como duque de Bainbridge. El nuevo duque era la comidilla de todo Londres y Charlotte se había fijado en él al entrar en el salón: alto, moreno y con los ojos verdes, tan penetrantes como los de un gato. Lo encontró atractivo, pero lo que más le llamó la atención fue que parecía tan agobiado y fuera de lugar como ella misma.

—Milady, ¿le he dicho lo encantadora que está esta noche?

Charlotte dio un respingo al oír la voz. Había estado tan distraída observando al duque que no se percató de que lord Westbrook se acercaba sigilosamente a ella como una anguila.

—Lord Westbrook... —dijo entre dientes—Sí, me lo ha dicho antes, si mal no recuerdo.

—Me encantaría que me concediese un baile.

—¿Otro? —Charlotte rio nerviosamente, mirando a todos lados en busca de una escapatoria. Había bailado ya tres veces con él desde el inicio de la fiesta y no estaba dispuesta a que sus pobres pies sufrieran más pisotones—. Me encantaría pero no debo...no puedo...creo que mi hermana me necesita—dijo desesperada.

—¿Su hermana? —Westbrook miró a Jocelyn, que bailaba con su prometido con expresión de aburrimiento—. A mí me parece que está bastante entretenida.

—¡Mi prima! ¡Quería decir mi prima! —Charlotte señaló a Lynette que charlaba en un rincón con varios jóvenes—. Ya sabe, no está muy acostumbrada a los bailes y debo acudir en su ayuda. Si me disculpa...

Echó a andar a toda velocidad sin darle tiempo a Westbrook a reaccionar, pero no en dirección a Lynette, sino que se deslizó entre varios grupos de gente hasta conseguir salir del salón de baile. Los pasillos de la mansión eran largos y oscuros, cubiertos por alfombras que amortiguaban sus pasos. Creyó oír a lo lejos la voz de Westbrook llamándola y apresuró el paso hasta colarse por una puerta que estaba entreabierta: una habitación que parecía una extraña mezcla entre museo y despacho. Verdaderamente los gustos de Westbrook eran de lo más raros, pensó observando la hilera de animales disecados que decoraban las estanterías: conejos, faisanes, zorros e incluso un pavo real cuya cola desplegada se parecía a un abanico desmadejado. Charlotte se estremeció; ni loca pensaba casarse con un hombre así.

Estaba a punto de salir del extraño despacho cuando oyó nuevos ruidos provenientes del pasillo, esta vez mucho más cerca. Se quedó congelada unos instantes: lo último que necesitaba era que Westbrook la encontrase vagando por su casa y pensase que podía tener una oportunidad para estar a solas con ella. Horrorizada ante tal idea se escondió en el primer lugar que le pareció apropiado: un armario de caoba de pesadas puertas ornamentales. Charlotte se encajó en su interior como pudo y estuvo a punto de gritar cuando algo suave cayó sobre su cabeza y notó el inconfundible tacto de una cabellera acariciando su mejilla. ¿Acaso había alguien más allí? Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad se dio cuenta de que estaba encerrada con al menos una docena de las pelucas de lord Westbrook, tan empolvadas y perfumadas que tuvo que contenerse para no estornudar.

En ese momento la puerta de la estancia se abrió y Charlotte, asustada, atisbó por la rendija de la puerta. ¿Y si a Westbrook le entraban deseos de cambiarse de peluca justo en ese momento? Sin embargo, no fue el rostro alargado del editor el que vio ante ella, sino uno mucho más agradable y atractivo: rasgos firmes, mandíbula cuadrada, cabellos negros y un par de ojos

del color de un jardín al atardecer. Era lord Benjamin Thomson, el nuevo duque de Bainbridge, y al parecer, estaba muy bien acompañado. Charlotte reconoció a la dama que se aferraba a su brazo y trataba de trepar por él como una enredadera: era lady Virginia Colby que, si no recordaba mal, se había casado hacía pocos meses con un vizconde. Lo que estaba claro era que su esposo estaba en ese momento muy lejos de los pensamientos de lady Colby, que se abrazaba al duque como un mono a la copa de un árbol. Ambos se lanzaron el uno contra el otro y se besaron con pasión, besos muy diferentes a los castos roces de labios que Charlotte había presenciado entre sus padres o sus amigas casadas. Estos dos parecían beberse el uno al otro, devorarse, y sus manos parecían haberse multiplicado y volaban sobre sus cuerpos, acariciando bajo la ropa. De la garganta de Virginia se escaparon unos gemidos profundos, guturales, que le hicieron pensar a Charlotte que algo maravilloso debía estar haciendo el duque con sus manos bajo su vestido. Abrió mucho los ojos y un poco más la rendija de la puerta, incapaz de apartar la mirada de aquella escena tan inapropiada. Vio como el duque arrinconaba a lady Colby contra la pared, su carne blanca al descubierto cuando le arrancó el corpiño sin ningún cuidado y en ese momento... los pelillos de las dichosas pelucas de Westbrook se le metieron en la nariz, provocándole un cosquilleo insoportable. «*No, por favor*», pensó, pero era demasiado tarde y el estornudo llegó sin previo aviso, como una sacudida. No fue un estornudo femenino y delicado, sino sonoro y escandaloso y Charlotte, aterrada, vio como los dos amantes se quedaban quietos y paralizados, como gacelas que acaban de olisquear un peligro. Se apretó contra la pared del armario, rezando para que pensasen que el ruido había sido producto de su imaginación, pero por supuesto, no funcionó. El duque avanzó hacia el armario a grandes zancadas y abrió la puerta de un tirón. Sus ojos gatunos la traspasaron como dagas.

—Vaya, vaya... —dijo con una voz aterciopelada que a Charlotte le provocó escalofríos—. ¿Qué tenemos aquí? Siempre había pensado que las pelucas de lord Westbrook eran demasiado grandes incluso para su cabeza, pero nunca hubiera imaginado que albergasen vida en su interior. Creo que no tengo el placer de conocerla, señorita.

Charlotte sintió como sus mejillas adquirían el tono de un tomate muy maduro. Tras el duque, Virginia recomponía su ropa con parsimonia, aunque no parecía preocupada ni avergonzada. De hecho, a Charlotte le pareció

distinguir una sonrisa socarrona en sus labios pintados de rojo.

—¿Señorita? ¿Su nombre? —insistió el duque ante su silencio.

—Es Charlotte, la hija mayor del conde de Pinecrest —informó Virginia—. Ya sabes, el viejo ratón de mar.

—¿El ratón de mar? —Charlotte sintió una oleada de indignación. ¿Acaso era así como llamaban a su padre?— ¿Cómo te atreves?

—Bueno... —Virginia terminó de recogerse el cabello con un broche y la miró—. Ya sabes, siempre a vueltas con sus diseños de barcos y todo eso... Hay quien comenta que los trabajos manuales no son apropiados para un aristócrata.

Charlotte la fulminó con la mirada. Aunque últimamente su padre y ella no estaban en los mejores términos, no pensaba consentir que esa arpía le faltase al respecto.

—Tampoco el retozar con un hombre que no es su esposo en mitad de una fiesta es apropiado para una aristócrata —respondió con acritud.

—¡Menos aún lo es espiar desde dentro de un armario! —soltó Virginia sin amilanarse.

—Señoras, señoras. —Benjamin se interpuso entre ellas y a Charlotte le pareció apreciar un brillo divertido en sus ojos claros—. Tratemos de que no llegue la sangre al río, por favor. Pelearse como gatas tampoco es propio de aristócratas. Aunque debo reconocer que tengo curiosidad. ¿Qué hacía dentro del armario? ¿Acaso su prometido la mantiene encerrada?

—¡Lord Westbrook no es mi prometido!

—¿No? —Benjamin parecía sorprendido—. Él no parece pensar lo mismo.

—Me está cortejando, pero todavía no hay nada formal. Ni lo habrá, si puedo evitarlo —masculló Charlotte cruzándose de brazos.

—¡Ajá! Entonces debo suponer que ha llegado a ese armario tratando de



huir de su casi prometido, ¿me equivoco? —dijo él con perspicacia, dedicándole una sonrisa irónica que a Charlotte le pareció extrañamente atractiva.

—¡No se equivoca! —respondió de malos modos— Y ahora, si me disculpan, me retiraré para que puedan seguir con sus...actividades —añadió dirigiendo a Virginia una mirada torva.

—Gracias por la deferencia —repuso esta con sorna—. Aunque creo que antes de salir querrás sacudirte todos esos pelos de peluca que tienes en el vestido... o la gente pensará que eres tú la que has estado retozando con lord Westbrook en el piso de arriba.

Charlotte se dio cuenta de que tenía razón; las mangas y los hombros de su vestido estaban llenos de pelillos blancos, como diminutos copos de nieve. Con un bufido empezó a sacudirlos pero los diminutos pelos parecían pegados sin remedio.

—Permítame que la ayude— dijo Benjamin pasando su gran mano por sus hombros. Charlotte se estremeció bajo su contacto. Las manos del duque eran firmes y extrañamente suaves, de uñas cortas y rectas, y no pudo evitar sentir un estremecimiento al recordar lo que había visto hacer a esas manos en el cuerpo de Virginia minutos antes.

—Bien. Gracias —dijo muy envarada desembarazándose de aquel contacto. De repente le había entrado mucha prisa por irse—. Que te diviertas, Virginia. Recuerdos a tu esposo, si lo ves —añadió con malicia antes de cerrar la puerta tras ella.

Benjamin se quedó mirando la puerta por la que la extraña muchacha acababa de desaparecer. Así que esa era la hija de Berkeley. Conocía al viejo conde y además le apreciaba, considerándole más honesto que la mayoría de los nobles. Sabía que tenía dos hijas pero siempre había pensado que serían jóvenes insulsas, como casi todas las de su condición. Esa chica no parecía nada insulsa, sino llena de vida y con carácter. Y esos ojos...Benjamin se mordió el labio recordando su mirada, gris y acerada, llena de determinación.

¿Y su padre pensaba casarla con Westbrook? Vaya idea. Compuso una mueca de desagrado al imaginarlos juntos.

—Bien...Ahora podemos seguir con lo que estábamos haciendo. —Virginia le pasó una mano por la nuca. Sus uñas pintadas de rojo trazaron dibujos en su cuello y Benjamin las comparó mentalmente con las manos de Charlotte: se había fijado en que eran pequeñas y ágiles y estaban manchadas de tinta, como si la joven pasase horas escribiendo o dibujando. Extraño. Se desembarazó de lady Colby.

—Será mejor que bajemos ya, o comenzarán a echarnos de menos —dijo.

Virginia parpadeó un par de veces ante el rechazo, pero enseguida compuso su habitual expresión de indiferencia.

—De modo que te has enfriado al ver a esa chica...no me extraña. Salir así del armario, como un fantasma...Todos dicen que es un poco rara, la oveja negra de su familia.

—Creo que nunca la había visto antes —murmuró Benjamin, pensativo.

—Pues esta es ya su segunda temporada pero huye de los actos sociales todo lo que puede. Su hermana es mucho más agradable, está prometida con lord Balfour. También tienen una prima viviendo con ellos, Lynette. Tiene mucho estilo, me pregunto con quién pensará casarla Berkeley...

Las divagaciones de Virginia fueron interrumpidas por un seco golpe en la puerta. Oliver Wolcott asomó la cabeza. Su rostro estaba serio y tenso.

—Tenéis que bajar ya —dijo echándoles una breve mirada.

—¿Qué sucede? ¿Han empezado esas viejas brujas a murmurar sobre nuestra ausencia?

—Peor. —Oliver no sonreía—. Ha llegado un correo de Su Majestad. El *Marie Therese* acaba de arribar en las costas de Tortuga, pero está en muy mal estado. Los hombres de Jack *el Rojo* lo han atacado cien millas antes de llegar a puerto y más de la mitad de la tripulación ha sido asesinada. Daniel Redfern

no estaba entre los supervivientes.

—¿Qué dices? —Benjamin sintió como un puño invisible lo golpeaba en el estómago, dejándolo sin aliento. No podía ser verdad.

—Ha desaparecido, Benjamin. —Oliver lo miró con lástima—. Lo dan por muerto.



Charlotte mojó de nuevo la pluma en el diminuto tintero y dio los últimos retoques antes de observar su creación. Estaba orgullosa. El que tenía delante era uno de los mejores diseños que había hecho nunca: el dibujo de un galeón de líneas elegantes y armazón sólido, con tres puentes. En un lateral del casco dibujó el emblema de los Berkeley: una paloma alzando el vuelo con una rama torcida sujeta en el pico. Una ramita en forma de C. Sonrió con melancolía; en realidad en el antiguo escudo familiar la paloma sujetaba una rama corta y recta pero su padre había comenzado a incluir la ramita torcida en los diseños de barcos realizados por Charlotte, como un pequeño homenaje a la ayuda de su hija. Lo que había empezado como una pequeña broma familiar acabó convirtiéndose en su sello personal, y ahora la paloma con la C de Charlotte en el pico adornaba todos los barcos pertenecientes a la naviera de la que Harold Berkeley era el principal accionista.

Lo cierto era que muy pocos conocían el origen de ese emblema, y mejor que fuera así. Su padre, aunque tenía algunas ideas retrógradas, era mucho más cercano y cariñoso con sus hijas que muchos de los viejos aristócratas de Londres y eso era algo que no todos veían con buenos ojos. Charlotte todavía recordaba el desdén en la mirada de lord Balfour, el prometido de Jocelyn, cuando le contaron la anécdota del emblema. «Absurdo», había dicho entre dientes, «Alterar un emblema con siglos de antigüedad por el capricho de una mujer. Jamás he visto nada igual».

El muy idiota.

Charlotte meneó la cabeza. Si las cosas seguían su curso, no sería solo Jocelyn la que se casaría con un idiota redomado, también ella se vería obligada a dejar atrás todo lo que amaba: su casa, su familia, su papel como ayudante de su padre. Había desistido ya en sus intentos por convencerle; el viejo conde seguía en sus trece y además, últimamente apenas estaba en casa, muy ocupado con misteriosas reuniones de las que no contaba nada. Charlotte tenía la sospecha de que las recientes ausencias de su padre estaban relacionadas con el ataque al *Marie Therese*, que pertenecía a la naviera de los Berkeley.

Eran días tristes para todos. La muerte de Daniel Redfern había sido un duro varapalo para la alta sociedad, ya que él pertenecía a su clase, era un aristócrata. No era raro que se produjesen accidentes navales y los piratas eran un peligro constante, pero era la primera vez que un lord de Inglaterra era asesinado. Charlotte recordaba levemente a Daniel Redfern, pues habían coincidido en algunas fiestas e incluso durante una época había visitado su casa con frecuencia para conversar con su padre sobre asuntos navales. Era un joven alto y rubio, de grandes ojos azules y sonrisa franca y a ella le había resultado muy simpático y muy diferente a la mayoría de los flemáticos caballeros que conocía.

Entre unas cosas y otras, Charlotte tenía la sensación de que Pinecrest Manor estaba sumida en un clima extraño y agobiante, como si todos sus habitantes acumulasen emociones a punto de estallar. Su padre estaba agotado y preocupado, Lynette caminaba por la casa como un fantasma, más silenciosa que nunca, y la propia Charlotte apenas podía contener su enfado ante su indeseado compromiso. Pero por extraño que fuese, la que parecía mostrarse más inestable era la discreta Jocelyn: en los últimos días su hermana se había convertido en un amasijo de nervios, había perdido peso y estallaba en llanto en los momentos más insospechados. Charlotte se preguntaba si acaso no estaría recobrando el juicio y comenzando a arrepentirse de su compromiso con Balfour. Si era así, ella sería la primera en felicitarla.

—¿Dibujando, querida? ¡Qué encantadora afición para una joven tierna y delicada como usted!

Charlotte dio un respingo al oír la voz gangosa a sus espaldas y a punto estuvo de verter el tintero sobre el boceto. Lord Westbrook acababa de entrar en la habitación, seguido de cerca por su padre que parecía confuso y ligeramente molesto. Se apresuró a guardar el dibujo; no tenía el más mínimo deseo de compartir sus aficiones con ese hombre tan exasperante.

—Lord Westbrook —saludó secamente—. Qué inesperada sorpresa.

—No me quedaré mucho tiempo, pues tengo un día muy ocupado. Solo he venido a darle una noticia maravillosa, algo que sin duda le alegrará saber.

—Ah, ¿sí? —Charlotte se puso alerta. Dudaba que la idea de una “noticia maravillosa” fuese la misma para Westbrook que para ella.

Él le mostró un ejemplar del *Spectator*, agitándolo ante ella como un abanico.

—¡El anuncio de nuestro compromiso! Ha salido publicado esta mañana... ¡en primera página!

—¿Co...cómo?

—He pensado que cuanto antes mejor. La gente necesita buenas noticias, después de este penoso asunto de la muerte de Daniel Redfern —dijo el editor con satisfacción.

Charlotte miró a su padre con cara de pánico. El conde parecía irritado.

—¿No se ha precipitado un poco, Westbrook? —dijo con acritud—. Podía habernos consultado.

—¿Usted cree? Las buenas nuevas cuanto antes se difundan, mejor, ¿no le parece? —repuso Westbrook, sin amilanarse ante los dos rostros ceñudos que tenía ante él—. En fin, me marchó ya —añadió besando la mano de Charlotte, que la retiró rápidamente—. Pensaré en usted, querida mía.

El editor se marchó con una ligera reverencia, dejando tras de sí su característico olor a cebolla mezclado con un perfume denso que a Charlotte le pareció nauseabundo. Aterrada, se volvió hacia su padre.

—¿Papá? Por favor, no puedo...

—No insistas, Charlotte —El conde parecía muy viejo y cansado de repente, y también un poco triste—. Está decidido. Sé lo que opinas sobre este matrimonio, pero con el tiempo cambiarás de opinión. Es por tu bien, hija.

En otras circunstancias, Charlotte hubiera gritado y discutido hasta quedarse sin voz, pero la cara de agotamiento de su padre y sus hombros hundidos le hicieron cambiar de opinión. Mientras lo miraba alejarse arrastrando los pies, su cerebro comenzó a trabajar a toda velocidad, buscando una forma de deshacerse de Westbrook de una vez por todas. Si pudiese conseguir que fuese *él* quien anulase el compromiso... ¿Cómo lograr una cosa así? Charlotte frunció el ceño. ¿Qué era lo que provocaba que los hombres huyesen de sus esposas o prometidas? ¿Qué los mantenía alejados?

La idea se le ocurrió de repente, como un fogonazo, colándose en su mente e instalándose allí, disparatada pero prometedora a la vez. De repente supo qué era lo que tenía que hacer para librarse de su indeseado prometido. Y supo también, sin asomo de duda, quien era el hombre más indicado para ayudarla.

Charlotte se puso en pie de un salto y llamó a su doncella para que dispusiese que le preparasen el carruaje. Con un poco de suerte, no la echarían de menos antes de la cena.

## CAPITULO 3

Benjamin se frotó los ojos, cansado. Llevaba horas estudiando el documento extendido ante él: una carta náutica en la que había marcado con puntos todos los lugares en los que se habían producido asaltos a barcos. Había algo común en todos ellos: los ataques se producían siempre cerca de la costa, cuando quedaban pocas millas para llegar a puerto, y eran escaramuzas rápidas y silenciosas en las que la tripulación era pasada a cuchillo y los piratas se retiraban vencedores con el botín, dejando tras de sí un reguero de sangre. Pensó de nuevo en Daniel Redfern y rechinó los dientes al imaginárselo degollado, colgado de un mástil cualquiera. Daniel había sido un aristócrata poco común, que detestaba Londres y la política de salón y soñaba con vivir aventuras y conocer lugares inexplorados. Finalmente, y tras muchas discusiones con su familia, había conseguido embarcarse como capitán en uno de los barcos que zarpaban hacia el Caribe en busca de especias. Benjamin todavía recordaba su alegría antes de partir, su rostro satisfecho y arrebolado, la expresión del hombre que por fin va a ver cumplido un sueño.

Su asesinato le dolía a Benjamin como una puñalada. Daniel había sido un gran amigo para él, uno de los pocos con los que podía contar en las buenas y en las malas. Todavía le costaba creer que ya no iba a volver a verlo y todas las fibras de su cuerpo clamaban venganza. Deseaba más que nada en el mundo ver a Jack *el Rojo* apresado de una vez por todas, camino de la horca.

Rechinó los dientes. ¿Qué estaba haciendo la Corona para capturar de una vez a ese pirata? Benjamin miró de nuevo el mapa: Tortuga, Barbuda...incluso Calais en Francia, ningún puerto parecía indemne a la amenaza. Siempre cerca de la costa, siempre a plena luz del día. Había un patrón común. Los piratas parecían conocer de primera mano cuales eran las rutas seguidas por los barcos, como si alguien les informase puntualmente. Una sospecha comenzó a tomar forma en la mente de Benjamin. ¿Sería posible que alguien estuviese informándoles? ¿Alguien cercano a la Corona, quizá? Podía imaginarse a más de un lord de poca moral sucumbiendo ante la idea de conseguir oro y joyas de

forma fácil, a cambio de unas pinceladas de información.

Un suave toque en la puerta interrumpió el hilo de sus pensamientos. Perkins, su mayordomo, asomó la cabeza.

—Una dama desea verle, señor —anunció con su acostumbrada voz atildada.

Benjamin levantó la cabeza, molesto. No estaba de humor para mujeres en ese momento y mucho menos para las tonterías de lady Colby.

—Dile a Virginia que estoy ocupado —rezongó—. Demonios, dile que estoy indispuerto o que he emigrado. Dile lo que quieras, pero no la hagas pasar.

Perkins carraspeó suavemente pero no se movió de la puerta. Benjamin lo miró irritado.

—No se trata de lady Colby, señor —aclaró—. Esta es...ya sabe, una dama de verdad. Y parece muy impaciente por verle. No creo que sea fácil disuadirla.

Si algo sabía Benjamin era que Perkins solía juzgar muy bien a las personas. El hecho de que se mostrase reacio a deshacerse de la misteriosa visitante le intrigó. ¿Quién podría ser?

—Que pase —concedió.

Cinco minutos después lady Charlotte Berkeley entraba a grandes zancadas en el despacho. Benjamin la miró muy sorprendido: ¡la dama del armario de Westbrook! ¿Qué podría querer de él? Se fijó de nuevo en su belleza, que ya le había llamado la atención el otro día pese a estar cubierta de polvo y con una enorme peluca sobre la cabeza. Ahora su cabello podía apreciarse en toda su plenitud y Benjamin se dio cuenta de que era oscuro y salvaje, como una mata de hiedra que creciese desbocada pese a los esfuerzos del jardinero. Le gustó. También le gustaron sus ojos, grises y arrogantes. Y su aire de soltura. Incluso le gustó su olor a perfume, un aroma cítrico, nada empalagoso como los que solían usar otras damas. Demonios, le gustaba todo de ella. Algo muy



inoportuno, ciertamente. Se puso en pie con cautela.

—Lady Charlotte. ¿A qué debo el placer de esta visita?

Ella se sacó los largos guantes de piel de cabritilla y los dejó sobre la mesa. Benjamin se dio cuenta de que tenía el rostro arrebolado y parecía nerviosa. Lo miraba de reojo y sus largas pestañas proyectaban sombras sobre sus mejillas creando un efecto adorable.

—Creo que nadie me ha visto entrar —dijo atropelladamente—. He tenido que sobornar al cochero de mi padre para que me trajese hasta aquí, pero debo hablar con usted. Es muy importante.

—Ha de serlo, ya que viniendo se arriesga a acabar con su reputación. No es muy común que una mujer soltera, mejor dicho, recién prometida, entre a solas en la casa de un soltero como yo. Y hablando del tema, mi más sincera enhorabuena por su compromiso. —Benjamin le dedicó una sonrisa lobuna—. He leído el anuncio en el *Spectator*. Por lo visto, Westbrook se ha salido con la suya.

—¡Aún está por verse! —gruñó Charlotte—. Precisamente por eso he venido a verle. Necesito que me ayude a librarme de él.

—¿Disculpe?

—Necesito ahuyentarlo, conseguir que la idea de casarse conmigo le parezca de todo menos apetecible.

—¿Y cómo podría ayudarle yo en algo así? No pretenderá que le convenza de que rompa el compromiso, ¿verdad?

—Algo así... —musitó ella bajando la mirada.

—¿Y por qué habría Westbrook de escucharme a mí?

—Verá... —Ella se retorció las manos—. No le estoy pidiendo que lo convenza con palabras. Me refiero a algo más... disuasorio.

—Me temo que no la comprendo —Benjamin se sentía cada vez más

intrigado.

—He estado pensando y... —Charlotte enrojeció—. Imagino que si el esposo de lady Colby los hubiera sorprendido tal como yo lo hice desde el armario, se hubiera eh... enfadado mucho, ¿verdad?

—Probablemente. —Él se encogió de hombros con indiferencia—. Aunque lo milagroso sería que nos hubiera pillado, ya que Colby no abandona el campo ni sus cacerías por todo el oro del mundo. Pero se hubiera enfadado, sí. Supongo que me hubiera retado en duelo o alguna bravuconería semejante.

—Bien. Pues para eso exactamente es para lo que necesito su ayuda.

—¿Para retar a Westbrook en duelo? —Benjamin la miró como si se hubiese vuelto loca.

—Claro que no. —Charlotte inspiró profundamente—. Lo que quiero es que él nos pille a usted y a mí en una situación comprometida. Tal como yo le sorprendí con Virginia.

—¿Cómo? —Benjamin se sobresaltó. ¿Qué estaba diciendo aquella mujer? ¿Estaría loca?—. Debo haber entendido mal. Seguro que no acaba de decir que quiere que le busque la ruina.

—Nada de eso. Simplemente quiero que Westbrook nos sorprenda para, ya sabe, ahuyentarlo. Si me ve con otro hombre ya no querrá casarse conmigo.

—Fantástico plan —dijo él con sorna—. ¿Se le ha ocurrido la posibilidad de que él decida armar un escándalo y contárselo a todo el mundo? Su reputación quedaría destruida para siempre. ¡Es el editor del *Spectator*, nada menos! Y se podría sacar un artículo muy jugoso de una situación así.

—No lo hará —dijo Charlotte muy convencida—. Lo haría con cualquier otra pareja, pero siendo su prometida la que está involucrada, guardará silencio. Westbrook es muy orgulloso. Detestaría que todo el mundo se enterase de que lo han engañado, de que la mujer que está cortejando ha preferido a otro hombre antes que a él. No contará nada, simplemente retirará su petición de mano y yo recuperaré mi tranquilidad y mi libertad.

Benjamin pensó que no le faltaba razón. Por lo poco que conocía al editor, sabía que era un hombre muy orgulloso: trataría por todos los medios de ocultar un escándalo que afectase a su persona. Observó a la muchacha y ella le devolvió una mirada firme. Santo Dios, aquella loca iba en serio. Y esos ojos... esos ojos podrían matar a cualquiera.

—No pretenderá que nos descubran para después tratar de convencerme de que me case con usted, ¿verdad? —dijo con los ojos entornados.

—¡Claro que no! —Charlotte parecía irritada—. No sea usted tan presuntuoso. Además, yo no quiero casarme nunca. Considero el matrimonio una tontería.

—Pues ya es algo que tenemos en común —masculló el duque entre dientes.

—Entonces no le importará ayudarme... —Charlotte lo miraba suplicante.

—Sí me importa. Es un plan absurdo —dijo Benjamin—. Me niego a formar parte de él.

—¡Por favor! —Ella dio un paso hacia él y aferró su muñeca, solo para soltarla casi de inmediato con las mejillas sonrojadas—. Por favor. No puedo casarme con Westbrook. Simplemente no puedo. Me mira como a un adorno que quisiese poner en un estante junto a sus animales disecados. Ni siquiera piensa en mí como una persona con ideas, sueños o deseos propios.

Benjamin la miró asombrado, fijándose en el suave rubor que se extendía por sus mejillas. Poca gente era capaz de dejarlo sin habla, pero por lo visto aquella muchacha lo conseguía.

—Bien... Yo... siento mucho que piense en usted de esa manera —farfulló confuso. Ella todavía estaba muy cerca, escandalosamente cerca y había algo... algo indefinible, quizá en la curva de su cuello o en esa melena salvaje que la hacía completamente diferente a cualquier mujer que hubiera conocido antes. Benjamin retrocedió.

—Por favor... —repitió ella.

—¿Por qué yo? ¿Por qué ha pensado en mí para ese plan tan descabellado? Apenas nos conocemos.

Ella titubeó, buscando una respuesta.

—Oh, no lo sé... Le vi el otro día con Virginia y pensé...—se detuvo.

—¿Pensó acaso que soy un libertino cuya principal ocupación es ir por ahí besando mujeres? —dijo él con acritud—. Pues se equivoca. No voy a ayudarla con su plan —añadió tratando de no fijarse en la pátina de decepción que empezaba a cubrir sus ojos grises.

—¿Por qué no? —intentó ella de nuevo— ¿Qué podría perder usted?

—Tiempo —respondió él muy serio—. Aunque usted crea que solo soy un aristócrata ocioso que únicamente piensa en seducir a jóvenes caprichosas como Virginia, lo cierto es que tengo cosas más importantes que hacer. Como atrapar a un asesino, por ejemplo.

—¿Un asesino? —Ahora era ella la que lo miraba como si se hubiera vuelto loco.

—¿Conocía usted a lord Daniel Redfern? Era uno de mis mejores amigos. Me propongo colaborar con la Corona para vengar su muerte. Haré lo que sea para dar con el paradero de Jack *el Rojo*.

—¿Y cómo piensa hacerlo? —preguntó ella, intrigada a su pesar.

—El rey ha organizado un cónclave secreto, un grupo de hombres de confianza cuya misión es rastrear a Jack *el Rojo* por mar y tierra hasta dar con su escondrijo. Han enviado emisarios, uno a Calais y otro en ruta a las Indias para hacer averiguaciones. Pero lo mantienen todo en secreto, hasta tal punto que ni siquiera los que nos movemos en los círculos cercanos al rey sabemos mucho. Mi objetivo es formar parte de esa organización, contribuir desde dentro a la búsqueda de Daniel. —Benjamin se detuvo—. Seguramente usted no tiene ni idea de qué le estoy hablando.

—Al contrario —respondió ella muy digna—. Conozco la existencia de esa

organización, se la conoce como el Consejo del Mar. Es una red de espionaje al servicio de la Corona.

—¿Cómo sabe usted eso? —Benjamin estaba sorprendido.

—Porque leo los periódicos, y no me refiero a esa basura del *Spectator* —dijo Charlotte con brusquedad—. De todos modos, si no le han invitado a formar parte del Consejo, le resultará muy difícil entrar en él. Dicen que sus miembros son cuidadosamente escogidos.

—Lo sé, y por eso tengo que pensar en un plan para que me acepten. No tengo tiempo de representar absurdas pantomimas para lord Westbrook.

Charlotte bajó la mirada.

—Pero yo no puedo casarme con él. Sería la más terrible de las condenas —dijo con tristeza.

—Lo siento mucho. Tendrá que buscarse a otro candidato para que la ayude con su plan. Es mi última palabra. Le deseo suerte.

—Bien. —Ella pareció darse al fin por vencida y se echó hacia atrás, claramente dolida por su rechazo—. Gracias por su tiempo, milord.

Benjamin se dejó caer en la silla mientras la veía salir con su característico paso firme y airado. El perfume de la joven todavía flotaba en la habitación, una esencia deliciosa que definitivamente iba a impedirle concentrarse en lo que tenía entre manos. Extraña muchacha, sin duda. Muy extraña y demasiado atractiva. Suspiró. Aquella iba a ser sin duda una noche muy larga.



Charlotte entró en su casa tratando de no hacer ruido. Estaba furiosa. No

podía quitarse de la cabeza el modo en que él la había rechazado, como quien espanta a un perrillo demasiado efusivo. La había considerado una joven frívola y caprichosa, empeñada en salirse con la suya. Sí, tampoco él la había tomado en serio. Se repetía una y otra vez que no debía tomárselo como algo personal; al fin y al cabo, como el duque había recalcado, ellos dos apenas se conocían. Aún así, por algún extraño motivo, su rechazo le había dolido mucho. Se sentía ridícula. ¿Cómo se le habría ocurrido acudir a ese idiota en busca de ayuda? Jamás admitiría ante nadie que, tras haberlo sorprendido con Virginia, había sentido... algo parecido a la curiosidad. ¿Qué se sentiría al ser besada de tal modo, con tanta pasión?

—¿Dónde te habías metido?

Charlotte se sobresaltó ante la voz, pero suspiró de alivio al darse cuenta de que solo era Jocelyn, que la observaba desde las escaleras. Su hermana parecía triste y cansada, como si no hubiera dormido bien.

—Tratando de librarme de lord Westbrook. Sin éxito, por si te interesa saberlo —repuso de mal humor.

Jocelyn arqueó las cejas.

—No quiero ni saber que estarás tramando ahora, Charlotte o que plan absurdo se te habrá ocurrido. Creo que deberías conformarte y aceptar a Westbrook. No puede ser tan malo, ¿verdad? No parece un hombre cruel. Y es amable.

Charlotte la miró con los brazos en jarras.

—¿Es que acaso basta con eso? ¿Con que sea amable y no parezca cruel? ¿Crees que debemos conformarnos con tan poco?

Jocelyn bajó la mirada. Charlotte se dio cuenta de que estaba a punto de llorar, pero no se detuvo.

—Creo que eso es lo que estás haciendo tú —dijo señalándola con el dedo —.Creo que te estás conformando en lugar de luchar por lo que quieres. Dime, ¿tengo razón? ¿Acaso amas a ese Balfour?

Jocelyn tardó en contestar. Pareció encogerse bajo el rapapolvo de su hermana y Charlotte se dio cuenta de que luchaba consigo misma, como tratando de decidir si hablar o no.

—¿Qué importa si amo a Edward o no? —dijo al fin—. El amor y la pasión no lo son todo. Hay cosas más importantes.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo qué? —la retó Charlotte.

—La tranquilidad. El honor. Una familia. Un lugar al que llamar hogar.

Jocelyn hablaba como repitiendo un discurso aprendido en alguna parte, como si quisiera convencerse a sí misma. Charlotte la miró exasperada.

—¿Qué te ha pasado, hermana? ¿Dónde está la Jocelyn que yo conocía? ¿Dónde está la chica alegre y fuerte que no se hubiera amilanado ante nada?

—Quizá esa Jocelyn nunca existió —dijo ella en un susurro—. Quizá la Jocelyn real es la que tienes ahora ante ti, asegurándote que mi lugar está junto a Edward Balfour.

—Lo dudo —Charlotte meneó la cabeza.

—Duda cuanto quieras, Charlotte. —Jocelyn comenzó a alejarse con gesto airado—. Pero deja de perseguirme mirándome con lástima, como si supieses lo que es mejor para mí. Créeme, no tienes ni idea de lo que me conviene. Ocupate de tus problemas, que por lo que he visto últimamente no son pocos ni banales.

Charlotte observó como su hermana desaparecía escaleras arriba, asombrada y dolida ante su estallido. Últimamente la relación entre ambas estaba debilitándose, como si alguien tratase de cortar el hilo que las unía con un cuchillo muy afilado. Estaba a punto de ir tras ella cuando alguien habló a sus espaldas.

—Papá y yo solíamos discutir así. Él también tenía un genio explosivo.

Charlotte se giró hacia la voz y vio a Lynette en el quicio de la puerta. Como siempre, su prima parecía caminar sobre algodones, tan silenciosa como un

felino.

—Supongo que en todas las familias hay discusiones. —Charlotte se encogió de hombros, desanimada—. O quizá los Berkeley lo llevamos en la sangre. Todos somos de pronto fácil.

Lynette se sentó a su lado en el diván. Llevaba una manzana en la mano y se la tendió con una sonrisa.

—Ten. Mi padre siempre decía que con una manzana dulce los problemas se hacen más ligeros. Aunque lo cierto es que él las prefería en forma de sidra, y cuanto más fuerte mejor. En fin... ¿Quieres contarme qué es lo que te preocupa?

Charlotte mordió la fruta, que estaba dulce y crujiente, y de inmediato se sintió mejor. Su prima la miraba sonriente, como tendiéndole una mano invisible, esa mano amiga que últimamente tanto necesitaba. Se lo contó todo: su plan para espantar a lord Westbrook, su idea de convencer al duque para que fuese su cómplice y el rechazo de él, que tanto le había molestado. Según avanzaba en su narración los ojos de su prima se iban abriendo como platos y sus cejas se arqueaban hasta llegar a confundirse con el nacimiento del pelo. Cuando finalizó, Jocelyn parecía no saber si debía escandalizarse o estallar en carcajadas.

—Eres increíble. Increíble —dijo al fin—. ¿De verdad le has propuesto que te besara para que Westbrook pudiera sorprenderos y huir despavorido? ¡Al mismísimo duque de Bainbridge! Ay, Charlotte, yo no sé si eres muy valiente o muy inconsciente.

—Probablemente lo segundo —gruñó ella—. De todos modos, el duque me dejó muy claro que no piensa ayudarme. Se niega en redondo a... ¿cómo lo dijo?, representar absurdas pantomimas para lord Westbrook. ¡El muy imbécil!

—Sí que te lo has tomado mal. —Su prima la miraba con una media sonrisa en la cara—. Cualquiera diría que tenías muchas ganas de besarle.

—¿Yo? ¡Qué tontería! —refunfuñó Charlotte—. De todos modos en lo único que él piensa es en acceder a ese grupo que se ha organizado para dar caza a



los piratas, el Consejo del Mar.

—¿No me digas? —Lynette parecía muy interesada.

—Al parecer Daniel Redfern era muy amigo suyo. Solo piensa en vengar su muerte. En fin, no puedo culparle por eso, pero yo tendré que pensar en otro plan para evitar mi matrimonio. Lynette... ¿me estás escuchando?

Su prima parecía haberse quedado ensimismada, perdida en sus propios pensamientos. Charlotte la tocó en el hombro y ella pareció salir de un ensalmo. Parpadeó lentamente y después sonrió.

—No te preocupes, querida —dijo con confianza—. Seguro que se nos ocurre algo más para librarte de Westbrook. Todo saldrá bien, ya lo verás.



—¿Puedes creerlo? Nunca en mi vida había visto una muchacha tan extravagante...tan absurda...tan...tan...

Oliver Wolcott suspiró con aire de agotamiento. Benjamin llevaba casi una hora hablándole de la extraña visita de la hija de Berkeley, dos días atrás, y parecía no tener otro tema de conversación. Por mucho que él intentase llevar la charla a otros derroteros, Benjamin siempre acababa volviendo al mismo asunto: la decidida joven de ojos grises que parecía haberlo perturbado de un modo inusual.

—¡Quería que la arruinase! —repitió por enésima vez.

—Por lo que me has contado, más bien quería que la salvaras —dijo Oliver—. Y no seré yo quien la culpe. Convertirse en la esposa de Westbrook, pobre muchacha —. Se estremeció.

—De todas las peticiones extrañas que he recibido en mi vida, y créeme que

han sido muchas, esta es la más absurda de todas. Servir de cómplice a una chica tonta para ahuyentar a su prometido es lo más...lo más...

—Nunca hasta ahora te he visto poner trabas a la posibilidad de retozar con una joven, tenga prometido o no —razonó Oliver.

—Cierto, pero mi objetivo siempre ha sido terminar en sus lechos, no formar parte de una farsa para ser descubiertos por Westbrook.

—¿Te lo imaginas? —Oliver rió—. Quizá incluso te retaría en duelo.

—Quizá tuviera que perseguirlo hasta la frontera con Escocia con una daga clavada en su gordo trasero —masculló Benjamin. Nunca le había agradado lord Westbrook, pero por algún extraño motivo, le caía todavía peor desde que había descubierto que iba a casarse con esa chica. Sacudió la cabeza; no quería seguir pensando en esa muchacha, tenía asuntos más importantes de los que preocuparse. Se puso serio de repente: el rostro afable e irónico de Daniel Redfern volvió a aparecerse en su mente, como un fantasma clamando venganza.

—¿Se sabe que está haciendo la Corona para atrapar de una vez por todas a esos piratas? —gruñó.

—Hay muy poca información. Ya sabes que el Consejo del Mar mantiene sus actividades en secreto

—El Consejo del Mar —repitió Benjamin. Esa organización lo obsesionaba, poblaba sus sueños—. Daría lo que fuese por formar parte de él. Estaría al tanto de todas sus actividades y pondría mis cinco sentidos a trabajar para vengar la muerte de Daniel. Escribí al rey solicitando mi ingreso, pero no me ha respondido.

—Ni lo hará. Solo se entra por invitación de otro miembro o si el rey opina que tienes cualidades para el espionaje o conocimientos marítimos. Tú no cumples ninguno de esos requisitos.

—Cumpló uno mucho más importante: Daniel era como un hermano para mí. —Benjamin dio un puñetazo sobre la mesa—. Me tomaría la caza de Jack *el*

*Rojo* como algo personal y no descansaría hasta dar con él.

—Te comprendo. —Oliver lo miró con simpatía—. Yo no conocía a Redfern tan bien como tú, pero solo puedo imaginar lo frustrado que me sentiría si hubieseis sido tú u otro de mis amigos los asesinados en esas circunstancias. Yo tampoco descansaría hasta ver a esos malnacidos colgados de una viga.

—Me siento muy frustrado —dijo Benjamin. Su amigo le palmeó la espalda.

—Ten paciencia. Poco podemos hacer desde nuestra posición, pero algún día Jack *el Rojo* caerá. Mientras tanto, yo también mantendré los ojos abiertos y pondré sobre aviso a varios de mis contactos en el puerto. Si alguien sabe algo, quizá llegue a nuestros oídos.

—Eso espero, amigo. —Benjamin asintió para sí—. Eso espero.



Horas después, cuando ya hacía mucho que Oliver se había marchado a su casa, Benjamin seguía encerrado en su despacho. Dibujaba en silencio, el papel apenas iluminado por la luz de las velas. Dibujar era un pasatiempo banal al que acudía cuando estaba nervioso y necesitaba desahogarse de sus problemas, como si en los trazos de tinta pudiese dejar parte de sus congojas y preocupaciones. Observó el dibujo extendido ante él: un rostro femenino enmarcado por una cabellera salvaje, como una guerrera vikinga. Nariz recta y un par de ojos grandes y rasgados, algo separados entre sí. La tinta era oscura, fabricada con goma arábica de primera calidad, pero si se concentraba mucho era capaz de ver un brillo plateado en los ojos de la mujer, como lunas sobre un lago. Frunció el ceño, disgustado consigo mismo. Había dibujado un rostro sospechosamente similar al de aquella absurda muchacha, la hija de Berkeley. ¿En qué demonios estaba pensando?

Unos toques rítmicos en la puerta lo interrumpieron. Perkins asomó la cabeza. Parecía ligeramente perplejo.

—Disculpe, señor. Hay una dama en la puerta que desea hablar con usted.

Antes de que el mayordomo hubiese terminado de hablar, Benjamin ya se había levantado de un salto. ¿Acaso *ella* había regresado? ¿Sería posible? Sin darse cuenta de lo que hacía, enderezó su postura y se sacudió unas motas de polvo de la chaqueta.

—Que pase, Perkins.

Una muchacha entró en el despacho con paso firme. Era muy joven y su lujoso vestido indicaba que pertenecía a una familia importante, pero no era *ella*. Benjamin la recorrió con la mirada: desde su largo cabello rubio hasta sus labios finos y rosados. Le hizo un gesto de saludo, sin saber qué pensar.

—Excelencia —dijo ella con voz suave—. Gracias por recibirme.

—¿Quién es usted?

Ella no se amilanó ante su tono imperioso.

—Se lo diré dentro de un momento, pero antes me gustaría hablar de un asunto importante. Una propuesta.

—¿Qué puede proponerme una muchacha como usted? —Benjamin estaba comenzando a irritarse. ¿Acaso todas las jóvenes de Londres se habían puesto de acuerdo para presentarse en su casa con peticiones extrañas?

—Algo relacionado con Daniel Redfern. —El nombre vibró en los labios de la joven y Benjamin levantó la cabeza de golpe. La muchacha había conseguido despertar su interés. — ¿Qué sabe de él?

—Sé tan poco como usted, pero yo también estoy muy interesada en conocer los detalles de su muerte y en apresar a sus asesinos. Mi sed de venganza es tan grande como la suya y daría lo que fuese por ver a ese perro de *Jack el Rojo* arrastrándose en el fango.

—Continúe. —Benjamin la contempló fascinado. La muchacha hablaba con fiereza poco habitual para una dama de buena familia. Sus ojos azules echaban chispas.

—Sé que usted piensa igual que yo. Sé que Daniel era uno de sus mejores amigos y me han llegado rumores de que está usted muy interesado en entrar en el Consejo del Mar.

—¿Quién le ha dicho eso?

—No importa. Lo esencial es que yo puedo ayudarle a entrar.

—Lo dudo mucho —negó él—. Sus miembros entran por invitación, como en el más privado de los clubs. No creo que nadie vaya a invitarme a mí.

La joven sacó de su manga una hoja de papel plegada. Se la tendió con pulso firme.

—Esta es la lista de los miembros actuales del Consejo del Mar —dijo en un susurro—. Lea. Puede que encuentre algo interesante.

Benjamin tomó el papel, sorprendido.

—¿Cómo ha llegado esto a sus manos?

Ella no respondió. Benjamin comenzó a leer, pasando de un nombre a otro. Lord Heath, lord Kent, lord Tressillian... Sí, muchos de sus conocidos estaban allí, la flor y nata de la aristocracia, los más cercanos al rey. De pronto, uno de los nombres llamó su atención. ¿Sería posible? La joven notó su vacilación y soltó una breve carcajada, apenas un campanilleo. Él la miró.

—Sí —dijo ella—. Veo que ya lo ha visto. El conde de Pinecrest pertenece al Consejo. Lógico, por otra parte, teniendo en cuenta sus conocimientos marítimos. ¿Por qué no le pide que lo invite a entrar?

—¿Y por qué habría él de aceptar? Apenas nos tratamos —dijo Benjamin con voz ronca.

—Ah, pero me han dicho que recientemente conoció usted a una de sus

hijas. Sé que le propuso un plan... extraño.

—¿A dónde quiere ir a parar?

—Lord Berkeley le invitaría si se convirtiese usted en parte de la familia. Sé de buena tinta que también ha propuesto como miembro a Balfour, el prometido de su otra hija.

Benjamin sintió un extraño escalofrío descendiendo por su columna vertebral. Aquello era una locura, pero aún así... La imagen de Charlotte Berkeley volvió a colarse en su mente: su mirada, su pelo salvaje, su voz cantarina. Y luego estaba Daniel, por supuesto. Su amigo Daniel.

—¿Qué propone? —le preguntó a la joven con voz ronca.

Ella se inclinó hacia él y le susurró su plan al oído. Benjamin sintió como se le erizaba la piel de la nuca. Era tan enrevesado y a la vez tan sencillo... Miró a la muchacha, alucinado.

—¿Pero qué gana usted con esto? —preguntó.

—Venganza —dijo ella—. Quiero que el Consejo cuente entre sus miembros con el hombre que más pondrá de su parte para vengar la muerte de Daniel: su mejor amigo.

—Pero, ¿quién demonios es usted? —reclamó Benjamin—. ¿Por qué hace esto?

La muchacha lo miró con calma. Una expresión extraña atravesó sus ojos claros.

—Por amor —dijo finalmente—. Lo hago por amor. Yo era la prometida de Daniel Redfern.

## CAPITULO 4

—¡Va a hacerlo! ¡Dice que lo hará!

El grito fue tan estridente que Lynette se sobresaltó y vertió sobre su vestido la mitad del té que estaba bebiendo. Charlotte acababa de entrar en la habitación y estaba radiante, con los ojos abiertos de par en par y un trozo de papel en la mano.

—¿Quién hará qué? —preguntó Lynette.

—¡El duque va a ayudarme a librarme de Westbrook! ¡Acabo de recibir un mensaje suyo! —Charlotte agitó la carta con aire triunfal.

—¿De veras? ¿Qué dice?

Charlotte señaló la otomana bajo la ventana y las dos se sentaron con las cabezas muy juntas. Comenzó a leer:

*Estimada lady Charlotte,*

*Quizá le sorprenda recibir esta misiva tras nuestra última conversación. Le complacerá saber que, tras mucho meditar, he cambiado de opinión y estoy dispuesto a ayudarla con su plan. El próximo sábado se representará una ópera de Haendel en Covent Garden y sé que su padre tiene pensado asistir con toda su familia. Yo estaré a solas en mi palco. Acuda a mi encuentro durante el descanso y llevaremos a cabo nuestra pequeña farsa. Recuerde que lord Westbrook debe sorprendernos a solas, así que si entre sus amistades hay alguien que pueda conducirlo hasta nosotros, sería bueno contar con su ayuda. La espero.*

*Queme esta nota después de leerla.*

*Atentamente,*

*Lord Benjamin Thomson, duque de Bainbridge.*

Lynette silbó entre dientes al llegar a la última línea.

—¡Va a hacerlo de veras! ¡Es estupendo! ¡Conseguirás librarte de Westbrook, tal como deseabas!

—¿Qué le habrá hecho cambiar de opinión?

—¿Quién sabe? —Lynette se encogió de hombros—. Se dice que el duque tiene un temperamento voluble. Quizá ha llegado a la conclusión de que nadie merece acabar casada con Westbrook... O quizá es que le apetece besarte.

—No digas tonterías —rechazó Charlotte, aunque por algún extraño motivo la idea le provocó un escalofrío—. El duque tiene candidatas de sobra a las que besar. Como esa lady Colby, por ejemplo —. Pensar en Virginia la ponía de mal humor, así que se levantó para quemar la nota en la chimenea, huyendo de la mirada socarrona de Lynette.

—¿Has pensado ya cómo te las vas a arreglar para que Westbrook os sorprenda? —preguntó su prima.

Charlotte se llevó un dedo a los labios, pensativa.

—Necesitaré a alguien que lo atraiga hacia el palco del duque para que pueda descubrirnos... —Miró a Lynette con los ojos muy abiertos—. ¡Tú podrías ayudarme con eso!

—¿Yo? —Lynette parecía asustada por la idea.

—¡Por favor! Eres la única con la que puedo contar. No puedo pedirle ayuda a Jocelyn para esto, apenas me dirige la palabra.

—Está bien, te ayudaré. —Lynette suspiró— ¿Cómo lo haremos?



—Cuando llegue el descanso me ausentaré con cualquier excusa y tú abordarás a Westbrook. Puedes decirle que me has visto entrar a solas en el palco del duque y estás preocupada por mi honor. Trata de conducirlo hasta allí para que nos descubra.

—¿Y si arma un escándalo delante de todos?

—No lo hará. Es muy orgulloso. Odiaría quedar en ridículo delante de todos.

—Bien. —Lynette parecía poco convencida.

—Recuerda que debes sonar creíble cuando te dirijas a él. A ver, practiquemos.

Lynette sonrió, entrando en el juego. Se llevó una mano al pecho con aire teatral.

—¡Oh, milord! Me temo que Charlotte ha caído en la tentación y está a solas con un hombre en estos momentos... ¡Y no cualquier hombre, sino el mismísimo duque de Bainbridge! —Lynette jadeó dramáticamente—. ¡Me estremezco al imaginar los actos impíos que pueden estar llevando a cabo! ¡Por favor, milord, debemos rescatarla antes de que sea demasiado tarde!

Charlotte soltó una carcajada.

—¡Realmente tienes madera de actriz! —dijo—. Espero que nuestro plan funcione. No veo el momento de recuperar mi libertad.

—Funcionará. —Lynette se levantó para remover las llamas de la chimenea, donde los últimos trozos de la nota de Benjamin estaban reduciéndose a cenizas—. No te preocupes. Ya lo creo que funcionará.



Cuando llegó el sábado, Charlotte era un amasijo de nervios. Se había pasado toda la semana contando los días y las horas, repitiéndose a sí misma que si todo salía bien, ahuyentaría de una vez por todas a Westbrook y recuperaría su tan ansiada libertad. Al mismo tiempo, una voz muy tenue y persuasiva en el fondo de su mente le hacía preguntarse una y otra vez qué se sentiría al ser besada por Benjamin Thomson, si sus labios se posarían sobre los suyos de un modo salvaje y posesivo y si acaso sentiría deseos de gemir en sus brazos, como Virginia Colby. Cada vez que tales pensamientos la asaltaban, Charlotte se repetía a sí misma que eso no debía preocuparle: Benjamin Thomson era solo un pasaje para recuperar su vida y su libertad y nada importaba si sus besos eran agradables o húmedos y viscosos como los de un sapo.

Ayudada por su doncella, se vistió con uno de sus vestidos más bonitos: un diseño color morado pálido con una amplia falda de gasa, tan delicada que parecía el ala de una mariposa. La doncella recogió parte de sus rizos con una tiara, dejando que los demás cayesen sobre su espalda en intrincados tirabuzones. Con una última mirada al espejo, Charlotte se apresuró hacia el carruaje donde ya la esperaba su familia, con el corazón latiendo en el pecho como un pequeño tambor.

Covent Garden estaba a rebosar de gente y la alta sociedad en pleno parecía haber decidido ir a la ópera esa noche, lo cual no era de extrañar pues Haendel estaba muy de moda. El conde de Pinecrest había invitado a los prometidos de sus hijas a sentarse en su palco, y Charlotte se encogió de disgusto al sentir el aliento cálido y desagradable de lord Westbrook justo en su nuca. Tampoco Jocelyn parecía demasiado entusiasmada con Balfour al lado, sentado muy tieso y mirándolo todo con sus ojos saltones que le hacían parecerse a un sapo escuálido. La falta de química entre ambos era tan evidente que Charlotte se estremeció; no entendía cómo su hermana podía soportar un noviazgo así sin sentir deseos de tirarse por la ventana. La miró de reojo: Jocelyn estaba envuelta en el aura de tristeza que parecía ser su fiel compañera en los últimos tiempos. A Charlotte le hubiera gustado que se desahogase con ella, pero su hermana apenas le hablaba desde su árida discusión días atrás y la rehuía todo lo que podía.

La música comenzó a sonar. Estaban representando *Amadigi di Gaula* de

Haendel, una ópera que narraba las desventuras de una damisela en apuros y Charlotte pensó que era un telón de fondo muy adecuado para lo que se había convertido su vida en los últimos tiempos. Escudriñó los palcos con sus largos binoculares hasta encontrar el del duque de Bainbridge. Allí estaba él, perfilándose en la penumbra, elegantísimo con un traje oscuro que contrastaba con el verde de sus ojos. Estaba aparentemente muy concentrado en la música, pero de pronto giró la cabeza hacia ella y Charlotte hubiera jurado que le dirigía una sonrisa lenta y torcida. Nerviosa, retiró los binoculares y trató de concentrarse en el escenario. Su prima, que estaba sentada a su lado, le apretó la mano para tranquilizarla; sin duda se había dado cuenta del intercambio de miradas.

El primer descanso tardó en llegar lo que le parecieron horas. Por fin, la música cesó, las cortinas del escenario se cerraron y varios criados comenzaron a pasar entre los palcos ofreciendo bebidas. Charlotte se excusó pretextando que tenía que salir a refrescarse y su prima se ofreció para acompañarla. Por suerte, tanto Westbrook como sus padres estaban demasiado ocupados charlando para percatarse del temblor en su voz y de la capa de sudor que cubría su labio superior.

Lynette la despidió en el pasillo.

—Tranquila —le dijo—. Todo saldrá bien, ya lo verás. Te doy diez minutos y después acudiré con Westbrook.

Asintiendo con nerviosismo, Charlotte se apresuró por los pasillos del teatro, con el corazón latiendo salvajemente en su pecho. El palco del duque de Bainbridge estaba sumido en la penumbra, ya que Benjamin había cerrado las cortinas que lo separaban de las vistas al escenario. Charlotte asomó la cabeza y se encontró con la sonrisa del duque, que bebía brandy tranquilamente sentado en una butaca.

—Creo que nadie me ha visto entrar —dijo sin aliento.

—Perfecto —dijo él con parsimonia—. Un vestido encantador. El violeta resalta el color de tus ojos. Pareces la vela de un barco, o algo así de etéreo.

—No se burle —bufó ella.

—Nada más lejos de mi intención. —Él parecía muy divertido—. Y tutéame, por favor. Es lo mínimo que podemos hacer, ya que estamos a punto de ser sorprendidos intimando.

—Está bien. —Charlotte respiró hondo—. Quiero darte las gracias por ayudarme con esto. Muchas gracias por haber cambiado de opinión.

—No es nada. —Una expresión extraña cruzó los ojos del duque.

—Estoy algo nerviosa —admitió Charlotte.

—¿Quieres un poco de brandy? ¿O un té? —Él le señaló una pequeña mesita a su lado, bien provista de bebidas y pastas.

—No, gracias. —Charlotte observó como Benjamin mordía un pastelillo y por un momento se preguntó cómo sabrían sus labios después del dulce, si sería capaz de percibir en ellos el regusto a azúcar y chocolate. Sacudió la cabeza—. No tengo tiempo para eso. En diez minutos Westbrook se presentará aquí buscándome.

—Está bien. Pongámonos a ello. —Benjamin se levantó— ¿Debemos dejar un reguero de ropa en el pasillo para que encuentre el camino?

Charlotte lo miró alarmada hasta que se dio cuenta de que estaba bromeando de nuevo. También percibió algo más: él también estaba un poco nervioso; lo notaba en el leve temblor de la comisura de su boca, en el brillo húmedo de sus ojos, como hiedra bajo la luz de la mañana.

Benjamin se acercó a ella lentamente, sin dejar de mirarla. De repente todo el tono de broma había desaparecido y se había puesto serio. Le rozó la mejilla con su mano derecha; un roce mínimo, pero sus dedos desprendían tanto calor que por un momento ella se preguntó si tendría fiebre. Podía sentir su pulso latiendo rápidamente a través de su piel, casi tan rápido como su propio corazón. El duque olía a papel y tinta, a brandy, a azúcar y a canela. Era una mezcla tan deliciosa que ella estuvo a punto de inclinarse para percibir mejor el olor, pero él fue más rápido. Antes de que Charlotte tuviese tiempo de hacer otro movimiento Benjamin se inclinó sobre ella y la besó.

Charlotte sintió una breve oleada de pánico. ¡Estaba sucediendo! ¿Qué se suponía que debía hacer ella ahora? ¿Abrir la boca? ¿Mantenerla cerrada? Se quedó muy quieta, presionando sus labios sobre los de Benjamin. A él no pareció importarle: sus brazos se deslizaron alrededor de su cintura para atraerla más hacia sí. Percibiendo su miedo, separó su boca de la de ella y depositó un suave beso en la punta de su nariz.

—Tranquila —susurró antes de besarla de nuevo—. Tranquila.

El segundo beso fue mucho mejor. De hecho, fue maravilloso. Sublime. Charlotte decidió en ese momento que besar a Benjamin Thomson pasaba a ocupar un lugar privilegiado en su lista de actividades favoritas, superando incluso al diseño de barcos y las cabalgatas por el campo. Benjamin profundizó el beso, acariciando con la lengua su labio inferior y Charlotte dejó escapar un suspiro. Por un momento se olvidó del mundo, olvidó que ese beso no era real, que en pocos momentos Lynette irrumpiría en el palco con lord Westbrook y ella tendría que enfrentarse a una escena incómoda. Se olvidó de todo excepto de aquellos labios que acariciaban los suyos y de aquellas manos que recorrían su espalda provocándole escalofríos. Estaba tan ensimismada que perdió la noción del tiempo y ni siquiera se dio cuenta de que alguien se movía a su alrededor, del crujido de una tela al moverse y de que la penumbra del palco iba disipándose poco a poco hasta transformarse en una incómoda claridad.

No se percató de nada hasta que oyó los gritos. Gritos agudos que parecían provenir de una manada de gatos en celo... o de alguien muy escandalizado. Notó cómo el bíceps de Benjamin se tensaba bajo su mano y se separó de él, todavía aturdida. Parpadeó varias veces, sin poder creer lo que estaba viendo y cuando se dio cuenta de que no soñaba, el alma se le cayó a los pies. No había ni rastro de lord Westbrook o de Lynette, pero las pesadas cortinas de terciopelo rojo que mantenían el palco del duque oculto del resto del teatro estaban abiertas. Totalmente descorridas. ¿Cómo había podido suceder aquello? Charlotte miró a su alrededor: el descanso parecía haber finalizado ya y abajo, en el escenario, los actores seguían cantando las desventuras del príncipe Amadigi y la princesa Oriana, pero hubiese dado igual que estuviesen acuchillándose unos a otros, puesto que nadie del público les prestaba atención. Todos los lores y las damas tenían los binoculares girados hacia el

palco del duque de Bainbridge, muy atentos al hecho de que lady Charlotte Berkeley estaba sentada en su regazo, con el peinado deshecho, el rostro arrebolado y los labios hinchados después de sus besos apasionados.

Había quedado en evidencia ante todo Londres.

Horrorizada, Charlotte ahogó un gemido en la palma de su mano. Su mirada voló de inmediato al palco de su familia: sus padres la miraban fijamente, la incredulidad y la desolación mezcladas en sus rostros. A su lado, lord Westbrook parecía haberse convertido en una figura de cera, sus ojos eran dos lagunas muertas que no dejaban traslucir emoción alguna. Lynette parecía perpleja, como si no lograra entender qué había sucedido (sentimiento que Charlotte compartía con ella), pero lo que más la impresionó fue el rostro de su hermana: Jocelyn estaba pálida y demudada, como si acabase de ver al más horrible de los fantasmas. A su lado, lord Balfour la miró con disgusto y cuando ella trató de decirle algo retiró su brazo del suyo y se alejó de ella.

Fue en ese momento cuando Charlotte fue capaz de reaccionar y echó a correr.

Su familia también había abandonado su palco y todos se encontraron en mitad del pasillo. Le pareció oír murmullo de voces y butacas que se movían en los palcos contiguos: los nobles, viendo que el espectáculo se trasladaba al pasillo, se apresuraban a asomarse, dispuestos a no perderse nada de lo que ya prometía ser el mayor escándalo de la temporada.

—¡Charlotte! ¿Pero qué has hecho? —El conde de Pinecrest parecía aterrado y muy disgustado. Tras él, la condesa miraba a su hija como si la viese por primera vez.

—Inadmisible... Bochornoso... En mis propias barbas, delante de todo el mundo... —Lord Westbrook, muy enfadado, murmuraba incoherencias agitando los brazos en el aire como enormes abanicos. Charlotte apenas le prestó atención: miraba a Jocelyn, que corría desesperada tras lord Balfour. Su prometido parecía muy enfadado, como si le hubiesen ofendido a él directamente.

—¡Hasta aquí hemos llegado, Jocelyn! —bramó—. No pienso relacionarme

más con una familia que tiene un miembro tan... tan...

—Deshonesto —aportó una dama que había salido de su palco y parecía estar disfrutando enormemente.

—Eso, deshonesto. Lo siento, Jocelyn, pero nuestro compromiso queda roto.

—¡Pero, Edward! ¡Yo no tengo la culpa! —sollozó Jocelyn, blanca como una sábana—¡Yo no he hecho nada!

—Es cierto, Balfour. Ella no tiene la culpa —terció lady Berkeley. Balfour la miró con los ojos entornados.

—Ya conoce el dicho, señora. Cuando a un árbol se le cae una de sus ramas, la putrefacción proviene de la propia raíz.

—¡Cómo se atreve! —Lord Berkeley se encaró con él, hinchando el pecho.

Jocelyn estalló en nuevos sollozos. Parecía desesperada, como alguien que viese destruido ante ella su mejor sueño. Charlotte estaba paralizada, debatiéndose entre el deseo de consolarla y las ganas de abofetear al idiota de Balfour por tratar a su hermana de esa manera. Pero sobre todo, sentía deseos de golpearse a sí misma. Por su culpa, por sus estúpidas decisiones, su hermana estaba sufriendo. Ella misma sintió el agujonazo de las lágrimas tras los párpados y, en ese momento, alguien apareció corriendo. Era Benjamin. Los chismosos lores que habían salido al pasillo sonrieron con deleite. Aquello se estaba poniendo interesante.

—No hay necesidad de armar tanto jaleo, Balfour —dijo Benjamin secamente—. Nadie le ha ofendido a usted.

—No pienso casarme con una mujer cuya hermana acaba de arruinar su reputación —dijo el otro alzando la nariz.

—¿Quién ha hablado de ruina? —Benjamin sujetó a Charlotte por la cintura y ella se apoyó en él de forma inconsciente, agradecida por el contacto—. El honor de mi prometida está intacto.

Charlotte dio un respingo. Los murmullos de la gente a su alrededor

subieron de volumen. Los condes de Pinecrest abrieron mucho los ojos con algo parecido a la esperanza.

—Disculpe... —Lord Westbrook se plantó ante Benjamin, sus ojos saltones tan abultados como huevos de pato—. ¿Su qué?

—Mi prometida. —Benjamin le dedicó una sonrisa torcida—. Voy a casarme con lady Charlotte.



## CAPITULO 5

La noticia de que el duque de Bainbridge iba a casarse con Charlotte Berkeley corrió como la pólvora y pronto se convirtió en la comidilla del momento. No se hablaba de otra cosa en los bailes y en los salones y todas las jóvenes casaderas miraban a Charlotte con envidia, sin lograr comprender como aquella muchacha extravagante se les había adelantado dando caza al soltero más codiciado de la temporada. Los condes de Pinecrest, aliviados de que la escena en el teatro no hubiese acarreado la deshonra para su hija, se habían apresurado a formalizar el compromiso. Se había decidido que la boda se celebraría en dos semanas, en una doble ceremonia en la que Jocelyn y lord Balfour también tomarían los votos matrimoniales.

Charlotte hizo girar el anillo de compromiso en su dedo. Era una pieza sencilla con una pequeña esmeralda engarzada que a ella le recordaba el color de los ojos de Benjamin. Él se la había entregado el día anterior, en una breve e incómoda reunión con sus padres durante la que él había rehuído su mirada y se había mostrado tenso y envarado; un Benjamin muy distinto al que ella había conocido. Charlotte no podía entender por qué su plan en Covent Garden había salido tan mal y las cosas habían llegado a torcerse de tal modo; tras mucho pensar había llegado a la conclusión de que alguno de los mozos del teatro, demasiado celoso de sus obligaciones, había opinado que los ocupantes de ese palco llevaban demasiado tiempo sin disfrutar de la música y había decidido descorrer las cortinas por su cuenta, sin que nadie se lo hubiera pedido, exponiéndolos así ante todos antes de que Lynette hubiera tenido tiempo de llegar con lord Westbrook.

Había otra cosa que la tenía muy desconcertada. ¿Por qué el duque había afirmado ante todo el mundo que estaban comprometidos? ¿Por qué no se había limitado a encogerse de hombros, dejándola lidiar a ella sola con la deshonra y la vergüenza? Charlotte no era tonta; sabía que en casos como este eran las mujeres las que quedaban peor paradas, convirtiéndose en parias sociales y en pasto de las murmuraciones. Los hombres solían salir de estos

entueños sin nada más grave que una reprimenda por parte de sus parientes mayores y una fama de canalla que sumar a su apellido. No, Benjamin no tenía obligación de dar ese paso. ¿Por qué lo había hecho? ¿Un simple acto de caballerosidad? Era muy extraño. Sin embargo, a ella no se le había pasado por la cabeza la idea de decir que no. Aceptaría, sobre todo después de haber visto la expresión de Balfour cuando estuvo a punto de huir dejando plantada a Jocelyn, acusándola de pertenecer a una familia deshonesta. Había visto también la mirada de su hermana, desesperada y perdida, como un náufrago que ve alejarse al barco al que tanto ha deseado subir. Después, cuando Benjamin hizo su extraño e inesperado anuncio delante de todos, Balfour se había apresurado a retractarse y había pedido disculpas, aunque a Charlotte le sonaron poco sinceras. Suspiró. Sí, ella despreciaba a Balfour con todas sus fuerzas y deseaba que su hermana se apartase de él, pero Jocelyn parecía quererle y necesitarle de un modo que ella no entendía. Y si tenía que casarse con Benjamin Thomson para evitar la infelicidad de su hermana, por supuesto que lo haría. Al fin y al cabo, uno debía tomar responsabilidad por sus propias acciones.

Estaba decidido. En dos semanas se convertiría en la duquesa de Bainbridge.

Unos pasos que se acercaban la sacaron de su ensimismamiento. Era Jocelyn, que entró de puntillas. Si seguía adelgazando así, iba a desaparecer, pensó Charlotte con un sobresalto. Jocelyn se sentó a su lado y la miró muy seria, sus ojos azules como dos lagos emergiendo entre el púrpura de sus ojeras.

—No tienes que hacerlo, ¿sabes? —susurró.

—¿Qué es lo que no tengo que hacer?

—Casarte con él. Sé que solo lo haces porque Edward amenazó con abandonarme. No sé qué absurdo plan os traíais Bainbridge y tú entre manos, pero conociéndote, estoy segura de que no esperabas acabar casada con él. No quiero que hagas algo que te repugne por mi causa.

Charlotte dio nuevas vueltas al anillo mientras reflexionaba sobre las palabras de su hermana. ¿Repugnarle? Bueno, quizá esa no era la palabra más

apropiada. Repulsa era lo que Westbrook le provocaba pero Benjamin... con él todo era un cúmulo de sentimientos encontrados: miedo, curiosidad, deseo. Algo a lo que ella todavía no era capaz de ponerle nombre.

—Ya está decidido —dijo con firmeza—. No te preocupes, no es tan terrible. Aunque si quieres que te sea sincera, no entiendo por qué estás empeñada en casarte con Balfour ni por qué te aferras tanto a él. Tú mereces algo mejor. ¿Has visto como te ha tratado en el teatro?

—Solo dijo todas esas cosas porque estaba enfadado... A Edward le importa mucho el honor —dijo Jocelyn débilmente—. Después me pidió disculpas.

—Aún así, creo que no te conviene.

Jocelyn fue a responder pero pareció pensárselo mejor y apretó los labios. Apoyó la frente en el hombro de su hermana, como solía hacer cuando eran niñas y se deslizaba a su cama en mitad de la noche porque las tormentas le daban miedo.

—Siento haber estado tan insoportable estas últimas semanas —murmuró.

Charlotte le acarició el cabello.

—Tú no podrías ser insoportable ni aunque te lo propusieses.

—¿Te acuerdas de los planes que hacíamos cuando éramos pequeñas? —dijo Jocelyn—. Tú soñabas con navegar en un velero disfrazada de grumete y yo quería dedicarme a cultivar plantas exóticas como las del Jardín Botánico. Quién nos iba a decir que acabaríamos así, ¿verdad? Las dos prometidas y a punto de casarnos el mismo día.

—Sí, quien nos lo iba a decir —afirmó Charlotte con melancolía. Ahí, en ese mismo salón habían compartido sueños y deseos, habían trazado planes. Dos niñas inocentes jugando a vislumbrar su futuro... Definitivamente, parecía que el destino tenía otros planes reservados para ambas.

Perdidas cada una en sus pensamientos, las dos se quedaron sentadas

durante un largo rato, hasta que el crepúsculo tiñó de morado la luz que se filtraba por la ventana.



El día de la doble boda amaneció con un sol radiante, probablemente uno de los últimos días soleados en Londres, ya que el verano estaba llegando a su fin. La aristocracia en pleno, engalanada como para una recepción real, atestaba las inmediaciones de la Catedral de Westminster, todos ansiosos por presenciar la boda de la temporada.

Charlotte, envuelta en un enorme vestido color marfil que la hacía sentirse muy pequeña, lo observaba todo con los ojos muy abiertos. Jocelyn y lord Balfour se casaron primero, y durante toda la ceremonia su hermana apenas levantó la vista del suelo mientras que él, a su lado, parecía un gallo orgulloso y posesivo. Una vez más, Charlotte sintió una sensación opresiva al verlos juntos.

Tras el primer enlace, llegó su momento. Avanzó por el largo pasillo al encuentro de Benjamin, que la observaba con expresión indescifrable, y escuchó a duras penas la homilía pronunciada por el obispo con voz monocorde. Siempre había imaginado que si alguna vez la obligaban a lucir un anillo de bodas, se sentiría como si llevase un pesado grillete, pero cuando Benjamin deslizó la alianza en su dedo la notó cálida y ligera al mismo tiempo. Ese anillo la ataba a él, la convertía en la duquesa de Bainbridge, en su esposa. Y la sensación no era desagradable en absoluto.

Lo miró de refilón. Estaba guapísimo, con sus ojos verdes y agudos y una sombra de barba en la mandíbula. Charlotte era incapaz de adivinar qué pasaba por su cabeza: su rostro permanecía impassible mientras estrechaba las manos de los que los felicitaban a la salida de la iglesia. Ella abrazó a sus padres y rebuscó entre la multitud hasta encontrar a Jocelyn, que se preparaba ya para partir con su esposo. Ellos no participarían en el banquete de bodas

pues al parecer lord Balfour tenía mucha prisa por llevarse a su esposa a sus propiedades en el Norte.

—¿Seguro que estarás bien? —Charlotte abrazó a su hermana con lágrimas en los ojos. El cuerpo delgado de Jocelyn temblaba entre sus brazos como un junco.

—Estaré bien, lo prometo. No te preocupes por mí. Te escribiré —dijo girándose hacia Balfour, que la llamaba con tono impaciente. Charlotte le echó una última mirada antes de subirse a su propio carruaje, donde su esposo la esperaba ya sentado en los mullidos asientos. Era la primera vez que estaban a solas desde su encuentro en el palco de Covent Garden y el aire entre ellos parecía lleno de tensión, como un cielo antes de una gran tormenta. Nerviosa, tragó saliva, sin saber muy bien qué hacer o decir. Benjamin se inclinó hacia ella hasta que sus rostros quedaron muy juntos y por un momento Charlotte pensó que iba a besarla, pero él se limitó a pasar su dedo índice por una de sus mejillas, como siguiendo un rastro.

—Has estado llorando —murmuró.

—Es que me apena mucho despedirme de mi hermana. ¿Quién sabe cuando la volveré a ver? Balfour ha dicho que tiene previsto pasar muchos meses en el Norte.

—Estás muy unida a ella, ¿verdad?

—¡Haría cualquier cosa por ella! —dijo Charlotte con fervor.

—Incluso acceder a un matrimonio que no deseas —afirmó él con voz átona retirando la mano de su rostro. Ella se echó hacia atrás, azorada. El silencio se instaló entre ellos como un invitado incómodo y Charlotte buscó desesperadamente la manera de romperlo.

—Todavía no te he dado las gracias —murmuró al fin.

—¿Las gracias?

—Sé muy bien que tú tampoco deseabas casarte conmigo y te agradezco

que hayas hecho ese sacrificio para salvar a mi hermana de la desdicha. —Su voz se entrecortó mientras Benjamin arqueaba las cejas, súbitamente tenso ante la palabra “sacrificio”—. Balfour parecía muy decidido a romper con ella cuando me descubrió en una posición deshonesta —añadió.

—Balfour es un imbécil —masculló Benjamin—. Pero tú eres una muchacha sorprendente. ¿De modo que no has puesto pegas a esta boda para evitarle a tu hermana la vergüenza de un compromiso roto? ¿Fue por eso? ¿No para evitar quedar señalada ante todos los petimetres que nos miraban con la boca abierta?

Charlotte se puso colorada al recordar el embarazoso momento.

—Lo que cuatro matronas de lengua larga piensen me importa menos que la felicidad de Jocelyn —dijo al fin—. Ella es más débil que yo y por algún motivo que no alcanzo a entender su matrimonio con Balfour parece importarle mucho. ¿Quién soy yo para poner trabas a sus sueños?

Benjamin asintió lentamente, como si la comprendiese. Charlotte se atrevió a hacerle la pregunta que tanto rondaba por su mente.

—¿Y tú? ¿Por qué les dijiste a todos que estábamos comprometidos? Hubieras podido desentenderte y las consecuencias no hubieran sido tan graves para ti como para mí.

Benjamin se encogió de hombros, casi con indiferencia. Tardó tanto en responder que ella pensó que ya no iba a hacerlo pero finalmente murmuró:

—Yo también soy de los que creen que uno no debe poner trabas a sus sueños.

Charlotte frunció el ceño, confusa. ¿Qué se suponía significaba esa frase? Ambos se quedaron callados durante un rato, mecidos por el traqueteo de las ruedas. Cuando Charlotte levantó de nuevo la mirada se encontró con que los ojos de él seguían fijos en ella, como tratando de leer en su interior.

—Espero que estar casada conmigo no te resulte “la más terrible de las condenas”. Creo que es así como calificaste tu compromiso con Westbrook —

dijo él con una sonrisa. Charlotte sonrió también.

—Estoy segura de que no será tan horrible. Al menos no pareces tan pedante como él.

—Gracias, supongo.

—Tampoco hueles a cebolla.

—Ah, ¿no? —Benjamin se inclinó de nuevo hacia ella. Ahora estaban tan cerca que sus muslos podían tocarse—. ¿A qué huelo entonces?

—Yo...no lo sé... —respondió Charlotte muy azorada. En realidad deseaba decirle que olía de maravilla, a ese peculiar perfume suyo con un fondo especiado que le recordaba al olor de la bodega de uno de sus amados barcos.

—Pues yo creo que tú hueles muy bien, si te interesa saberlo —murmuró él, acercando la boca a su cuello. Su aliento le hizo cosquillas y le puso la piel de gallina—. Y por lo que recuerdo de nuestro encuentro en la ópera, sabes todavía mejor. Me gustaría recordarlo —añadió antes de inclinarse y besarla.

Los dos gimieron a la vez cuando sus labios se encontraron. Si el beso en Covent Garden había sido magnífico este fue todavía mejor, como la sacudida eléctrica que provoca un rayo al caer sobre un campo. Ambos exploraron sus bocas a conciencia, devorándose como para saciar un hambre muy antigua. Charlotte se dijo a sí misma que besar era cuestión de práctica, pues en ese momento se sentía tan cómoda en los brazos de Benjamin como si ese fuera el lugar al que perteneciese. Cuando él depositó una hilera de suaves besos por su cuello y su escote sintió que estaba a punto de desfallecer y tuvo que agarrarse a sus hombros. Él se separó durante un momento y la miró sonriente, los labios un poco hinchados y varios mechones despeinados sobre su frente.

—Mírame —susurró—. No dejes de mirarme con esos preciosos ojos tuyos.

Charlotte obedeció. Lo miró fijamente mientras él desataba las cintas de su vestido con dedos ágiles y tomaba uno de sus pechos en la mano, sopesando su firmeza. Siguió mirándolo cuando él abarcó su pezón en su boca, trazando

suaves círculos con su lengua. Y ni siquiera dejó de mirarlo cuando él, sin previo aviso, deslizó una de sus manos bajo su falda y la tocó justo entre las piernas, en ese punto donde de repente parecía haberse concentrado toda su voluntad.

—Yo... ¡ah!.. —jadeó Charlotte. Se sentía mareada, como si se hubiera convertido en arcilla en sus manos— ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que estoy sintiendo?

—Esto es el deseo, querida. El placer. Los dos lo sentimos —Benjamin tomó una de sus manos y la llevó a su entrepierna. Ella se estremeció, asombrada ante aquella dureza palpitante, y trazó su contorno con dedos temblorosos, haciendo que Benjamin se tensase y jadease de placer. Charlotte sintió un estallido de triunfo en su pecho: era ella, con sus propias manos, la que estaba provocando todas esas reacciones en su esposo: sus jadeos, la fina capa de sudor que cubría sus sienes, el modo en que la miraba, como si quisiese devorarla.

—El placer —repitió con voz entrecortada—. Sí... ahora lo entiendo.

Siguieron besándose, perdidos el uno en el otro, acariciándose con manos que volaban bajo la ropa, aprendiéndose sus cuerpos de memoria. No se separaron hasta que el carruaje comenzó a enfilear las avenidas de los jardines del duque y entonces se miraron el uno al otro, como retándose. En la mirada de Benjamin, tan brillante como el vientre de una luciérnaga, Charlotte creyó ver un sinfín de emociones mezcladas: deseo, lujuria y también algo más oscuro, más indescifrable... como si llevase dentro un gran secreto.

El cochero que les había ignorado cuidadosamente durante todo el trayecto les abrió la puerta y ambos se dirigieron con las manos enlazadas a la mansión, al encuentro de los invitados al banquete.





Las dos horas siguientes pasaron para Charlotte como envueltas en una especie de neblina. Benjamin y ella se sentaron en la mesa principal, cargada de viandas, mientras los invitados no dejaban de pasar a saludarles y felicitarles por el enlace. Ella apenas respondía, perdida en sus pensamientos. No dejaba de recrear una y otra vez el tacto de las manos de Benjamin por su cuerpo, el sabor de sus besos, el modo en que, por un breve momento, se había sentido cercana a él de un modo que iba más allá de lo físico, como si fuesen dos piezas de madera que un carpintero lograra ensamblar de un modo perfecto. Nunca antes había experimentado algo similar y la sensación la hacía sentirse débil y exultante al mismo tiempo.

A su lado, Benjamin comía en silencio, dirigiéndole de vez en cuando miradas de soslayo. La multitud a su alrededor les impedía hablar con libertad, pero en dos ocasiones él le acarició la mano por debajo de la mesa, un toque suave y a la vez firme que provocó que su piel se erizase como barrida por un fuerte viento. La idea de pasar toda la noche a solas con él, cuando todo el mundo se hubiese marchado, hacía que la garganta se le secase de anticipación.

Tras la cena, ambos se levantaron para abrir el baile. Los ojos de Benjamin, no se separaban de los suyos y Charlotte podía percibir el calor que emanaba de sus cuerpos, como si los poros de su piel se buscasen entre sí. Bailaron tres canciones seguidas y cuando Charlotte estaba empezando a sentir que le fallaban las piernas, él se detuvo y le besó la mano con galantería.

—Discúlpame un momento. Me gustaría cambiar unas palabras con algunos caballeros —dijo señalando un rincón donde varios nobles parecían entretenidos en una interesante discusión.

Charlotte asintió, agradeciendo un rato de descanso para sus pobres pies. Se acercó a la mesa de las bebidas y cuando se estaba sirviendo un vaso de limonada, lady Virginia Colby apareció de repente, muy exuberante en un diseño color rojo que dejaba poco lugar a la imaginación. Le dirigió una sonrisa tan falsa que a Charlotte le pareció que estaba pintada sobre un lienzo.

—Felicidades, *duquesa* —dijo con voz aguda—. Parece que todos te habíamos subestimado. Has jugado bien tus cartas: pasar de lord Westbrook al duque de Bainbridge es todo un triunfo. Más belleza y más poder. Y mucho

más dinero, por supuesto.

—Gracias, querida —dijo Charlotte imitando su tono— ¿Y tu esposo?

—En el campo, en una de sus cacerías. —Virginia arrugó la nariz—. Pero no te hagas ilusiones, Bainbridge tampoco va a quedarse contigo. Pronto te enviará a una de sus muchas villas y solo te visitará el tiempo justo para engendrar un heredero. Todos son iguales.

—No creo que todo el mundo sea igual —repuso Charlotte airada.

—Eres una ilusa. ¿Acaso crees que se ha casado por amor? Ni lo sueñes. Conozco bien al duque y hasta hace unas semanas le tenía al matrimonio la misma aversión que a un enjambre de abejas furiosas. Si ha dado este paso es porque el enlace contigo sirve a alguna de sus ambiciones.

—¿Qué ambiciones? —Charlotte estaba empezando a cansarse de esa conversación—. ¿Qué puedo darle que él no tenga ya? Es mucho más rico que yo; mi dote es como una gota minúscula en el océano de su fortuna.

Virginia se encogió de hombros. Las finas líneas de su frente le hacían parecer mayor de lo que era.

—Tú sabrás —dijo con cinismo—. Pero te aseguro que si se ha casado, es porque algo busca. Pon esa cabecita tuya a trabajar. Piensa en algo que él desee con fuerza y tú o tu familia podáis ayudarle a conseguir. Ahí tendrás tu respuesta.

La dama se alejó con un suave movimiento de faldas y Charlotte se quedó con el ceño fruncido, miles de ideas bullendo en su cabeza. Las palabras de Virginia eran como un aguijón venenoso que, muy a su pesar, se había quedado clavado en algún lugar oscuro de su mente. Lo cierto era que Benjamin había renegado del matrimonio solo unos días antes; ella misma lo había escuchado de sus propios labios. ¿Sería cierto que buscaba algo que los Berkeley tenían? ¿El qué?

Inquieta, salió del salón de baile, tratando de huir del ruido y la música que no la dejaban concentrarse. Bainbridge Hall era una mansión gigantesca,

repleta de escaleras de caracol e intrincados pasillos que parecían cruzarse unos con los otros en un complicado laberinto. Charlotte comenzó a caminar sin rumbo, mientras una pregunta sin respuesta resonaba en su mente sin descanso: ¿Por qué Benjamin Thomson se había casado con ella?

Harta de dar vueltas por la casa, se detuvo ante la puerta del despacho de Benjamin, que tenía grabado en la madera el escudo del ducado de Bainbridge: un halcón posado sobre un sauce. Charlotte lo estudió pensativa, comparando la majestuosa postura del ave y su poderoso pico con la pequeña paloma que adornaba el escudo de su padre. Era curioso que el halcón hubiese terminado desposando a la paloma. ¿Acaso pretendía también devorarla? ¿Sería posible que el hombre que la había besado con tanta pasión unas horas antes llevase una máscara? La idea, tan inesperada como perturbadora, se coló en su cerebro con la suave y ponzoñosa voz de Virginia Colby y, presa de un arrebato, Charlotte abrió la puerta, dispuesta a descubrir todo lo que pudiera de su esposo.

La estancia olía al perfume de Benjamin, a tabaco y a papeles polvorientos. Sobre la mesa había una bandeja de plata llena de cartas, varios libros antiguos y un enorme sobre con pinta de oficial cuyo sello ya había sido abierto. Charlotte lo tomó con curiosidad y se dio cuenta de que era un mensaje real . Comenzó a leer.

*Por la presente, y en representación de la voluntad de nuestro Rey, Jorge de Gran Bretaña e Irlanda, nos complace informarle de su aceptación como miembro de pleno derecho del Consejo del Mar, comisión de nobles fieles a la Corona y el Reino y cuyos estatutos pasamos a desglosar a continuación...*

Charlotte dejó el papel, sorprendida. Así que Benjamin había conseguido su objetivo: entrar a formar parte del Consejo. Ahora podría seguir de cerca las averiguaciones para dar con el paradero de los piratas, su mayor deseo ¿Cómo lo habría logrado? Presa de una sensación extraña siguió moviendo papeles sobre la mesa hasta dar con un largo legajo que llamó su atención, pues tenía en la parte superior el dibujo de un galeón antiguo bajo el que aparecía una frase: «*Listado de los Miembros Activos del Consejo del Mar. Año 1772*».

Charlotte empezó a leer: nombres y más nombres: varios miembros de las

familias más relevantes de Inglaterra parecían tener un papel en esa organización. Estaba a punto ya de abandonar la lista cuando un nombre llamó su atención.

No podía ser.

En ese momento lo supo. La verdad de lo que había sucedido la golpeó como una rama quebrada que hubiese caído de golpe sobre su cabeza. Qué estúpida había sido. Furiosa, bajó a la planta baja y buscó a su padre, que departía amigablemente con otros nobles. Le hizo señas para que se acercase.

—¡Ah! Hija mía... —El conde tenía las mejillas coloradas y un brillo en los ojos que indicaba que había hecho buenas migas con la magnífica bodega del duque—. ¡Cuánto me alegro de que todo haya salido bien! Por supuesto, tu madre y yo hubiéramos preferido que os hubieseis ahorrado la escenita en la ópera, y que nos hubieses informado de que Bainbridge te estaba cortejando, pero en fin... a veces el amor...

—Sé que perteneces al Consejo del Mar —soltó Charlotte con brusquedad, cortando de golpe el chorro de palabras de su padre. Él la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? ¿Co... cómo sabes tú eso? ¡Es una organización secreta! Se supone que nadie debe enterarse de quienes son sus miembros.

Charlotte lo fulminó con la mirada.

—Y lo has invitado a entrar a *él*, ¿no es así? A Benjamin —aclaró pronunciando el nombre como si le doliese en la boca—. Sé que los nuevos miembros solo acceden por invitación.

—Bueno, sí. —El conde parecía perplejo ante la furia de su hija—. No entiendo qué hay de malo en eso. Cuando vino a casa para formalizar tu petición de mano mencionó su deseo de ayudar a atrapar a los piratas y pensé que sería buena idea proponerle como miembro... Al fin y al cabo, ahora es de la familia. Hice lo mismo por Balfour, y el pobre es un zoquete... ¿Charlotte? ¿Charlotte!

El conde se quedó mirando asombrado como su hija se marchaba con un bufido, dejándolo con la palabra en la boca. Charlotte se acercó a Benjamin como un torbellino furioso y lo agarró de la solapa ante la estupefacción de los invitados que estaban más cerca.

—¡Eh! ¿Pero qué haces?

—Tenemos que hablar —siseó ella empujándolo fuera de la sala.

—¿Te has vuelto loca? —Benjamin la miraba como si temiese que fuera a morderle.

—¡Me has engañado! —exclamó Charlotte—. Fuiste tú quien lo preparó todo en el teatro para que nos descubriesen, ¿verdad? Querías que no me quedase más remedio que casarme contigo.

—¿Qué dices?

—Sé que gracias a mi padre has podido acceder al Consejo del Mar, algo que deseabas con todas tus fuerzas. No te hubiera invitado si no formases parte de la familia, así que te las arreglaste para entrar en ella, casándote conmigo. Me has manipulado.

—Yo... no... —Benjamin se había puesto pálido.

—¡No me mientas! Todo este tiempo me he estado preguntando cómo fue posible que las cortinas del palco se abriesen, descubriéndonos ante todos. Lo hiciste tú, o encargaste a alguien que lo hiciese. Por eso te apresuraste a anunciar un compromiso conmigo en Covent Garden: sabías que no me quedaría más remedio que aceptar. Eres un canalla, Benjamin Thomson.

Benjamin intentó hablar pero ella alzó una mano en el aire, acallándolo. Echó a correr por el pasillo, alejándose de él, tratando de evitar las lágrimas que empezaban a brotar sin remedio. Había esperado que él lo negase todo, había mantenido un último rayo de esperanza, pero al encararlo había visto en su mirada lo que necesitaba saber. Todo había sido una mentira, incluso los besos apasionados que habían compartido un rato antes. Benjamin la había utilizado.

—¡Espera! —Él pareció reaccionar y corrió tras ella, alcanzándola en mitad de las escaleras—. Deja que te lo explique...

—No necesito explicaciones. —Ella habló con una frialdad que estaba muy lejos de sentir—. Me marcho de aquí.

—¿Cómo que te marchas? —bramó él—. ¡Estamos en nuestro banquete de bodas! ¡El salón está lleno de invitados!

—¡Me da igual! —Charlotte había comenzado también a chillar—. No pienso pasar ni un minuto más bajo el mismo techo que tú. ¡Te aborrezco!

—¡No seas absurda! ¿A dónde vas a ir en mitad de la noche? Actúas como si te hubiese causado la mayor de las desgracias.

—¡Lo has hecho! ¡Acudí a ti para recobrar mi libertad, no para acabar casada!

—Antes, en el carruaje, no parecías tan disgustada por nuestro enlace —susurró él mirándola con ojos entornados.

—¡Antes no sabía que me habías utilizado como a un objeto! —repuso Charlotte enrojeciendo—. Pensé que te habías casado conmigo porque... porque...

—¿Por qué? —inquirió él con brusquedad—. Ni tú misma tienes una respuesta. ¿Tan horrible es? —Benjamin parecía un poco dolido—. ¡Te libre de Westbrook! Si no fuese por mí ahora mismo estarías pasando la noche de bodas con él.

Charlotte bajó la mirada. Noche de bodas. Horas antes, en el carruaje, había temblado de emoción al imaginarse esa primera vez con Benjamin. Ahora se sentía apática y helada, como si se hubiese convertido en una estatua de sal. Avanzó hasta la puerta de la calle y la abrió, dispuesta a marcharse. Una ráfaga de aire frío le azotó el rostro.

—Me has utilizado —repitió—. Si no fuese por tu egoísmo, habría recuperado las riendas de mi destino. Mi prima me hubiera ayudado.

—No, no lo habría hecho. —Una voz suave habló desde un rincón y Charlotte se quedó congelada con la mano en el pestillo. Lynette acababa de aparecer en un recodo, silenciosa como siempre. Parecía nerviosa y tensa pero tenía una expresión de determinación en los ojos.

—No te habría ayudado —repitió Lynette—. Yo conocía el plan de lord Thomson. De hecho, yo misma se lo propuse.

Charlotte se giró con lentitud para encarar a su prima, sin poder creerse lo que acababa de escuchar. Le zumbaban los oídos y tuvo que sujetarse las manos para detener su temblor.

—¿Qué estás diciendo? —susurró.

Lynette tomó aliento. Transpiraba y la comisura de la boca le temblaba ligeramente. No se parecía en nada a la joven discreta y comedida que Charlotte conocía, ahora se había transformado en alguien apasionado, casi feral.

—Yo amaba a Daniel Redfern —explicó—. Lo amaba con todo mi corazón. Nos conocimos durante la época en la que él visitaba a tío Harold para hablar de negocios, y nos enamoramos. Nadie lo sabe; decidimos mantenerlo en secreto hasta que él regresase de su último viaje y entonces pensaba pedir mi mano. Él... nosotros nos escribíamos cartas. —Su rostro se crispó—. Recibí la última de ellas hace ya muchos meses y me preocupé, pero pensé... A veces las cartas se pierden en las largas travesías marítimas. Cuando llegó la noticia de su desaparición, creí que yo iba a morirme también.

Lynette hizo una pausa. Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla y Charlotte la miró conteniendo el aliento. Daniel Redfern y ella... ¿Sería posible? Le hizo un gesto con la mano instándola a seguir.

—Quiero vengar su muerte —dijo con firmeza—. Quiero ver a Jack *el Rojo* arrastrándose en el fango y, ¿quién mejor para ayudar al Consejo que el amigo de Daniel, su casi hermano? Cuando me contaste que le habías pedido ayuda a Bainbridge para ahuyentar a Westbrook se me ocurrió la idea. A lord Thomson le interesaba entrar en el Consejo tanto como a mí tener dentro de él a alguien de confianza, a alguien que se dejase la piel para encontrar a ese pirata. Le

conté mi idea y él aceptó. De modo que no lo culpes a él, Charlotte. Fui yo.

—Es cierto. —Benjamin se dirigió a su esposa con voz pausada, como temeroso de un nuevo arrebató de ira—. Yo sabía que había una mujer en la vida de Daniel, aunque él nunca me reveló su identidad. Él quería viajar, conocer el mundo, y pretendía establecerse con ella una vez que regresase de sus viajes. Esta travesía iba a ser la última para él, el último gran viaje antes de asentarse en Londres y asumir las obligaciones de un lord. Cuando Lynette me visitó con su propuesta pensé que todos podríamos salir ganando. Ella y yo vengaríamos a Daniel y tú...

—¿Y yo? ¿Y yo qué, Benjamin? —siseó Charlotte, pronunciando su nombre con asco. —Yo caería en vuestra trampa, como una mosca despistada en una tela de araña. Me habéis engañado los dos. Me habéis arruinado la vida.

—¿Arruinado la vida? —Lynette la miró como si se hubiese vuelto loca—. No sabes lo que es eso. Es mi vida la que está destruida, yo lo perdí todo en el momento en que Daniel desapareció en el océano. Tú todavía puedes tener una vida feliz. Eres la duquesa de Bainbridge.

—Es cierto —terció Benjamin—. Piensa en ello antes de abrir esa puerta y marcharte. Prometo que te compensaré por lo que hemos hecho.

Charlotte negó con la cabeza. De repente se sentía como la comparsa de una obra de teatro, sumida en una realidad que no era tal, sino una simple pantomima. Se encaró con su esposo.

—Bien —dijo—. Si quieres compensarme escúchame atentamente: desde este momento no quiero tener nada que ver contigo, aunque vivamos bajo el mismo techo. Si quieres hacer algo por mí, déjame en paz.

Una pátina de desolación cubrió los ojos de Benjamin, aunque ella fingió no verla. Muy despacio, volvió a cerrar la puerta de la calle y se alejó por el pasillo, tratando de poner la mayor distancia posible con esas dos personas que ya no reconocía.



## CAPITULO 6

Charlotte observó la imponente puerta de roble de Pinecrest Manor, que había sido su hogar hasta hacía muy poco. La aldaba era de bronce, muy ornamental, y en ella estaba representada la paloma del escudo familiar, con la ramita en forma de C en el pico. Su C. Charlotte acarició el adorno con la yema del dedo, tragándose las lágrimas. Le parecía que ese simple objeto representaba todo lo que había dejado atrás: su hogar, su familia, las largas horas acompañando a su padre en sus diseños. Había valorado tanto su libertad, se había sentido orgullosa de su independencia e incluso se había burlado de las jóvenes ingenuas que sucumbían a las palabras galantes de caballeros egoístas y manipuladores. Al final, había acabado convirtiéndose en una de ellas.

Llamó a la puerta con dos suaves toques y la vieja ama de llaves abrió unos ojos como platos al verla:

—¡Charlie! Quiero decir... ¡Duquesa! ¡No la esperábamos! Los señores no están, han salido a montar a caballo.

—No importa. —Charlotte la abrazó con cariño—. En realidad he venido a ver a mi prima.

—Por supuesto. Voy a avisarla.

Charlotte se quitó los guantes y el sombrero y se sentó a esperar en el mismo sofá en el que se había recostado tantas veces a escuchar las historias de aventuras de su padre. Tantos recuerdos... Observó la tela tapizada mientras pensaba en qué iba a decirle a Lynette. La visita había sido un arrebato, una idea de última hora. Había pasado ya una semana desde el día de la boda y Benjamin había cumplido al pie de la letra con su petición de mantenerse alejado de ella. De hecho, había partido hacia una de sus villas en el campo esa misma noche y todavía no había regresado. Después de vagar como alma en pena por la mansión durante siete días seguidos, entre furiosa y

desolada, Charlotte había decidido visitar a su prima. Necesitaba entender. Le parecía imposible que la joven que había tratado y apreciado durante tantos meses pudiese guardar tantos secretos en su interior, tener tantas capas. Daniel Redfern y ella, enamorados. Le parecía increíble. Recordó las visitas del joven a su casa, su rostro siempre sonriente. Nunca lo había visto tratar a su prima de forma diferente a las demás aunque recordaba que un día lo había sorprendido en el jardín, medio oculto entre unos árboles como si estuviese esperando a alguien. Redfern se había mostrado muy azorado y se había excusado diciendo que estaba admirando los rosales. Seguramente había estado aguardando a Lynette. Charlotte se sentía estúpida, como si se hubiera pasado mucho tiempo con una venda sobre los ojos.

Un suave carraspeo en la escalera le indicó que Lynette había bajado ya. Su prima la observaba con cautela, con unos ojos que a Charlotte le parecieron vacíos. ¿Quién era de verdad aquella joven? Las dos se miraron durante lo que parecieron horas hasta que Lynette acabó bajando la mirada. Suspiró con tristeza.

—Supongo que me lo merezco —susurró.

—¿A qué te refieres?

—A perder tu amistad. Supongo que no importa cuántas veces te diga que lo siento.

—¿Qué esperabas? Confié en ti y me traicionaste. Me llevaste con engaños a la boca del lobo, solo para obtener lo que querías.

Un rictus de algo parecido a la furia traspasó por un instante el rostro de Lynette, tan breve que Charlotte pensó que se lo había imaginado.

—No ha sido fácil para mí tampoco. Por favor, Charlotte, intenta entenderme —dijo con voz lastimera—. ¡Estaba desesperada! No te imaginas el infierno que han sido para mí los últimos meses, primero sin recibir noticias de Daniel y después al enterarme de su desaparición. ¡Pensé que iba a enloquecer, rumiando mi pena a solas!

—Mi padre forma parte del Consejo del Mar. Pudiste haber confiado en él,

si querías estar al tanto de todos los avances. Él te habría ayudado.

—¿Estás segura? ¿Qué hubiera pensado de mí al saber que mantenía relaciones con un hombre que no le pidió permiso para cortejarme? Supo disculpar tu escena con Bainbridge en la ópera, pero tú eres su hija. Yo solo soy su sobrina y la mala fama de mi padre me precede. No podía confiar en él.

—¿Tampoco podías confiar en mí? Yo lo hice. Te abrí mi corazón y tú me traicionaste sin pensártelo dos veces.

Un breve rayo de ira atravesó por un momento el rostro de Lynette. De la amplia manga de su vestido extrajo un paquete de cartas.

—Mira —le dijo a Charlotte tendiéndoselas—. Lee. Quizá así puedas entenderme mejor.

Charlotte desplegó la primera de las cartas y un leve aroma a lavanda inundó sus fosas nasales. Comenzó a leer:

*Mi querida Lyn,*

*Te amo, te amo, te amo... No dejo de pensar en ti y la imagen de tu precioso rostro es lo último que aparece en mi mente cada noche, antes de dormir. ¡Cuánto desearía que estuvieses aquí conmigo, bajo este cielo azul tan distinto a las nieblas de Inglaterra, contemplando estas tierras exóticas!*

*Algún día, mi preciosa Lyn, cuando estemos casados, veremos juntos todas estas maravillas.*

*Siempre tuyo,*

*Daniel Redfern*

Charlotte sopesó la carta en sus manos. Estaba muy sobada y había manchas de humedad en algunos lugares del papel, como si Lynette hubiese derramado

lágrimas sobre ella. Ojeó velozmente el resto de las misivas; todas empezaban igual: “*Mi querida Lyn*” y eran un compendio de palabras apasionadas, promesas de amor, esperanzas de futuro. Sintió una breve punzada de lástima por su prima, que veía truncados todos sus sueños. “*Al menos ella ha conocido el amor*”, dijo una voz molesta en el fondo de su mente. “*Tú ni siquiera puedes decir eso*”.

—Daniel lo era todo para mí —dijo Lynette—. Si pudieras entenderme... Tú nunca has estado enamorada, pero...

—Ni lo estaré. —El breve momento de comprensión había pasado y Charlotte volvía a sentirse frustrada. Tú me has arruinado esa posibilidad empujándome a un matrimonio que no quería.

—¿Estás segura de que no lo querías? —preguntó Lynette suavemente.

—¿Disculpa?

—¡Vi como hablabas de él! ¡Vi tu furia y tu despecho la primera vez que se negó a ayudarte! ¡Vi como os mirabais el día de vuestra boda! Vamos, Charlotte... He recorrido mucho mundo y he visto muchos tipos de relaciones: desganadas, ardientes, por obligación... Sé reconocer los sentimientos cuando los veo. Hay algo entre Bainbridge y tú, estoy segura.

Charlotte se la quedó mirando un poco asombrada. Un recuerdo asaltó su mente: Benjamin escrutándola como si quisiese leer dentro de ella, conocer sus secretos más íntimos. Benjamin besándola como si el mundo fuese a terminarse, acariciando su mano bajo la mesa. Se había sentido feliz durante esos breves momentos con él. No podía engañarse a sí misma: había algo ahí, como una llamita tenue que deseaba seguir avivando para convertirla en una gran hoguera. El problema era que él no pensaba igual, estaba claro. Su matrimonio solo había sido para él una carta de presentación para el Consejo del Mar. Absolutamente nada más.

—¿Sabes que se marchó al campo la misma noche de nuestra boda y aún no ha regresado? —dijo con amargura—. No creo que tu teoría tenga ningún sustento, Lynette.

—Bueno, tú misma le pediste que te dejase en paz, no ha hecho más que cumplir tus deseos. Quizá cuando regrese... Porque en algún momento tiene que regresar a Londres, ¿verdad? —Su prima la miró intrigada.

—Sí. —respondió Charlotte poniéndose en pie para marcharse—. De hecho, el ama de llaves me informó esta mañana de que regresará el sábado, justo a tiempo para el baile de máscaras. El antiguo duque de Bainbridge lo celebraba todos los años por esta época y al parecer nosotros vamos a seguir con la tradición. —Sonrió con amargura—. Tendré que ejercer de anfitriona, supongo.

—Lo harás bien. —Lynette se levantó también—. Oye, Charlotte... ¿Crees que podrás perdonarme alguna vez? ¿Volver a confiar en mí?

Charlotte la miró a los ojos. Su prima tenía la mirada esquiva.

—No lo sé —dijo finalmente—Quizá sí, con el tiempo. Adiós Lynette.

Su prima la acompañó hasta la puerta y se quedó parada en el umbral, arrebujaada en su chal, mientras contemplaba como Charlotte se subía al carruaje. Cuando se asomó por la ventanilla para echar una última mirada a la que había sido su casa Lynette todavía estaba allí, mirándola con ojos entornados en los que Charlotte creyó ver una expresión extraña y distante, casi de astucia.



El salón de baile estaba repleto de personas que relucían: damas cargadas de joyas, caballeros con casacas ribeteadas de hilo dorado. Todos se habían puesto sus mejores galas y todos llevaban máscaras o antifaces de vivos colores. Los criados, bien entrenados para su función, se paseaban entre los asistentes con bandejas de canapés y los músicos aguardaban con los instrumentos preparados a que comenzase el baile. Todo era perfecto excepto

un detalle: el rostro ojeroso y triste de la nueva duquesa, que ni siquiera su antifaz de seda blanca, imitando las alas de una paloma, conseguía disimular.

Benjamin había regresado esa misma mañana, tan hermético y distante como una estatua de piedra. Charlotte no había salido a recibirlo al vestíbulo, ante la estupefacción de los criados y él tampoco había intentado buscarla. Durante todo el día no habían cruzado ni una sola palabra. Ahora, aunque ambos estaban en la misma estancia, Charlotte se sentía tan lejos de su esposo como si miles de kilómetros los separasen. Suspiró con cansancio, tratando de pasar desapercibida tras las amplias ramas floridas que el ama de llaves había colocado en sitios estratégicos del salón para crear un “efecto jardín”. A ella, más que un jardín, le parecía un bosque aplastado tras un huracán. Igual que su estado de ánimo.

—Está espectacular esta noche, duquesa —dijo una voz conocida a sus espaldas.

Charlotte se giró con un respingo. Allí estaba lord Westbrook, dedicándole una sonrisa un poco triste y torcida, su rostro semioculto tras un antifaz bastante feo que pretendía representar las orejas de un zorro. Era la primera vez que se encontraban tras la escena en Covent Garden, cuando él se había retirado muy enfadado después de que toda la nobleza viese a su prometida en brazos de otro. Charlotte sintió como los colores se le subían al rostro y abrió y cerró la boca varias veces, sin saber qué decir.

—¿Sorprendida de verme? Siempre he estado en las listas de invitados del antiguo duque y supongo que su esposo ha querido seguir con la tradición. Debo decir que lord Thomson me ha escrito una nota disculpándose por sus... acciones y rogándome que acudiese a la fiesta.

—Ah... ¿sí? —farfulló Charlotte cada vez más asombrada. Estaba claro que Benjamin no daba puntada sin hilo. Por supuesto, no le convenía enemistarse de por vida con el dueño de uno de los principales periódicos de Londres, por mucho que le hubiese robado a la novia.

—Perder deportivamente, siempre he dicho que eso es lo que distingue a un verdadero caballero —dijo Westbrook— ¿No le parece?

—Sí, supongo que sí.

—No se aflija, no le guardo rencor. —Él suspiró—. Por supuesto, no negaré que me dolió quedar como un tonto delante de todos, pero admito que un viejo como yo tiene pocas posibilidades ante alguien como el duque de Bainbridge. El amor es una fuerza poderosa, ¿verdad? —Westbrook gesticulaba mientras hablaba y estuvo a punto de tirar un jarrón Ming de su pedestal. Charlotte le ayudó a devolver la pieza a su posición y de pronto sintió una oleada de simpatía hacia el editor: ya no le parecía un tiburón amenazante dispuesto a devorarla, sino más bien un perrillo simpático. Le sonrió.

—Siento mucho haberle causado tantos disgustos y le agradezco que se lo haya tomado bien. Espero que me considere a partir de ahora una buena amiga, además de una fiel lectora de su periódico.

—Oh, en cuanto a eso... —Westbrook bajó la cabeza con expresión de tristeza—. Me temo que los días del *Spectator* están contados.

—¿Cómo dice?

Él miró a su alrededor antes de bajar la voz y continuar.

—He cometido un error imperdonable. Verá, ha caído en mis manos un documento importante: varios nobles, con lord Melbourne a la cabeza, van a presentar una moción de censura contra lord North, el primer ministro y el *Spectator* iba a dar la primicia. Iba a ser una gran noticia, que sin duda mejoraría las ventas. Pero lo he estropeado todo...

—¿Cómo lo ha estropeado?

—Verá. —Westbrook tragó saliva—. Cuando entregué al mayordomo mi tarjeta al inicio de la fiesta, me temo que también dejé en la bandeja por error ese documento. ¡He sido muy estúpido! Debí confundir los sobres al sacarme los guantes y el abrigo.

Charlotte se contuvo para no poner los ojos en blanco. En verdad, Westbrook demostraba ser bastante torpe en su profesión. Echó un vistazo al hombre, que bajaba los hombros con desánimo.

—Bueno, sin duda el secretario de mi esposo no tendrá inconveniente en devolverle ese documento —dijo—. Supongo que todas las tarjetas están aún sin abrir en el despacho de Benjamin.

Westbrook la miró con pesimismo.

—Me temo que no será tan sencillo. ¿Conoce usted a Parker, el secretario del duque? Es un joven inteligente y ambicioso. Tanto él como su esposo conocen las ideas de lord Melbourne y se oponen a ellas. ¿Qué cree que sucedería si les pidiese ese sobre? En el sello aparece claramente el emblema de Melbourne. Sospecharían que algo sucede y no me lo devolverían sin antes haberlo abierto. ¿Y qué sucedería entonces? Su esposo es muy amigo de lord North. No tardaría en ponerle sobre aviso.

—¿De verdad cree que leerían un documento privado? —Charlotte meneó la cabeza— ¿Qué hay de la caballerosidad y de la discreción?

—Por desgracia, mi querida señora, esas cualidades no tienen cabida en el mundo de la política. En fin, cuando lord Melbourne se entere de mi error, me retirará su amistad, si no me rebana antes el pescuezo.

Westbrook suspiró pesadamente. Charlotte sintió una nueva oleada de simpatía por él. Parecía tan desdichado...

—Ojalá yo pudiera hacer algo para ayudarle —dijo.

Él levantó la cabeza y la miró con ojos brillantes antes de inclinarla de nuevo.

—No... no podría pedirle algo así... —murmuró.

—¿Pedirme qué? —preguntó ella—. Hable libremente, milord. Le aseguro que haré lo posible por ayudarle si está al alcance de mi mano.

—Bien, en ese caso... No creo que su esposo o el secretario hayan visto el sobre aún. Si usted, mi querida señora, fuese tan amable de... eh... sustraerlo y devolvérmelo yo le estaría infinitamente agradecido.

—¿Quiere que robe ese documento? —preguntó Charlotte, un tanto



asombrada.

—Bueno, robar no es la palabra más exacta, ya que no pertenece a su esposo, ¿no es así? —razonó él—. Debe estar todavía en su despacho, junto con el resto de las tarjetas de los invitados. Después de todo, yo no puedo pasearme por la casa de mi anfitrión sin levantar conjeturas, pero nadie sospecharía de usted, su esposa, si se ausenta un momento para ir al piso de arriba.

Charlotte dudó. Los ojos de Westbrook parecían tristes e incluso creyó ver una lágrima resbalando por una de sus mejillas. El pobre hombre había cometido un error tonto y estaba desesperado. ¿Acaso no podía ella ayudarlo? Habría sido un esposo horrible, pero había que reconocer que se había tomado muy bien el ridículo que había sufrido en Covent Garden ante todo el mundo. Cualquiera otro los hubiera acibillado a ella y a Benjamin a base de malévolos artículos en su periódico, pero Westbrook había guardado un discreto silencio. Eso significaba que no era mala persona, ¿verdad?

—Está bien —decidió—. Lo haré.

Westbrook la miró con gratitud y tomó una de sus manos para besársela.

—No olvidaré este gran favor, duquesa. Se lo aseguro. No lo olvidaré.

—Es lo mínimo que puedo hacer —concedió ella retirando rápidamente la mano de los pegajosos besos del editor—. Dígame, ¿cómo es ese documento?

—Está dentro de un sobre amarillo pálido, lacrado con el emblema de la casa de lord Melbourne, una comadreja.

—Una comadreja —repitió ella, pensando que era una extraña elección para un escudo nobiliario—. Iré a buscarlo ahora mismo.

Charlotte atravesó el salón de baile, saludando distraída a varios invitados que sonreían a su paso. No había estado en el despacho de Benjamin desde la fatídica noche de la boda, cuando descubrió que su esposo la había utilizado como moneda de cambio para sus propios fines. Rechinando los dientes ante el recuerdo, entró en la estancia y el olor a masculinidad y especias la golpeó

como un puñetazo. Ese era el olor de Benjamin, un olor maravilloso que hacía que sus fosas nasales se esponjasen y las piernas se le convirtiesen en manteca. “*Es el olor de un hombre al que no le importo nada de nada*”, se recordó a sí misma, enfadada ante el efecto que provocaba en ella.

Las tarjetas de los invitados estaban sobre la mesa en una bandeja de plata. Entre ellas, tal como Westbrook había previsto, vio un sobre amarillo pálido con un enorme sello representando un pequeño animal a la carrera. Esa tenía que ser la comadreja que el editor había mencionado. Charlotte dudó, sintiendo por un momento el impulso de llamar al secretario y contárselo todo, en lugar de hurtar papeles a escondidas como una vulgar ladrona. Pero entonces recordó la cara de perro apaleado del pobre Westbrook y se decidió. Tomó el sobre en sus manos y salió rápidamente del despacho.

—¡Charlotte! Te he estado buscando —dijo una voz profunda a sus espaldas. Era Benjamin. Inmediatamente su corazón se puso a martillear en su pecho como un caballo de carreras y ella apenas tuvo tiempo de esconder el sobre en la manga de su vestido antes de girarse para encarar a su esposo.

—¿Buscándome? ¿Para qué?

Él se mesó los cabellos y titubeó, como tratando de encontrar una respuesta. Charlotte se dio cuenta de que tenía profundas ojeras y parecía muy cansado y también un poco triste. Sintió el extraño impulso de acercarse a él, de acariciarle la mejilla. Odiándose por ser tan débil compuso una expresión de frialdad en el rostro.

—¿Cómo le va al Consejo desde que le abrió la entrada al más valiente de sus miembros? —dijo con sorna—. Perdón, quise decir al más falso de sus miembros. Sí, eso es. El más falso y mentiroso.

Él meneó la cabeza, mirándola con impotencia.

—Por favor —dijo—¿Qué tengo que hacer para que dejes de odiarme?

—Tú sabrás —respondió ella sin abandonar el tono irónico—. Has demostrado que eres un hombre de *grandes* ideas. Algo se te ocurrirá.

—Escucha. —Se acercó un poco más a ella—. ¿No podemos empezar de nuevo? Sé que lo que hice es terrible, pero... ¿no podrías darme una oportunidad?

—¿Una oportunidad para qué?

—Para demostrarte que no es tan horrible estar casada conmigo. Puedo ser un buen esposo si me dejas demostrártelo. Podemos intentarlo.

—¿Intentarlo?

—Sí, como dos amigos que se llevan bien y además están casados. Sé que tenemos muchas cosas en común: los dos somos independientes y algo ariscos y detestamos los compromisos sociales. Podemos hacer que esto funcione.

Charlotte meditó sobre sus palabras. Sintió un leve regusto de tristeza al darse cuenta de que él había utilizado la palabra “amigos”. Por supuesto, ¿qué otra cosa podía esperar? Para él, ella no era nada más y nunca lo sería. Benjamin aguardaba su respuesta; sus maravillosos ojos verdes la miraban suplicantes. ¿Qué tenía ese hombre para fascinarla de esa manera?

—Está bien —dijo con cautela—. Intentémoslo.

Una ancha sonrisa cruzó el rostro de Benjamin, tan contagiosa que incluso ella sonrió.

—¡Maravilloso! —.El le tomó la mano. Charlotte pensó que iba a besársela en un gesto galante, pero Benjamin tiró de su muñeca y la acercó a él hasta que ambos quedaron muy juntos, con las narices casi pegadas.

—¿Qué haces? —protestó Charlotte débilmente, pero no se separó. Benjamin depositó un suave beso en su boca y le mordisqueó el labio inferior.

—Empezar de nuevo —dijo—. Eso es lo que hago.

Charlotte fue a responder, pero la lengua de Benjamin jugueteando con la suya y su mano sobre su nuca nublaron todos sus pensamientos. Le devolvió el beso y cuando se separaron, él le acarició la mejilla.

—Ya lo verás —murmuró—. Al final tendrás que darme la razón, no soy un mal esposo. En ninguno de los sentidos —añadió con un guiño. Ella enrojeció cuando se dio cuenta del doble significado de esas palabras.

—¿Significa eso que me visitarás... ya sabes... por las noches? —preguntó azorada.

—No negaré que lo que más deseo en este mundo es consumir de una vez por todas nuestro matrimonio —respondió él con una sonrisa—. Pero no, no te visitaré. No todavía.

—Ah...¿no? —Charlotte no supo como sentirse ante esa respuesta.

—Te dije que me ganaría de nuevo tu confianza. No espero que sea tarea fácil, pero cuando la recupere, quiero tenerla del todo. Quiero que cuando te entregues a mí lo hagas sin reservas.

—Está bien —respondió Charlotte. Él volvió a tomar su mano y se la besó. En ese momento ella se dio cuenta de que de su bolsillo asomaba el antifaz que había utilizado en la fiesta: una pieza cubierta de largas plumas negras. Era curioso que él hubiese escogido como disfraz el ave del emblema del ducado de Bainbridge, el halcón, mientras que ella se había decantado por la paloma de los Pinecrest. Benjamin siguió su mirada.

—Halcón y paloma —dijo pensativo—. Dos aves que tendrán que aprender a volar juntas.

—Con tal de que el halcón no se coma a la paloma... —murmuró ella.

Él le dedicó una sonrisa lobuna y se inclinó sobre su oído.

—¡Oh, ya lo creo que se la comerá! —murmuró—. Se la comerá entera, de la cabeza a los pies, y cuando lo haga la paloma sentirá tanto placer que ya no querrá seguir volando a solas. Lo hará junto a su halcón, ala con ala.

Con un guiño y una ligera reverencia Benjamin se alejó por el pasillo, dejando a Charlotte anonadada por sus últimas palabras, con las mejillas ardientes. Le costó un rato recobrase y cuando lo hizo recordó que todavía

tenía el dichoso documento de Westbrook escondido en la manga del vestido. Probablemente el editor estaría mordiéndose las uñas de la impaciencia.

Bajó al salón de baile y oteó sobre las cabezas de la gente, buscando a Westbrook sin éxito. ¿Dónde se habría metido ahora? Mary, el ama de llaves, se acercó a ella con expresión de suspicacia.

—Milady, lord Westbrook ha dejado un recado para usted —dijo con un tono que trasmitía muy claramente lo que opinaba sobre que el antiguo prometido de su señora le dejase mensajes—. Por lo visto uno de sus criados ha venido a buscarle con algún tipo de urgencia y ha tenido que ausentarse. Me ha dejado esta nota —añadió tendiéndole un papel.

Charlotte se retiró a un rincón apartado y desplegó el mensaje.

*Mi estimada duquesa, la más dulce de las mujeres,*

*Me han llegado las tristes nuevas de que un buen amigo se encuentra en su lecho de muerte y he tenido que retirarme. Le ruego que haga el favor de enviar el documento del que hablamos a la siguiente dirección, a nombre de Jackson Brock, uno de mis periodistas.*

*Eternamente agradecido por su bondad, su más leal servidor*

*Edmund Westbrook*

Charlotte alzó las cejas. “¿*La más dulce de las mujeres?*” “¿*Su más leal servidor?*” Aquel hombre no podría ser más pedante ni aún intentándolo. Recortó con los dedos la parte de la carta en la que aparecían las señas y tiró el resto al fuego; lo último que necesitaba era que Benjamin pensase que se dedicaba a intercambiar notas con Westbrook.

Después, en la intimidad de su habitación, metió el sobre que había sustraído del despacho en otro más grande y lo selló con el emblema del ducado de Bainbridge. Llamó a un criado y le encargó que entregase el

mensaje con discreción.

“*Ya está*”, pensó mientras regresaba al salón de baile. Con suerte lo que acababa de hacer aliviaría su culpabilidad por haber ridiculizado a Westbrook y mantendría al editor alejado por una buena temporada.

No podía saber lo equivocada que estaba.

## CAPITULO 7

Andrew Parker era un joven inteligente, muy consciente de su papel como secretario de un duque. Solía vestir trajes oscuros, elegantes y sobrios y siempre se mostraba muy correcto en su trato, a pesar del ligero tartamudeo que siempre aderezaba su discurso. Su diligencia a la hora de gestionar los papeles y asuntos del duque le había granjeado su simpatía en las pocas semanas que llevaba a su servicio.

Por eso fue una gran sorpresa para todos cuando, al día siguiente del baile de máscaras, entró en el comedor con pasos precipitados y cara de susto. Era un comportamiento muy poco habitual en él, que siempre respetaba la privacidad de sus señores y solo se reunía con el duque por las mañanas, cuando necesitaba discutir con él asuntos importantes.

Los duques de Bainbridge cenaban en silencio, dirigiéndose de vez en cuando miradas de reojo. El pacto que habían hecho seguía entre ellos, como un rayo de esperanza en un ambiente que hasta ese día había estado muy enrarecido. Ambos se sobresaltaron al ver entrar al secretario con el rostro desencajado. Benjamin se puso en pie.

—¿Qué ocurre, Parker?

El secretario se detuvo en el umbral. Le sudaban las manos y su fino bigotillo negro temblaba ligeramente.

—La ca... carta que trajeron el otro día, señor —dijo sin aliento—. No está.

—¿Qué carta?

—La carta que le envió el ma... marqués de Thornley. Ya sabe, *ese documento* ta... tan importante. —Parker arqueó las cejas en dirección a Charlotte, como si temiese hablar con libertad en su presencia.

—¡Ah!, esa carta. —exclamó Benjamin—. Búsquela bien, Parker. En algún sitio tiene que estar. Y no tenga reparos en hablar ante mi esposa, ella ya está enterada de que pertenezco al Consejo del Mar.

—He bu... buscado por todas partes, señor —Parker parecía abatido—. No está, se lo aseguro.

—¿No está? —Benjamin frunció el ceño—. Es un sobre grande, amarillo pálido, con un tejón en el sello. No puede haberse extraviado.

A su lado, Charlotte dio un respingo. Dejó caer la cuchara con tanta fuerza en el plato de sopa que varias gotitas muy calientes salpicaron a Benjamin en plena cara.

—¿Un sobre amarillo? —preguntó ella—. ¿Un tejón?

—Sí, un tejón, el sello de Thornley representa un tejón —dijo Benjamin con extrañeza—. Ya sabes, esos pequeños animales de uñas afiladas que corren por el bosque. ¿Nunca has visto uno?

—Un tejón... No una comadreja, sino un tejón —masculló Charlotte para sí misma. Parecía haber entrado en una especie de trance. Benjamin la observó durante un momento con el ceño fruncido. ¿Se le habría ido la mano a su esposa con el vino de la cena? Volvió su atención al secretario.

—Esto es una gran contrariedad, Parker —dijo con severidad—. Siga buscando y yo me uniré a usted en cuanto termine de cenar. No puede haberse perdido, yo mismo la puse sobre mi mesa el otro día.

El secretario se apresuró a cumplir su orden y Benjamin masticó un trozo de pan, de mal humor. De repente se le había quitado el apetito. Frente a él, Charlotte seguía pálida e inmóvil.

¿Estás bien? Parece que hayas visto un fantasma —dijo él.

Charlotte carraspeó. Nerviosa, comenzó a desmigajar un bollo de pan.

—Ese sobre que Parker dice que se ha perdido... ¿contenía información de importancia?



—Lo cierto es que sí. Lord Thornley, uno de los miembros del Consejo, me envió un documento en el que se desgranaban las próximas acciones del Consejo para encontrar a Jack el Rojo. Es posible que sus hombres tengan una especie de guarida en Londres que usen como punto de encuentro.

—¿Y qué sucederá si no aparece? —susurró ella.

—Sería un problema. Tendría que pedirle a Thornley que me lo reenviase de nuevo y actualmente él se encuentra en Francia, haciendo averiguaciones sobre las fechorías de Jack cerca de Calais. Supondría un retraso para nuestros planes... ¿Charlotte?

Su esposa no parecía atenderle. Se había puesto pálida y el montón de migas de pan ante ella seguía creciendo más y más.

—Sí...sí... —dijo ella, como ida—. Una contrariedad, sin duda.

—Pero no te preocupes. —Benjamin le sonrió—. Seguro que acabamos encontrándolo. ¿Por qué no hablamos de temas más alegres? ¿Qué te parece una fiesta por tu cumpleaños el próximo viernes?

—¿Mi cumpleaños?... ¡Oh, sí! Me gusta la idea... ¿Crees que podemos invitar a las mismas personas que asistieron al baile de máscaras? —Charlotte lo miró con una cierta ansiedad en su mirada que a Benjamin le pareció extraña. Quizá todavía se sentía algo incómoda en su papel como duquesa y anfitriona de grandes festejos.

—¡Claro! —dijo mientras se llevaba su copa de vino a los labios—. Si eso es lo que deseas, así se hará.



La mirada de Charlotte revoloteó sobre la multitud como un insecto furioso.

Lord Westbrook aún no había llegado a pesar de que el baile estaba en pleno apogeo. ¿Cuánto más iba a tardar? Se retorció las manos, presa de la enorme ansiedad que llevaba consumiéndola desde que había descubierto el error con las cartas. Había enviado un mensajero a casa del editor con una nota en la que le indicaba que necesitaba hablar con él urgentemente. Westbrook había respondido que acudiría a la fiesta que darían esa noche para celebrar su cumpleaños, el último baile de la temporada antes de que las lluvias otoñales comenzasen a transformar Londres en un agujero brumoso.

Seguía oteando el salón cuando una gran mano se posó sobre su hombro, haciéndola saltar. Se dio la vuelta para enfrentarse al rostro de Westbrook: estaba tan cerca que podía oler su aliento dulzón y pegajoso, pero Charlotte se sintió contenta de verle. Necesitaba aclarar de una vez por todas aquel asunto. No podía entender cómo había sido tan estúpida, pero estaba claro que había cometido un error y le había entregado a Westbrook el documento equivocado.

—Milady— dijo él con su habitual galantería—. Le deseo muchas felicidades. Espero que esté pasando un gran día.

Charlotte atajó con un gesto el chorro de zalamerías.

—¡Al fin ha llegado usted! Verá, ha sucedido algo terrible. Necesitamos hablar.

—¿Hablar? Por supuesto, pero no aquí. —Westbrook se llevó un dedo a los labios y después señaló la puerta que daba al pasillo. —Hablaremos, pero a salvo de oídos indiscretos. Sospecho que lo que me va a decir es muy importante.

—¡Oh, sí, importantísimo! —exclamó Charlotte dejándose conducir por él. Salieron al pasillo y Westbrook caminó a grandes zancadas, alejándose del sonido de la música. Charlotte se dio cuenta de que se dirigían a la biblioteca. Para no ser uno de los amigos cercanos de Benjamin, el editor parecía conocer su casa con bastante exactitud.

—El antiguo duque solía invitarme y soy hombre de buena memoria —dijo él adivinando sus pensamientos—. Creo que aquí podremos hablar con libertad.

—Sí. —Charlotte tomó aliento—. ¿Ha recibido el sobre que le envié con el supuesto documento de lord Melbourne?

—Lo he recibido, sí —afirmó él con voz seca.

—Entonces intuyo que todavía no lo ha mirado bien, de lo contrario sabría de qué estoy hablando —dijo atropelladamente—. Verá, yo también he cometido un error absurdo. Buscaba un escudo con una comadreja, tal como usted me indicó, y me temo que mis escasos conocimientos sobre fauna me han jugado una mala pasada. La carta que le envié tiene un tejón en el escudo, no una comadreja. Se trata de una carta del marqués de Thornley y contiene información muy importante para los negocios de mi esposo. ¡Debo recuperarla cuanto antes!... ¿Milord? —Charlotte se detuvo. Westbrook se había dado la vuelta para avivar el fuego con el atizador y parecía no estar escuchándola.

—Comadreas...tejones... —dijo el hombre por fin con voz átona, como hablando para sí mismo—. Animalitos simpáticos y muy huidizos. Yo tengo varios ejemplares de ambas especies en mi colección. Algunos los cacé yo mismo.

—¿Ha escuchado lo que le he dicho? —preguntó Charlotte. Una sensación de desagrado comenzaba a atenazarle la boca del estómago—. ¡Necesito recuperar esa carta cuánto antes!

—Me temo que eso no va a ser posible —dijo Westbrook girándose al fin para mirarla.

—¿Disculpe?

—¡El documento de lord Melbourne jamás existió! El pobre hombre está en Francia tratando de recuperarse de un ataque de gota en un clima más templado. Utilicé su nombre como excusa, y porque su sello es similar al de Thornley, pero lo que yo quería es exactamente lo que usted me ha enviado: la carta del marqués. Contiene información muy importante, como usted bien ha dicho. Información que yo necesito para un proyecto en el que acabo de embarcarme.

—¡Me ha engañado! ¿Cómo ha podido? —exclamó Charlotte. La realidad de lo que había sucedido comenzó a invadirla con una sensación muy similar a un ataque de náuseas.

—Ha sido fácil. —Westbrook sonrió. Los huecos entre su dentadura parecían cuevas oscuras—. Sabía que, como la muchacha estúpida que es, sería incapaz de distinguir entre una comadreja y un tejón y cogería el primer sobre sellado con el dibujo de un animal de pequeño tamaño. Por supuesto, no me equivoqué.

Charlotte lo miró sin poder creerse lo que oía. Westbrook sonrió. De repente ya no parecía el hombre tímido y aturdido que la había abordado en el último baile. Todo su aire de inseguridad había desaparecido. Ahora ostentaba una sonrisa aviesa, peligrosa. Charlotte retrocedió un par de pasos. Él se dio cuenta de su movimiento y amplió su sonrisa.

—No soy de su agrado, ¿verdad, milady? Desde el día que empecé a cortejarla me ha tratado usted con recelo y disgusto. Incluso con desprecio. Y es una lástima, una verdadera lástima. Ha cometido un gran error.

—Está usted loco. Voy a llamar a mi esposo inmediatamente —dijo ella. Westbrook la detuvo alzando una mano. Ya no sonreía.

—Es usted muy tonta —dijo—. De vez en cuando surge entre las debutantes una dama así: voluntariosa, caprichosa, convencida de que puede decidir sobre su destino. ¡Atreviéndose a rechazarme! ¡Humillándome con Bainbridge ante todo Londres!... aunque debo reconocer que esto último fue un golpe de suerte. Su duque tiene información que me interesa. No ha sido un gran sacrificio renunciar a una esposa si a cambio consigo una aliada.

—¿Una aliada? —Charlotte lo miró horrorizada—. ¿Qué le hace pensar que yo me aliaría con usted? ¿Y por qué está tan interesado en las actividades del Consejo del Mar? He oído que hay un espía en el Reino, alguien que le está pasando información a Jack *el Rojo*... ¿acaso es usted?

Westbrook no respondió. Charlotte pensó rápidamente, su mente trabajando a toda velocidad. No, no creía que Westbrook fuese esa persona; el editor no era lo suficientemente cercano al rey como para tener información de primera

mano. ¿Tal vez colaboraba con alguien más? Sí, eso tenía sentido. Miró al editor con renovada repulsión.

—Voy a dar cuenta de esto inmediatamente —dijo—. Voy a exponerle ante todos como la escoria que es.

—¡Oh! No lo hará, querida —Westbrook parecía casi divertido—. Usted también quedaría expuesta como traidora. Le recuerdo que tengo en mi poder el documento de Thornley, enviado por usted misma, con una dirección escrita *con su propia letra* y además sellado con el emblema de Bainbridge. ¿Ve la posición en la que la deja eso?

Charlotte se encogió. Lo veía, claro que lo veía. ¿Hasta dónde podía llegar la maldad de aquel hombre? Por eso se había marchado de la fiesta después de engañarla, para forzarla a que lo enviase a través de un mensajero y así constasen su letra y su emblema, para señalarla. Y ella había caído directamente en sus redes, como un pez cegado por el brillo de un anzuelo de plata.

—Aún así, no le ayudaré —dijo alzando la barbilla—. Puede acusarme de ser una traidora, pero no obligarme a convertirme en una.

Él rió quedamente.

—Es usted una muchacha valiente. Y leal, también —dijo—. Me imaginaba que se negaría, así que le he traído un pequeño incentivo. Algo que espero que la convenza de una vez por todas.

Westbrook le tendió un paquete de cartas cuidadosamente atado. ¿Más cartas? ¿Es que aquello no se terminaba nunca? Charlotte las cogió con mano temblorosa, estirando mucho el brazo para no acercarse a él más de lo necesario. En cuanto desplegó la primera hoja se le cayó el alma a los pies. Conocía muy bien aquella letra elegante y curvada. La había visto miles de veces en su casa: en recetas de cocina, en notas que se intercambiaban durante los aburridos tés sociales. Era la letra de Jocelyn.

—¿De dónde las ha sacado?

—Eso no importa, pero le aseguro que no tienen desperdicio. Lea, lea — invitó Westbrook—. Parece que en su familia abundan las muchachas desvergonzadas.

Charlotte comenzó a leer la primera de las cartas y conforme avanzaba su corazón iba hundiéndose más y más.

*Mi amor,*

*Hace dos semanas que nos vimos por última vez pero me siento como si llevase años sin ti. Vuelve pronto, por favor. Londres está vacío sin ti. Cada día que paso en tu ausencia siento que me falta el aire, que me ahogo, que no puedo respirar. Cuento los días para ver de nuevo tus ojos tan azules como el mar, para que ese futuro que soñamos pueda hacerse realidad.*

*Siempre tuya,*

*Jocelyn Berkeley.*

Charlotte ahogó un gemido, sin poder creerse lo que estaba leyendo. Su hermana, la tímida y dulce Jocelyn escribiendo cartas apasionadas... ¿a quién? Su instinto le decía que no estaban destinadas a Balfour. Echó un vistazo al resto de las misivas, captando más palabras de amor, más promesas. Con una clara sensación de *déjà vu*, se vio a sí misma semanas atrás, leyendo palabras muy similares en las cartas de Daniel Redfern a Lynette. ¿Es que acaso todo el mundo a su alrededor estaba enamorado? ¿Todos menos ella vivían amores apasionados e ilícitos? Y, lo más importante, ¿quién era el destinatario de las cartas de Jocelyn?

Alzó la mirada. Westbrook la contemplaba burlón, dando pequeños golpecitos en la mesa.

—Ridículas, ¿verdad? Un montón de tonterías apasionadas propias de una muchacha estúpida. Pero lo interesante del asunto son las fechas. Si se fija, cuando escribió esas cartas su hermana estaba ya comprometida con lord

Balfour; lo recuerdo bien ya que yo mismo redacté el anuncio para el *Spectator*. Una joven deshonesto, por lo que veo. ¿Qué diría su esposo si se entera? Lástima que no dispongamos del nombre de su amante; en todas las cartas se dirige a él con apelativos absurdos.

—¿Cómo sabe que el destinatario no es el mismo Balfour? Es normal entre los jóvenes que se cortejan escribirse cartas de amor —dijo Charlotte con desánimo.

—Ya, claro —dijo Westbrook con aspereza—. Buen intento. Su hermana nombra los *ojos azules* de su misterioso galán en varias cartas, y si no me equivoco, la última vez que vi a Balfour los tenía negros como la pez. O su hermana sufre de daltonismo o estamos ante un claro caso de infidelidad.

Siguieron unos minutos de tenso silencio durante los que Charlotte se dio cuenta de que no tenía escapatoria.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó al fin. El editor asintió para sí con satisfacción, saboreando su victoria.

—Me han llegado rumores. El Consejo del Mar le ha encargado a su esposo que dibuje una carta náutica; un mapa con información muy importante: rutas, tripulación, detalles sobre el oro y el armamento que lleva cada barco. El Consejo parece estar tratando de mantener toda esa información muy en secreto, para evitar que siga filtrándose a los piratas. Necesito ese mapa.

—¿Pretende que lo robe? —preguntó Charlotte.

—Que lo copie. Después de todo, no queremos alertar a esos fieles lores, ¿verdad? Sé a ciencia cierta que su esposo ya ha estado trabajando en él y lo guarda en su despacho. Todo lo que tiene que hacer es copiarlo al detalle y entregárselo a uno de mis colaboradores, el día y la hora que yo le indique. Si lo hace bien, las cartas de su hermana jamás verán la luz. Si se niega, saldrán publicadas en el *Spectator* antes de que termine la semana.

Charlotte absorbió sus palabras. Se sentía como una mosca atrapada en una red, una red densa y espesa de la que era imposible salir. Westbrook había hablado de un *colaborador*, lo que confirmaba su sospecha inicial: el editor no

estaba haciendo esto solo. La idea de acabar involucrada en una red de espías a la Corona era tan tremenda que estuvo a punto de caer al suelo. Sin embargo, ¿cuál era la otra opción? ¿Exponer a Jocelyn al escarnio y la vergüenza, después de todo lo que había hecho para protegerla?

—Está bien —dijo con un hilo de voz—. Lo haré.

—Buena chica. Sabía que sería usted razonable.

Westbrook la miraba ahora con una expresión extraña, entre la lástima y la diversión.

—Nada de esto hubiera sucedido si usted hubiera aceptado su destino de convertirse en lady Westbrook —dijo casi con dulzura.

—Es usted un infame —siseó ella—. Puede que ahora crea que me tiene en sus manos, pero algún día caerá. Ya lo verá.

—Si usted lo dice... — dijo él con tono de aburrimiento—. Pero mientras tanto, saborearé mi victoria. Aunque me gustaría saborear algo más. ¿No quiere darme un beso para sellar nuestro pacto? Sería una bonita forma de rematar este cumpleaños suyo tan interesante...

Charlotte lo miró fijamente. El editor comenzó a avanzar despacio hacia ella.



Benjamin apretó con tanta fuerza la copa de brandy que sostenía en la mano que si el cristal hubiese estallado en mil pedazos no se hubiese sorprendido. Se sentía inquieto y agobiado y el ambiente ruidoso del baile no estaba ayudando. Por supuesto, la actitud de Charlotte tampoco ayudaba. *Charlotte*. No podía dejar de pensar en ella, estaba obsesionado, ella poblaba todos y cada uno de sus pensamientos.



Cada vez estaba más convencido de que había sido una mala idea aceptar el plan de Lynette. Había conseguido entrar en el Consejo del Mar, el mayor de sus deseos; es más, había asumido un papel relevante dentro de él, participando activamente y encargándose de la información más delicada. Sentía que estaban cada vez más cerca del fin, cada vez más cerca de vengar a Daniel. Pese a todo, una voz insistente en su interior le repetía una y otra vez que no había valido la pena, si el precio a pagar había sido la decepción de Charlotte. Benjamin no podía sacarse de la cabeza la mirada devastada de su esposa cuando lo descubrió todo, el manto de tristeza que la había cubierto de repente, ocultando su carácter alegre y vibrante.

Tras su conversación la noche del baile de máscaras, cuando ella había aceptado darle una oportunidad y “empezar de nuevo”, él había creído que podían acercarse, aprender a confiar el uno en el otro. Sin embargo, estaba claro que Charlotte no pensaba igual; se había pasado todo el día de su cumpleaños esquivándole y huyendo de él y ahora, en plena fiesta, ni siquiera le había dirigido la palabra.

Se preguntó por enésima vez por qué le importaba tanto lo que ella pensase. Muchos de sus amigos ni siquiera estaban interesados en tener una buena relación con sus esposas y se mostraban totalmente indiferentes ante sus deseos o forma de ser. Un heredero, eso era lo único importante para muchos hombres. Sin embargo, Charlotte y él ni siquiera habían llegado a consumir el matrimonio, a pesar de que él se moría de ganas de volver a tocar ese cuerpo cálido y suave, de sentir otra vez la dulce entrega que ella le había mostrado en el carruaje tras la boda, antes de que todo se estropease.

Pero sobre todo, deseaba que ella volviera a confiar en él.

Benjamin apartó con un gesto la bandeja de canapés que le ofrecía un criado y recorrió de nuevo el salón buscando a su esposa. Charlotte no estaba por ninguna parte. La había visto un rato antes hablando con lord Westbrook, al parecer muy interesada en lo que el editor tenía que decirle. Por lo visto, el hombre se había convertido en un asiduo a las fiestas en su casa y no parecía guardarles rencor alguno por la escena en Covent Garden. Benjamin frunció el ceño y miró a su alrededor. Tampoco Westbrook estaba a la vista. ¿Habría salido a fumar? Espió entre la fila de caballeros que soltaban vaharadas de humo en la puerta de la terraza, pero no; el editor tampoco estaba allí.

Benjamin sintió como si una mano negra y viscosa le apretase las entrañas de repente. ¿Acaso Charlotte y Westbrook...? No, la idea le daba náuseas. No era posible que ella se sintiese de repente atraída hacia el antiguo prometido del que tanto había deseado librarse, ¿verdad?

Sintiendo como el monstruo de los celos se hacía fuerte en su interior, Benjamin salió del salón de baile y comenzó a subir las escaleras.



—Vamos, no sea tímida —insistió Westbrook sin dejar de avanzar hacia ella —.Solo un beso. Por los viejos tiempos...

Charlotte alzó la barbilla. Después acumuló saliva en la boca y le escupió con fuerza. El proyectil le dio al editor en plena cara, justo debajo de un ojo y él se quedó quieto por unos instantes, con cara de sorpresa, antes de sacar un pañuelo amarillento y limpiárselo.

—Veo que sigue siendo usted una potrilla salvaje —dijo con odio—. Necesita que le bajen los humos.

—Aléjese de mí —siseó ella con odio.

El editor le hizo una seca inclinación y se guardó el pañuelo en el bolsillo.

—Recuerde, pronto recibirá noticias mías —dijo antes de salir de la estancia—. El mapa ha de llegar a mis manos si no quiere que la reputación de su preciosa hermanita quede arruinada para siempre.

Charlotte lo vio salir con una expresión de desolación y derrota. ¿Cómo iba a salir de ese embrollo? Salió al pasillo, arrastrando los pies. De repente, el mundo se había convertido en una trampa oscura y letal. Estaba tan ensimismada que no se dio cuenta de que alguien avanzaba hacia ella hasta que

chocó con un pecho duro y firme y alguien la sujetó por la cintura para evitar que cayese al suelo.

—¿Charlotte?

Benjamin la miró asombrado, deteniéndose en sus mejillas arreboladas. Una fina línea se dibujó en su frente.

—¿De dónde vienes? ¿Con quién has estado?

—¿Qué?—Charlotte, que todavía estaba tratando de recuperarse de la escena que acababa de vivir, frunció el ceño ante el tono imperativo de su esposo.

—Te has ausentado mucho rato y Westbrook tampoco está en el salón de baile. Estás sin aliento, como si hubieras...

—¿Disculpa? —Charlotte apenas podía creer lo que estaba oyendo. ¿Su esposo la estaba acusando de haberse escapado del salón con lord Westbrook para... *eso*? La idea era tan absurda que en cualquier otro momento le hubiera parecido graciosa. Sin embargo, después de lo que acababa de pasar, las acusaciones de Benjamin le parecieron horribles. Con una mirada desolada a su esposo, se desembarazó de su agarre y echó a correr hacia el exterior de la casa.

El jardín estaba envuelto en el silencio. La luna llena lo iluminaba todo, dotando a los setos y los parterres de un brillo plateado, casi sepulcral. Charlotte corrió a ciegas, deseando que la noche fuese mucho más oscura para que él no pudiera alcanzarla. En ese momento no quería ver a nadie y mucho menos a Benjamin. Los pasos de su esposo resonaban a sus espaldas, firmes y raudos, y él no tardó en llegar hasta ella. La hizo girar sujetándola por un brazo.

—¿Qué quieres —gritó revolviéndose como un animal salvaje—¿Vas a seguir acusándome de cosas que no son ciertas? ¡Déjame en paz! ¡Estoy harta de todos vosotros!

El duque retrocedió como si le hubiera abofeteado.

—No... yo... Lo siento, Charlotte. Tienes razón. Por un momento pensé que Westbrook y tú... Pensé que ibas a traicionarme. Fue una tontería. Perdóname.

Charlotte gimió en voz baja al oír las palabras de su esposo. *Traicionarlo*. Que lejos estaba Benjamin de sospechar que eso era precisamente lo que iba a hacer. Una traición distinta, mucho más retorcida. Por un momento, sintió el deseo de contárselo todo y solo el recuerdo de Jocelyn le impidió hacerlo.

—Está bien —dijo—. No te preocupes. Estaba... creo que he comido algo en mal estado, pero ya me encuentro mejor.

Benjamin sonrió.

—Me alegro. ¿No me guardas rencor entonces?

*“Rencor. Rencor es lo que tú me guardarías a mí si llegases a saber lo que se ha estado gestando a tus espaldas en tu propia biblioteca”*, pensó Charlotte desolada.

—No, nada de rencores —dijo.

Benjamin le dedicó una de sus encantadoras sonrisas y sacó un objeto de su bolsillo: una pequeña caja de nácar.

—Todavía no había tenido ocasión de darte esto —dijo—. Es tu regalo de cumpleaños.

Charlotte abrió la cajita. Cuidadosamente alineados, vio varios frasquitos de tinta, así como toda una colección de preciosas plumas de pichón, de ganso, de cisne... perfectamente conservadas y listas para ser utilizadas.

—Es para que sigas dibujando tus barcos —explicó él—. No tienes por qué dejar de hacerlo solo porque te hayas convertido en duquesa.

Charlotte sintió como las lágrimas anegaban sus ojos.

—Gracias —murmuró.

Benjamin le sujetó la barbilla y la besó. Fue un beso dulce, delicado, donde

ella creyó intuir una ternura especial. Se lo devolvió sintiendo en su peso un poso de amargura, pensando que si un beso se pudiera equiparar al de Judas, tenía que ser precisamente ese.

## CAPITULO 8

Charlotte contempló como la luz de la vela trazaba sombras en la pared; sombras retorcidas y amenazantes que parecían burlarse de ella y contribuir a exacerbar todavía más su mustio estado de ánimo. Faltaban pocas horas para el amanecer y no había conseguido pegar ojo, reviviendo una y otra vez en su mente el tremendo embrollo en el que se había metido. ¡Qué estúpida había sido! Westbrook le había mostrado el camino hacia la boca del lobo y ella sola se había metido en su interior, como una niña estúpida. Y ahí estaba ahora: a punto de convertirse en una traidora a la Corona, a su país.

A Benjamin.

Charlotte gimió en voz baja. Si todo aquello se descubría, su esposo sería juzgado por traición y condenado. ¿Cómo podía ella conducirlo a ese destino? Pero, ¿qué otra opción tenía?

Sopesó por enésima vez todas sus posibilidades. Su primer impulso había sido hablar con su padre, pero lo rechazó enseguida. ¿Qué podría hacer él? Aunque el conde tratase de proteger a Jocelyn de la vergüenza, ni siquiera él podría evitar el escándalo que sacudiría Londres cuando ese canalla de Westbrook hiciese públicas las cartas. Estaba segura de que eso destruiría a Jocelyn: su hermana era tan débil... Y Balfour... ¿qué sería capaz de hacerle si descubría que había estado engañándolo con otro hombre? No, esa opción quedaba descartada. En algún momento durante la noche había pensado en despertar a Benjamin y confesárselo todo. Sin embargo, el miedo había ganado el pulso y finalmente había decidido no hacerlo.

Charlotte había meditado mucho en las cartas de su hermana, haciendo cábalas sobre quién podría ser su misterioso destinatario. ¿Algún joven noble que había conocido en los bailes? ¿Quizá un joven sin rango? Lo único que sabía era que esa relación, al igual que la de Lynette y Daniel Redfern, había tenido lugar ante sus mismas narices sin que ella hubiese sospechado nada de nada.

Contempló el mapa extendido ante ella: lo había cogido del despacho apenas una hora antes. Era una carta náutica muy detallada: Benjamin incluso había incorporado los emblemas de las principales compañías navieras de Inglaterra, incluida la del conde de Pinecrest, además de cifras e información que seguro haría que a ese canalla de Jack el Rojo se le hiciese la boca agua. Charlotte sentía la boca seca ante lo que estaba a punto de hacer: traicionar al hombre que poblaba todos sus sueños, ese hombre lleno de contradicciones, que la había besado hasta hacerle perder el aliento, que la había engañado para entrar en el Consejo del Mar pero a la vez le había mostrado una ternura infinita; el hombre que le había demostrado que el amor transcurre a veces por los senderos más insospechados, por caminos tortuosos y llenos de espinas.

Traición. Sentía la lengua seca y pesada y el pulso latiendo en sus sienas. Allí estaba ella, Charlotte Berkeley, una chica que solo había querido ser dueña de su destino, a punto de convertirse en la mayor traidora de Inglaterra.

Faltaban pocas horas para el amanecer. Con un gemido, Charlotte mojó la pluma en el tintero y comenzó a copiar el mapa.



Benjamin se sirvió un vaso de whisky y se dejó caer en una silla con una fuerte maldición. Estaba inquieto y agitado, aunque en teoría tenía motivos para sentirse satisfecho ya que los espías pagados por el Consejo habían recibido un soplo fiable y parecía que estaban cada vez más cerca de dar con la guarida de Jack *el Rojo*.

Sin embargo, algo no le dejaba concentrarse. Mejor dicho, alguien. *Ella*.

—No entiendo, Oliver —se quejó.

Su amigo lo miró por encima de las volutas de humo de su cigarro. —¿Qué es lo que no entiendes?

—No la entiendo a ella. La primera vez que la vi estaba llena de vida, era impetuosa y tenía ideas propias. Ahora... es como si se hubiera convertido en otra persona. Alguien triste y esquivo que parece llevar una carga muy pesada sobre los hombros.

—Bueno, aguantarte a ti no es tarea ligera—bromeó Oliver.

—Lo digo en serio. —Benjamin le dio un manotazo.

—Está bien. ¿Has pensado en preguntarle directamente qué le pasa?

Benjamin meneó la cabeza.

—No es tan sencillo. Desde que se enteró de que propicié nuestra boda para entrar en el Consejo del Mar no confía en mí. Pensé que estábamos haciendo avances... que poco a poco conseguiría que me mirase con otros ojos. Pensé que podríamos empezar de nuevo. Por lo visto, estaba equivocado pues últimamente está más esquivo que nunca. Solo le falta salir huyendo cada vez que me ve entrar en la misma habitación.

—Bien, no puedes culparla por eso. —Oliver lo miró con el ceño fruncido —. En cierto modo, traicionase su confianza.

—Lo sé, lo sé. Y me gustaría recuperarla. No soporto ver como se ha convertido en una especie de fantasma errático, en una mujer deprimida, triste y...y...

—¿Y enamorada?

La palabra pronunciada por su amigo le golpeó como una bofetada repentina. ¿Enamorada? ¿Sería posible?

A Oliver no le pasó desapercibida su turbación.

—Y tú te has enamorado de ella también, ¿verdad? —preguntó suavemente.

Benjamin abrió la boca para responder y acabó cerrándola sin haber dicho nada, pero su silencio fue más explícito que todas las palabras del mundo. Sí, era incapaz de sacar a Charlotte de su mente, se le había clavado dentro como



una espina dolorosa y a la vez agradable... Eso tenía que ser amor, ¿verdad? Miró a Oliver con cara de aturdimiento.

—Bien —dijo su amigo dando una palmada como para zanjar el asunto—. Estáis enamorados. Estáis casados. ¿Cuál es el problema? ¿Vuestra cabezonería? ¿Vuestro orgullo?

Benjamin meneó la cabeza.

—Hay algo más. Hay algo que la perturba, que le está robando su alegría. Tengo que averiguar qué es.

—Si quieres que te lo cuente, debes conseguir que vuelva a confiar en ti —razonó Oliver—. Hazle ver que la amas, pero no con palabras. Demuéstrale que puede contar contigo. A veces caemos en el error de creer que nuestras esposas son prolongaciones de nosotros mismos. Demuéstrale a Charlotte que la quieres y la valoras por ser quien es.

«¿Y quién es realmente Charlotte Berkeley?». La pregunta surgió como un rayo en la mente de Benjamin. ¿Quién era en realidad esa mujer espléndida y contradictoria que tenía al lado?

Mientras asentía lentamente a las palabras de su amigo, tomó una decisión.

Iba a averiguarlo.



Charlotte se sumergió un poco más en la tinaja, deseando que sus preocupaciones pudiesen evaporarse como las minúsculas gotitas que resbalaban por su cuerpo. Por desgracia, no era así.

Había pasado una semana desde que todo había terminado para ella. Tal y

como Westbrook le había indicado, un colaborador suyo se había presentado en Bainbridge Hall tres días después de la fiesta de cumpleaños, con el encargo de recoger la copia del mapa. En el mismo instante en que depositó el documento enrollado en la mano de aquel siniestro desconocido, Charlotte supo que su destino estaba sellado. Se había convertido en una traidora.

—Charlotte.

Su voz la sobresaltó y a la vez se estremeció por el modo en que él pronunciaba su nombre, como si lo dejase resbalar sobre su boca. Allí estaba él, en el marco de la puerta, erguido y orgulloso y mirándola con sus ojos de gato. Charlotte se sintió totalmente expuesta ante su mirada, no solo porque estaba desnuda dentro de una tinaja dejando poco lugar a la imaginación, sino también porque le pareció que él había ido a su encuentro con una intención clara: leer su interior.

—¿Te he asustado? —preguntó Benjamin. Ella negó con la cabeza, sin atreverse a hablar. Tenía los nervios tan a flor de piel que no confiaba en poder mantener una conversación sin echarse a llorar.

Él se acuclilló a su lado. Sus ojos recorrieron su cuerpo desnudo y a Charlotte le pareció que la temperatura del agua subía varios grados. Por un momento deseó poder exponerle sus sentimientos y su terrible secreto del mismo modo que exponía su piel. Sin embargo, esa opción había quedado descartada en el mismo momento en que decidió traicionar a su esposo para proteger a su hermana.

—No está funcionando, ¿verdad?—dijo él. Ella lo miró sorprendida y él tomó aliento antes de continuar—. Sigues sin ser capaz de confiar en mí. Te noto cada vez más distante, como un fantasma que se me escapase entre los dedos.

Charlotte sintió como los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Lo siento —musitó.

Él negó con la cabeza.

—Soy yo quien lo siente. Siento haberte engañado para entrar en el Consejo del Mar. Siento mucho haberte hecho sentir como un objeto o una moneda de cambio. Al principio me dije a mí mismo que lo hacía por Daniel, que él era el único motivo para buscar un matrimonio contigo. Pensé que si podía ayudar a encontrar a sus asesinos, cualquiera de mis actos merecería la pena. Incluso mentirte. Pero era yo el que me engañaba a mí mismo.

—No comprendo.

—Creí que vengar a mi amigo era mi único motivo para estar contigo. No lo era. Tú misma eres el principal motivo.

—¿Qué quieres decir? —Charlotte habló con un hilo de voz.

—Llevo días intentando dar con la denominación adecuada, intentando ponerle nombre a lo que siento por ti, pero solo se me ha ocurrido una palabra. Una de la que llevo renegando toda la vida.

—¿Cuál?

—Amor —susurró él, la palabra resonando en su boca como una promesa, una a la que Charlotte deseaba aferrarse con fuerza.

—Amor —repitió ella.

—Sí... ¿Crees que tú podrás llegar a amarme algún día? ¿Qué podrás perdonarme?

Charlotte no pudo soportarlo más. Un sollozo escapó de sus labios mientras se incorporaba bruscamente y le echaba los brazos al cuello, salpicando agua por todas partes y haciendo que Benjamin perdiese el equilibrio y cayese de bruces con ella en la tinaja. Él buscó su boca y ambos se aferraron el uno al otro con desesperación.

—Ya lo hago —dijo ella en un fiero susurro—. Ya te amo.

Benjamin se quedó quieto unos instantes, como si llevase tiempo esperando esas palabras y necesitase saborearlas. Después ambos se abalanzaron de nuevo uno contra el otro, buscándose con frenesí mientras las prendas de ropa

de él volaban por los aires. Cuando la llevo en volandas al dormitorio y depositó con cuidado su cuerpo húmedo sobre las sábanas, Charlotte supo sin atisbo de duda que jamás volvería a amar a nadie como a ese hombre que la acariciaba con tanto deseo y ternura.

Benjamin se inclinó sobre ella, dejando que todo su cuerpo descansase sobre el suyo, piel contra piel. Charlotte se estremeció de anhelo y anticipación al sentir entre sus piernas la dureza de su excitación, una sensación de placer que no hizo más que incrementarse cuando él se introdujo en su interior muy lentamente, pendiente de cualquier señal de su rostro que mostrase dolor o rechazo. Charlotte se aferró a él con piernas y brazos: aquello era mucho más que dos cuerpos unidos danzando en la oscuridad, era algo exquisito. Ambos jadearon a la vez y se dejaron llevar por el placer, como náufragos lanzados a una playa por una ola muy fuerte. Charlotte emitió un sonido entre un gemido y un sollozo, ocultando la cara en el hombro de Benjamin. Había imaginado muchas veces como sería su primera vez: tierna, ardiente, apasionada...

Lo que nunca, ni en sus peores pesadillas, había imaginado es que sería con el hombre del que estaba enamorada y al que había traicionado de la forma más terrible.

Horas más tarde, Charlotte despertó de un profundo sueño. Estaba cubierta por una sábana y su pelo todavía estaba húmedo pero Benjamin ya no estaba en la cama. Inquieta, salió a la recámara donde todavía estaba la tinaja de su baño, llena de agua ya fría. Allí lo vio, flotando sobre el agua jabonosa: el prototipo de madera de un barco. Lo examinó atentamente: en el casco tenía grabado un dibujo: un halcón y una paloma volando juntos, a la par. En el diminuto mástil encontró una nota enrollada.

*Charlotte,*

*Algún día este barco será una realidad.*

*Por muchos años navegando a tu lado por la vida.*

*Te amo,*

*Benjamin.*

Presa de un temblor incontrolable, Charlotte escondió la cabeza entre las manos y rompió a llorar.



Charlotte revisó la puerta tres veces. Satisfecha al comprobar que estaba cerrada con llave, se dirigió a su escritorio y se sentó frente a él. Su corazón estaba desbocado y la frente le palpitaba. “*Respira*”, se dijo severamente.

Con manos que no eran tan firmes como de costumbre, abrió un cajón y sacó el pequeño cofre de nácar con los útiles de escritura que Benjamin le había regalado. Un regalo pensado para dibujar barcos, trazar ilusiones y soñar con un destino maravilloso los dos juntos.

Un destino que estaba a punto de quedar reducido a cenizas.

Respirando profundamente y luchando para ahuyentar las lágrimas, comenzó a escribir:

*Yo, Charlotte Eliza Marie Thomson, duquesa de Bainbridge, en plena posesión de mis facultades mentales, me dispongo a hacer una confesión...*



Oliver Wolcott caminó con pasos enérgicos hasta una pequeña puerta disimulada en una pared cubierta de hiedra, apenas un orificio que pasaba desapercibido para el ojo no entrenado. Entró en lo que a simple vista parecía una humilde curtiduría, un lugar sucio y maloliente en el que se exhibían algunas pieles de vaca y oveja puestas a secar. Eran muy pocos los londinenses que se aventuraban en aquella tienda, y si alguno lo hacía por error o curiosidad en seguida se marchaba ante la pestilencia y las nubes de moscas que zumbaban en el aire. Muy pocos sabían que tras aquella curtiduría se escondía un lugar secreto, una diminuta recámara en la que se habían susurrado secretos y sellado tratos muy importantes para la política del Reino.

Oliver saludó con un seco cabeceo al hombre que hacía guardia en la entrada y se adentró por un húmedo pasadizo oculto en la parte trasera de la tienda. Allí el olor era mucho más soportable y un lejano borboteo indicaba que había un cauce de agua muy cerca, quizá un arroyo subterráneo. El lugar de reunión era una estancia excavada en la roca, una sala húmeda y oscura amueblada muy sencillamente con una mesa, varias sillas y un baúl cerrado a cal y canto que, tal como Oliver sabía, contenía todo un arsenal de ballestas y pistolas de chispa.

El hombre que lo había citado estaba allí, erguido como un gigante en el centro de la habitación. Se llamaba Guy, le faltaba el ojo derecho y era uno de los mercenarios mejor considerados de Inglaterra. Cualquier asunto, por delicado que fuese, podía confiarse a sus manos con la certeza de que se realizaría con discreción y no se derramaría más sangre de la necesaria. Oliver, como la mayoría de los nobles versados en las intrigas políticas que siempre rodeaban a la Corte, se había valido de sus servicios en más de una ocasión. Ambos hombres se estrecharon la mano como viejos camaradas. Con Guy, los formalismos y las reverencias jamás se aplicaban.

—¿Y bien? —preguntó Oliver—¿Alguna novedad?

—He estado indagando por el puerto, tal y como me dijiste —respondió Guy—. He hablado con mucha gente. He oído rumores.

—¿Qué tipo de rumores?

—Los hombres de Jack se mueven por los bajos fondos de Londres como

pez en el agua. —Guy meneó la cabeza—. Se sienten seguros en la ciudad. Se sienten protegidos.

—Sabemos que hay alguien que les está pasando información y probablemente ayudándoles a vender el botín. Alguien cercano al rey. La cuestión es, ¿quién?

Guy se inclinó sobre el oído de Oliver-le sacaba al menos tres cabezas- y le susurró un nombre. Oliver se echó hacia atrás, sacudido por la sorpresa. ¿Sería posible? Miró a Guy de hito en hito y este sonrió, aparentemente muy satisfecho por la reacción que había provocado.

—¿Estás seguro? —insistió Oliver.

—Completamente.

Oliver meneó la cabeza. Mientras depositaba en la mano de Guy el saco de monedas que le había prometido a cambio de la información pensó que, si las noticias del hombre eran ciertas, el espía estaba mucho más cerca de lo que jamás hubiera imaginado.

La sola idea le provocó escalofríos.

## CAPITULO 9

La mansión de lord Westbrook estaba cerca de Mayfair, una casa alta y oscura que parecía hecha a medida del tenebroso espíritu de su propietario. Arrebujándose en su capa para contener un escalofrío, Charlotte dejó caer la aldaba con determinación. Estaba amaneciendo y había conseguido escabullirse sin ser vista, atravesando las brumosas calles de Londres con el papel que iba a entregarle al editor bien protegido en su bolsillo.

Un mayordomo le abrió la puerta y la miró con expresión atónita.

—Quiero ver a Westbrook. Ahora. —exigió ella.

Quizá el hombre vio algo especial en su mirada, o quizá estaba acostumbrado a que la gente se presentase en casa de su señor a horas poco apropiadas, pero no protestó ni le pidió una tarjeta, sino que la hizo pasar al interior de la casa, que olía a naftalina y al desagradable líquido que se emplea para disecar animales. Charlotte se estremeció.

—Arriba, en su despacho —dijo el mayordomo—. La acompañaré.

—No es necesario, conozco el camino —respondió Charlotte empezando a subir las escaleras. Sabía exactamente donde estaba el despacho de Westbrook: lo recordaba bien, pues había estado en él escondida en un armario, viendo a Benjamin hacer cosas con Virginia Colby que no quería recordar.

Cuando abrió la puerta sin llamar, la estancia le pareció todavía más tétrica que la primera vez. Westbrook estaba sentado en su mesa, flanqueado por todos sus animales disecados y a Charlotte le pareció que sus ojos fríos rivalizaban en inhumanidad con los de toda aquella fauna. Mirar al editor le provocó náuseas: no había olvidado su desagradable último encuentro, cuando él había tratado de besarla. Sentado frente a Westbrook, hojeando unos legajos, estaba un hombre bajito y delgado; ella lo reconoció como el mismo



que había acudido a recoger el mapa a su casa.

—Duquesa. —La sorpresa y algo parecido a la alarma cruzó los ojos de Westbrook, pero enseguida se recompuso—. Qué inesperado verla aquí. Espero que no la hayan visto entrar o la gente murmurará que ha vuelto a los brazos de su antiguo prometido.

—Basta de tonterías, Westbrook —espetó ella—. He venido a proponerle un trato.

—¿Un trato, señora? Creí que habíamos concluido que no está usted en posición de hacer tratos.

Charlotte sacó el papel de su bolsillo y se lo mostró, agitándolo en el aire.

—Esto es una confesión completa —dijo—. En esta carta me hago responsable de haber conspirado contra el Rey y la Corona, de haber traicionado la confianza de mi esposo, el duque de Bainbridge, y de haber servido como espía a los intereses de Jack *el Rojo*. Mírela usted mismo: está firmada de mi puño y letra y lleva mis sellos, tanto el de mi padre como el del ducado de Bainbridge. No hay lugar a error y nadie podrá decirle jamás que la carta no es auténtica. Piénselo, soy la duquesa de Bainbridge y estoy poniendo en sus manos un documento único: publíquelo y convertirá a su periódico en el más importante de toda Inglaterra.

Westbrook la miró en silencio durante un largo momento. Charlotte vio varias emociones brillando en sus ojos: la incredulidad, el recelo y, por último, la codicia.

—No sé si me conviene este trato —dijo finalmente con cautela—. Mírese, su situación no podría ser más inestable. Tengo el mapa que usted ha copiado para nosotros, tengo las cartas de su hermana. Los tengo en mis manos, tanto a usted como a su esposo. Puedo hacerlos caer a los dos.

Charlotte inspiró profundamente.

—Usted es un peón. Está trabajando para alguien más. —Vio en la mirada de Westbrook que había acertado y, entre la desesperación que la embargaba,

sintió un diminuto aguijonazo de triunfo—.Qué está sacando a cambio? ¿Dinero? Yo le ofrezco una primicia, una historia única. La gente siempre recordará al *Spectator* como al periódico que logró hacer caer la máscara de la malvada duquesa de Bainbridge. Estoy segura de que eso significa mucho más para usted que lo que sea que le estén dando las personas para las que trabaja.

Westbrook se lamió los labios nerviosamente. Sus ojos volaron con avidez al papel que Charlotte sostenía en la mano.

—¿Qué quiere a cambio? —dijo finalmente.

—Quiero las cartas de mi hermana. Todas, sin faltar una. Y quiero que me devuelva el mapa que le he copiado y que puede incriminar a mi esposo. También el documento del marqués de Thornley, el que yo le envié cuando me engañó tan vilmente en el baile de máscaras.

Westbrook mantuvo silencio tanto tiempo que Charlotte estuvo a punto de darse por vencida. Estaba tratando de reunir nuevos argumentos para convencerlo cuando el editor habló por fin.

—La carta de Thornley ya no está en mi poder —dijo—. Pero le daré todo lo demás a cambio de su confesión. Jackson —añadió dirigiéndose a su secretario—. Traiga las cartas de la deshonesto lady Balfour. El mapa también.

Jackson lo miró con incredulidad.

—Señor, ¿está seguro? No podemos...

—Haga lo que le he dicho —dijo Westbrook con acritud.

El secretario se apresuró a obedecer y le entregó a Charlotte el paquete de cartas. Ella las aferró con dedos temblorosos, tratando de que su suspiro de alivio no fuese demasiado audible. Esas cartas, la pasión de Jocelyn por el misterioso desconocido, habían sido las culpables de todo. Presa de un impulso, las arrojó a la chimenea encendida y contempló las llamas hasta asegurarse de que no quedaban más que minúsculas cenizas.

—Qué gesto tan poético —se burló Westbrook—. Ahora deme la confesión.

—El mapa. Primero quiero el mapa de mi esposo.

Westbrook hizo un gesto a su secretario y él rebuscó en una gaveta hasta dar con el mapa enrollado. Se lo tendió a Charlotte con reticencia y cuando ella trató de cogerlo, el secretario tiró del otro extremo, provocando que el papel se rompiese en dos. Desde su mesa, Westbrook soltó una risilla burlona.

—Vamos, Jackson, no sea cruel. ¿Ve lo que ha hecho? Quizá la duquesa quería colgar el mapa de un marco como recuerdo y usted le ha arruinado esa posibilidad.

Encogiéndose de hombros, el secretario le tendió a Charlotte las dos mitades. Ella se apresuró a tomarlas al tiempo que depositaba su confesión en la mano extendida del editor, que se cerró sobre ella como una garra.

—Bien, bien... —dijo Westbrook con satisfacción examinando los emblemas—. De modo que ahora se sacrifica usted misma para salvar a Bainbridge, ¿verdad? Ya veo. Una gatita enamorada. Si no fuera por su desagradable tendencia a escupir cuando uno menos lo espera, sería un placer tenerla en mi bando, señora.

Ella lo miró con asco, pero no respondió. Ahora que ya había cumplido con lo que había ido a hacer allí, no veía el momento de marcharse de aquella horrible casa. Guardó el mapa enrollado en uno de sus largos guantes y, con un seco cabeceo de despedida, salió del despacho de Westbrook con la esperanza de no volver jamás.

Tan pronto como la puerta se cerró tras ella, el editor se puso en pie de un salto.

—Hay que prepararlo todo, Jackson —le dijo al secretario—. Esta confesión tiene que ver la luz cuanto antes. La duquesita es una estúpida, pero en algo tiene razón: esto puede elevar las ventas del *Spectator* hasta cotas que nunca hemos soñado.

—Pero, señor... —Jackson parecía un pez aturdido—¿Qué va a sucedernos

cuando *ellos* se enteren? ¡El objetivo era el duque de Bainbridge!

—¡Al diablo con *ellos*! —dijo Westbrook con desprecio—. Tendrán que buscarse otra manera de arruinar a Benjamin Thomson. No dejaré que la oportunidad de engrandecer al *Spectator* se me escape entre los dedos.

—¿Está seguro, señor? —dudó el secretario.

Una cruel sonrisa curvó los labios de Westbrook. Jackson asintió. Para bien o para mal, la suerte estaba echada.



Nada más poner un pie en la calle, Charlotte inspiró profundamente. Le temblaban las manos y el corazón le latía tan rápido que parecía que se le iba a salir por la boca. Ya estaba, no había vuelta atrás. La enormidad de lo que había hecho la golpeó como un puñetazo y notó las lágrimas escociendo tras sus párpados. Acababa de sellar su destino: la confesión que le había entregado a Westbrook era su condena; una hoja de papel tan fina como una pluma pero que tenía el poder de destruir todo su mundo, de marcarla como una criminal. ¿Qué iba a sucederle ahora? Había ido a visitar al editor plenamente consciente de las terribles consecuencias que acarrearía su confesión una vez saliese a la luz, pero ahora no podía dejar de temblar de miedo. Por supuesto, se la llevarían presa. Quizá incluso la ejecutarían: ser duquesa no le serviría de ayuda si la acusaban de traición. Se llevó la mano al cuello. ¿Acaso su destino era terminar sus días con la cabeza apoyada contra un cepo, esperando el golpe del verdugo? Y sus padres... ¿qué pensarían de ella? Quizá le darían la espalda, incapaces de soportar la vergüenza y Benjamin... Por supuesto él la odiaría con todas sus fuerzas, la despreciaría. Charlotte sintió una oleada de náuseas y se dobló sobre sí misma, llevándose las manos al estómago. Jamás se había sentido tan enferma y aterrorizada.

Abrumada por sus pensamientos, apenas se dio cuenta de que un lujoso

carruaje aminoraba la marcha hasta detenerse a su lado. Tembló de miedo, ¿acaso iban a detenerla ya? Estaba preparándose para salir corriendo cuando una pequeña mano enguantada le hizo señas desde la ventanilla y un rostro asombrado la miró con ojos muy abiertos: era su prima Lynette. Charlotte estuvo a punto de gritar de alivio.

—¿Charlie, eres tú? ¿Qué haces aquí sola?

Ella intentó responder pero las palabras se atragantaron en su boca. Comenzó a llorar; toda la angustia que había estado conteniendo salía ahora de su pecho en forma de sollozos lastimeros. Lynette bajó de un salto del carruaje y la abrazó con fuerza.

—¿Qué ha ocurrido? ¡Por favor, no llores! Ven, subamos al carruaje. Iba a visitar a lady Dalton, pero puede esperar.

Charlotte se refugió en sus brazos. Alguien conocido, al fin. Alguien amable. Borró de un plumazo el resquemor y el recelo que había sentido tras la traición de su prima y aceptó la mano que le tendía para subir al vehículo.

Lynette le tendió un pañuelo bordado para que se secase las lágrimas.

—Cuéntame. ¿Qué te ha pasado?

—He hecho algo horrible. ¡Horrible!

—¿Qué has hecho? ¿Y dónde está tu esposo? ¿Acaso te ha maltratado?

—No, no es eso. —Charlotte hipó—. Soy yo la que he estado perjudicándole a él y ahora...—. Se detuvo. Lynette le tomó la mano. Sus ojos la miraban inocentes y límpidos.

—Cuéntamelo todo —le pidió.

Charlotte lo hizo. Le contó todo, desde el chantaje de Westbrook con las cartas de Jocelyn para que copiase el mapa hasta la confesión que acababa de entregarle. El rostro de su prima se contrajo con horror.

—¡Pero eso es horrible! ¡Acabas de arruinar tu vida por completo!

—Lo sé.

—Pero, ¿por qué, Charlotte, por qué?

Ella la miró. Si había alguien en el mundo que pudiera comprender las locuras que uno podía llegar a hacer por la persona que amaba, esa era su prima.

—Por amor —respondió finalmente.

Lynette asintió sin decir palabra, sus labios convertidos en una fina línea y una expresión reconcentrada en sus ojos azules.

—Tenemos que pensar en un plan para sacarte de este embrollo.

—¿Cómo? —Charlotte la miró con escepticismo—. No podemos hacer nada, estoy perdida.

—No si le quitamos a Westbrook esa confesión antes de que logre publicarla.

—¿Y cómo vamos a hacer eso?

—Conozco a... gente —dijo Lynette pensativa—. Ya sabes, de los tiempos en los que iba por ahí por mi padre. Creo que podemos encontrar a alguien que nos haga ese servicio a cambio de unas cuantas monedas. ¿Traes dinero contigo?

Charlotte le tendió un saquito de monedas, asombrada.

—Con esto bastará. ¿Y las cartas de tu hermana? ¿Y el mapa?

—Quemé las cartas, pero el mapa lo tengo conmigo. —Charlotte extrajo uno de los trozos de papel de su guante y se lo mostró. Lynette le dirigió una mirada extraña.

—Bien. Manténlo escondido. Hay una taberna cerca de aquí donde mi padre solía hacer... ciertos negocios. Allí suele parar un hombre al que conozco y que puede ayudarnos. Iremos ahora mismo. Dejaremos a Westbrook sin nada

que pueda usar en tu contra, ya lo verás.

Charlotte sintió un tenue rayo de esperanza. ¿Sería posible que lograran salir de este entuerto? Mientras Lynette daba instrucciones al cochero examinó distraídamente la mitad del mapa que tenía en la mano, el mapa que ella misma había copiado cuando la obligaron a convertirse en traidora. Paseó la vista por las líneas trazadas con tinta, las cifras, los emblemas de las compañías navieras... Estaba claro que Westbrook o su cómplice lo habían repasado concienzudamente, porque estaba muy sobado e incluso habían hecho anotaciones con plumilla en uno de los márgenes. Se detuvo. Había algo que no encajaba, algo que estaba mal. Confusa, lo repasó una y otra vez, pero algo se le escapaba...

—Es aquí —dijo Lynette

Charlotte levantó la vista. El carruaje había aminorado la marcha y estaba adentrándose por una callejuela estrecha y apestosa, en una zona de Londres que Charlotte no conocía pero que parecía muy sucia y oscura. Su prima señaló una taberna al final de la calle, con barriles de madera apilados en la puerta. Parecía un lugar decrepito. Inquieta, se apresuró a seguir a su prima que ya se preparaba para bajar del carruaje. Con la intención de seguir examinando después ese trozo de mapa que tanto la había perturbado, enrolló el papel y lo guardó en el interior de uno de sus botines de charol.

El interior de la posada era todavía más turbio que su exterior, lleno de hombres rudos y ruidosos y un olor a vino y a sudor que parecía condensado en el ambiente. Las dos avanzaron abriéndose camino entre la multitud, Lynette muy decidida y Charlotte sintiéndose insegura. Los hombres que las rodeaban tenían miradas oscuras y turbias y las recorrieron de arriba abajo. Todos tenían pinta de bandidos o desharrapados.

—Lynette, nos están mirando —dijo Charlotte nerviosa.

Lynette hizo un seco gesto con la cabeza al tabernero, un hombre enorme que parecía tallado en piedra, y él miró amenazante a los hombres que les dirigían miradas lujuriosas. Ellos volvieron a centrarse en sus bebidas, sin una sola palabra. Charlotte miró a su prima maravillada

—Ya te dije que mi padre conocía a mucha gente. Siéntate ahí y trata de relajarte, te pediré una taza de vino con especias.

Lynette murmuró algo al oído de una sirvienta muy joven y esta se apresuró a llevarle a Charlotte una taza de barro con un vino oscuro y humeante. Charlotte bebió para espantar el frío que de pronto parecía haberla calado hasta los huesos, mientras observaba como Lynette se acercaba a un individuo con pinta de peligroso que se había mantenido quieto en un rincón. Su prima le habló con vehemencia al oído y Charlotte vio como el saquito de monedas cambiaba de manos con disimulo. Después, el hombre salió de la taberna raudo y oscuro como una sombra y Lynette se reunió de nuevo con ella, con expresión de satisfacción.

—Ya está. Mañana tendremos esa confesión en nuestras manos. Devlin es uno de los ladrones más hábiles del Reino.

—¿Tú crees que funcionará? —preguntó Charlotte siguiendo a su prima al exterior de la taberna. Estaba sorprendida de lo bien que Lynette se desenvolvía en los bajos fondos. En la puerta estuvo a punto de caer, como si hubiese tropezado con algo invisible, y Lynette se apresuró a echarle una mano. La miró con esa expresión extraña que tenía a veces, como un ratón astuto.

—Claro que sí. No te preocupes, Charlie. Todo saldrá bien.

Cuando llegaron a Bainbridge Hall, Charlotte estaba más tranquila. De hecho se sentía bien, de un modo extraño. La desazón que la había embargado horas antes se había disipado como por arte de magia y sentía la cabeza muy ligera. Dio un par de pasos en dirección a la puerta, tropezó con sus propios pies y tuvo que apoyarse en el brazo de Lynette. Le pareció que el cielo daba vueltas sobre su cabeza, como una cúpula enorme y extrañamente móvil.

Lo primero que vio al entrar al vestíbulo fue el rostro ceñudo de Benjamin, que la miraba como si dudase entre estrangularla o abrazarla. Sin saber por qué, le hizo gracia y ahogó una risita. ¿Qué le estaba pasando? Se sentía aturdida. Quizá había bebido demasiado vino con especias...Sí, tenía que



tratarse de eso. Presionó una mano contra su sien, en un punto donde un terrible dolor de cabeza estaba comenzando a formarse y trató de dar otro paso pero el suelo parecía agitarse, como si se hubiera convertido en gelatina. Las manos le temblaban y notó gruesas gotas de sudor resbalando por su espalda. El ceño de Benjamin se transformó en una expresión de extrañeza y después de alarma, cuando ella comenzó a tambalearse como si en vez de en tierra firme estuviera en la cubierta de uno de los barcos de su padre. Charlotte cayó al suelo y sus dedos se cerraron sobre la alfombra, tratando de aferrarse a algo. La voz de Benjamin llamándola sonó desde un lugar que parecía muy lejano, y le pareció también oír gritos de Lynette y gemidos preocupados del ama de llaves. Después, todo se volvió oscuro.

Benjamin contempló con horror como Charlotte caía al suelo como un peso muerto. Se precipitó hacia ella: su piel estaba pálida, más blanca de lo normal, sin ningún rastro del rubor rosado que a él tanto le gustaba.

—¡Un médico! ¡Que alguien llame a un médico! —gritó fuera de sí.

—¡Ya ha escuchado al duque! ¡Deprisa! —Lynette empujó al ama de llaves hacia el pasillo al tiempo que se arrodillaba junto a su prima. Le quito los guantes y sostuvo su muñeca, buscando su pulso. Negó con la cabeza mirando a Benjamin.

—Está muy débil. Tenemos que llevarla dentro —dijo.

Benjamin la tomó en brazos sin pensarlo dos veces. Ella se agitó un poco al sentir su contacto y trató de abrir los ojos sin conseguirlo.

—El suelo se mueve —dijo débilmente.

—Eso es porque te llevo en brazos

—Estoy tan mareada...

El ama de llaves volvió a entrar, seguida por el doctor Thorne, un amigo de la familia que vivía en una mansión cercana. El médico miró preocupado a Charlotte.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó frunciendo el ceño.

—No lo sé... creo que voy a vomitar —Charlotte arqueó el cuerpo bajo una violenta náusea y Lynette se apresuró a vaciar un cuenco de fruta para que hiciera las veces de palangana improvisada. Charlotte vomitó una pasta espesa y negruzca, pestilente, y el doctor miró a Benjamin asombrado.

—¿Pero qué ha tomado esta mujer?

—Vino especiado —terció Lynette, insegura—. Quizá le haya sentado mal...

—Esto es algo más que una intoxicación etílica —gruñó el doctor—. Vamos, llevémosla a su cuarto. Haced que me traigan una palangana de agua y quedaros fuera. Voy a reconocerla.

El tono del médico era serio y preocupado y Benjamin se mordió los nudillos de las manos con frustración. ¿Qué estaba pasando? Paseó arriba y abajo por el pasillo durante lo que le parecieron horas hasta que el médico salió de nuevo, con el ceño fruncido y la camisa remangada.

—¿Qué le sucede? —preguntó Benjamin con ansiedad—¿Se pondrá bien?

—Espero que sí. Ha sufrido un shock bastante fuerte y ahora mismo su corazón late a un ritmo más ralentizado de lo normal.

—¿Pero qué le ha ocurrido?

—¿Está la duquesa enferma del corazón? —preguntó Thorne entornando los ojos.

—¡Claro que no! Charlotte está completamente sana.

—Lo suponía. Las dolencias cardíacas no son comunes en alguien de su edad. Sin embargo, toda su sintomatología coincide con la de alguien que se hubiera excedido en su dosis de *digitalis*.

—¿De qué?

—*Digitalis purpurea* —aclaró el médico—. Es un compuesto derivado de las hojas de dedalera que se receta para la arritmia y otras dolencias cardíacas. Todos los síntomas de la duquesa: la pérdida del conocimiento, la confusión mental, las pupilas dilatadas, las náuseas... coinciden con los síntomas de toxicidad digital.

—¡Ella no estaba tomando esa cosa! —exclamó Benjamin—. Yo lo hubiera sabido.

—Es extraño... —Thorne se acarició el mentón—. Generalmente se administra en forma de líquido... Pudo haberla tomado sin darse cuenta, en una taza de té o una sopa.

—¿Insinúas que alguien trató de envenenarla?

—No lo sé. Es posible. ¿Qué ha tomado hoy?

—No... no lo sé. Parece que tomó vino especiado. ¿Podría estar ahí el veneno?

—Es posible. O incluso en algún otro líquido que haya tomado más temprano esta mañana, como el té del desayuno. ¿Con quién ha estado hoy la duquesa?

—No estoy muy seguro. Cuando me desperté ella no estaba en casa y cuando regresó ya se encontraba muy mareada. —Benjamin miró a su alrededor buscando a la prima de su esposa pero esta había desaparecido, tan silenciosamente como siempre. Hizo sonar la campanilla y el ama de llaves asomó la cabeza por la puerta.

—¿Dónde está lady Lynette? —preguntó irritado.

—Se ha marchado ya, excelencia. Tenía mucha prisa. No se ha despedido de usted para no importunarle... Ha dicho que volverá más tarde para ver cómo se encuentra la duquesa.

Benjamin soltó un suspiro de exasperación. A veces le daba la sensación de que aquella muchacha tan silenciosa era más un espectro que un ser humano.

—Está bien. Envíe un mensaje a Pinecrest Manor. Necesito saber dónde han estado antes mi esposa y lady Lynette y qué tipo de alimentos tomó la duquesa.

El ama de llaves se apresuró a salir para cumplir el mandato y el doctor puso una mano en el hombro de su amigo.

—Hay algo que te preocupa. ¿Tiene enemigos tu esposa?

Benjamin pensó en la extraña actitud de Charlotte en los últimos tiempos: triste, desangelada, como alguien que esconde un secreto o lleva un gran peso sobre los hombros. Incluso el otro día, cuando se había entregado a él tras su conversación en la tinaja, lo había hecho con una especie de desesperación extraña y salvaje, como alguien que quisiera aprovechar los últimos momentos con el ser amado antes de partir hacia un largo viaje.

Sí, eso era. Como alguien que sabe que el fin está cerca. Benjamin sintió un escalofrío.

—No... No lo sé. Últimamente se ha estado comportando de un modo extraño. Es una larga historia. Te la contaré en otro momento. Ahora quiero entrar a ver a mi esposa.

—Bien. —El médico le dio una palmada en la espalda—. Ocúpate de que beba mucho. Agua, caldos nutritivos, cosas así. Su cuerpo debe deshacerse de las toxinas. Envía a buscarme si empeora, pero creo que con un poco de reposo se recuperará.

—Gracias, Alfred.

Benjamin entró en silencio en el dormitorio de su esposa. Ella dormía. Un fuego crepitaba en la chimenea y las cortinas corridas impedían que entrase la luz. El cabello de Charlotte caía sobre sus hombros en ondas enrevesadas y Benjamin recordó el día que había entrado en su despacho para proponerle aquel trato descabellado, con su melena suelta y salvaje flotando tras ella como un manto. Ahora parecía mucho más pequeña y desvalida, con una pátina de sudor brillando en su frente. Su respiración era lenta y superficial.

—¿Qué está pasando, Charlotte? —preguntó a sabiendas de que no podía

oírle. Sin embargo, ella se agitó un poco, sin llegar a despertar de todo.

—¿Benjamin?

—Estoy aquí. —Él le tomó una mano.

—Lo siento mucho, Benjamin.

—¿Por qué, cariño?

Charlotte le apretó la mano y unas finas líneas aparecieron en su frente. Era evidente que luchaba por encontrar las palabras.

—No estoy muy segura... no lo recuerdo. Algo relacionado con el barco... los barcos...

—¿El barco? ¿Te refieres a la maqueta de madera? —Él sonrió—. Si te gusta, haremos que se convierta en realidad. Lo mandaré construir para ti. Di, ¿te gustaría eso?

—Me gustaría... Estoy tan cansada. Me gustaría que te quedaras aquí conmigo.

—Tus deseos son órdenes para mí —dijo Benjamin, pero ella había vuelto a caer en un sueño profundo y ya no le oía.

## CAPITULO 10

Lord Westbrook estaba eufórico. Frente a él había una pequeña montaña de papeles arrugados y había roto ya tres plumillas en la media hora que llevaba sentado escribiendo. La confesión de Charlotte estaba sobre la mesa, y el editor acarició sus líneas con la punta del dedo, casi con reverencia. Esa confesión, junto con el artículo que estaba redactando y que lo pintaba a él mismo como una especie de héroe nacional, elevarían al *Spectator* a un nivel que jamás había soñado. Todos lo admirarían, reconociéndolo como el hombre que había conseguido destripar un complot contra la Corona y convencer a la duquesa de que confesase sus crímenes. Puede que incluso el rey decidiera nombrarle marqués.

Sí, el futuro se abría ante él prometedor y maravilloso.

Un ruido sordo llegó desde el piso de abajo, como si algún mueble pesado hubiese caído al suelo. Westbrook no le prestó atención. Tenía por delante una tarea hercúlea, inmensa. No necesitaba distracciones. Tan ensimismado estaba que ni siquiera escuchó los pasos raudos y furtivos que se acercaban por el pasillo, ni el leve crujido de la puerta al abrirse. No se percató de que alguien acababa de entrar en el despacho hasta que una sombra se proyectó sobre su escritorio, cerniéndose amenazante sobre él.

Westbrook trató de incorporarse, sus ojos saltaron muy abiertos por causa del terror. Su mano buscó a tientas el cortaplumas que había encima de su mesa pero el intruso, ese hombre musculoso y desharrapado que era un desconocido para él, fue más rápido. Una daga emergió rápidamente de su bolsillo y voló hacia la garganta del editor. El tajo fue limpio y profundo y la sangre comenzó a caer a borbotones. Westbrook trató de levantarse, emitiendo sonidos guturales, mientras se llevaba la mano a la tráquea cercenada. Apenas pudo dar un par de pasos; cayó al suelo como un espantapájaros desmadejado, sus piernas agitándose en el aire y su peluca empolvada deslizándose de su cabeza para revelar un cráneo lampiño como un huevo de gallina.

Su asesino se inclinó sobre él y le tomó el pulso. Nada. Miró a su alrededor: tenía órdenes de encontrar un documento y llevárselo a la persona que lo había contratado para ese trabajo. Estaba a punto de ponerse a rebuscar cuando un ruido lejano llamó su atención. Había alguien más en la casa. Alguien se acercaba. Con los cinco sentidos alerta y la despiadada precisión que lo había convertido en uno de los mejores en su profesión, el asesino abrió la ventana y se deslizó hacia abajo por las gruesas vigas ornamentales.

Cinco minutos después, había desaparecido.



Benjamin despertó con la sensación de unos dedos deslizándose por su cabello y abrió los ojos. Charlotte lo miraba con una sonrisa cansada y un poco vacua, como si no hubiese recobrado del todo la conciencia. Él le apretó la mano.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó acariciando la mejilla de su esposa.

—Cansada... —Ella parecía aturdida—. Hay algo importante que necesito aclarar, pero no puedo recordar el qué.

—Necesitas descansar más —dijo él alcanzándole un vaso de agua—  
¿Quieres que llame a la doncella?

—No necesito a nadie. Solo a ti —Charlotte hablaba lentamente— ¿Te quedaste aquí todo el tiempo?

—Por supuesto que sí —respondió él como si la pregunta fuese absurda. Ambos se miraron durante unos instantes, sonrientes, mientras Charlotte seguía luchando por atravesar la neblina que poblaba su cerebro.

—Ya recuerdo. Jocelyn... las cartas... —farfulló.

—¿Cómo? —Benjamin se inclinó hacia ella, confuso.

—Demasiadas cartas... —Charlotte hablaba con voz pastosa, incoherente  
—.Odio las cartas de amor. Han traído un montón de problemas.

Benjamin suspiró. Estaba claro su esposa todavía sufría la confusión mental de la que había hablado el doctor Thorne.

—El mapa —dijo Charlotte de repente, incorporándose con esfuerzo  
—.Algo está mal en el mapa.

—¿Qué mapa? Aquí no hay mapas, cariño. Vuelve a tumbarte y descansa un poco más —dijo Benjamin.

—Está dentro de mi guante —Charlotte señaló sus largos guantes de raso que estaban sobre una mesa—. Recuerdo que lo escondí ahí.

Meneando la cabeza con resignación, Benjamin introdujo la mano en ambos guantes. Estaban vacíos

—¿Lo ves? Aquí no hay nada.

Charlotte arrugó la frente.

—No puede ser. Lo rompí en dos mitades y sé que uno de los trozos estaba ahí... El otro... no recuerdo donde puse el otro.

—Charlotte. —Él la miró muy preocupado— ¿De qué estás hablando?

Ella inspiró profundamente.

—Benjamin, tengo que contarte algo.

—Está bien —Él se acuclilló de nuevo al lado de la cama y en ese momento la puerta se abrió de golpe. El mayordomo asomó la cabeza con expresión preocupada.

—Ahora no, Perkins —gruñó Benjamin—. Sea lo que sea, puede esperar.



—Me temo que no, señor. —El mayordomo estaba muy nervioso y la voz le temblaba—. Tiene que venir, es muy importante.

Alertado por su tono de voz, Benjamin se levantó.

—Estaré de vuelta en un momento —le dijo a Charlotte.

Siguió al mayordomo fuera de la habitación. Jamás había visto a Perkins tan alterado y asustado.

—¿Qué demonios sucede?

—Señor, hay hombres en el piso de abajo. Hombres armados. Le están buscando.

Cada vez más extrañado, Benjamin bajó las escaleras a grandes zancadas. Varios hombres estaban de pie en el vestíbulo y tal como el mayordomo había dicho, portaban ballestas y pistolas. A su lado, el ama de llaves se retorció las manos con nerviosismo, como si no pudiera creer que tantas botas sucias estuvieran mancillando las lujosas alfombras.

—¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó Benjamin.

Uno de los hombres esgrimió ante él un papel con el sello real.

—Tiene que acompañarnos, Excelencia. Por orden de Su Majestad.

—¿Disculpen? —Benjamin no se habría sorprendido tanto si le hubieran dicho que tenía que cruzar a nado el paso de Calais—. ¿Por qué?

Los hombres no respondieron. El más alto se adelantó un poco hacia él y le colocó una mano férrea en el brazo.

—¡No me toque! —dijo Benjamin enfadado desembarazándose del contacto—. ¿Qué está pasando aquí?

Los hombres intercambiaron una mirada. Dos de ellos lo flanquearon, las manos ya dispuestas sobre las armas que llevaban en la cintura.

—Nosotros solo cumplimos órdenes señor. No respondemos preguntas. Acompañenos por las buenas y le aseguro que pronto le explicarán lo que necesita saber.

Benjamin comprendió que no tenía otra opción. Se dejó conducir por ellos, con el llanto del ama de llaves resonando en sus oídos. Rechinó los dientes; cuando todo este asunto se solucionara, alguien iba a tener que dar muchas explicaciones.

El vehículo en el que lo metieron no se parecía en nada a los lujosos carruajes en los que solía viajar: era una carreta vieja y destartada cuyas ventanillas estaban canceladas con gruesos barrotes. El suelo estaba cubierto de paja y suciedad y en su interior olía a miedo y a desesperanza. Benjamin se mantuvo en silencio durante todo el trayecto y solo alzó la vista cuando se detuvieron en un patio oscuro. Allí, ante él, se elevaba el edificio más tenebroso de la ciudad, el que más sangre derramada había presenciado entre sus paredes, el más temido por aristócratas y plebeyos: la Torre de Londres.

Sujetándolo de malos modos por los brazos, los hombres lo condujeron a uno de los sótanos y Benjamin comenzó a sentir la dentellada del miedo en su estómago. ¿Acaso iban a torturarlo? Lo introdujeron en una pequeña recámara y sintió una mezcla de alivio y desconcierto al descubrir allí a dos de sus conocidos: lord Tigne, el secretario del Consejo del Mar, que además era un buen amigo suyo, y lord Browne, un antipático aristócrata que era la mano derecha del rey Jorge en los asuntos más importantes de la Corona.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó con impaciencia.

Lord Tigne hizo un gesto a los guardias para lo soltaran y lo invitó a sentarse en una vieja silla.

—Cuéntanoslo tú, Benjamin. —Su expresión era severa y a la vez desconcertada.

—¿Yo? ¡Debes estar de broma, James! Un montón de hombres armados entran en mi casa, con mi esposa convaleciente, y me traen hasta aquí como a un animal.... ¡y me pides que sea yo quien te lo explique!

Lord Tigne suspiró.

—Como ya sabes, uno de nuestros espías lleva tiempo infiltrándose en los bajos fondos, tratando de reunir información sobre los piratas. En los últimos días hemos hecho bastantes avances y nuestro hombre ha logrado contactar con uno de los lugartenientes de Jack *el Rojo*. Ha conseguido ganarse su confianza. Después de emborracharlo con varias jarras de vino, nuestro contacto logró sustraerle algo muy interesante.

Lord Tigne dejó caer una hoja de papel sobre la mesa y Benjamin la cogió con asombro: era el documento del marqués de Thornley que había desaparecido de su despacho muchos días antes. Benjamin abrió la boca con sorpresa: se había resignado a considerarlo perdido, quizá quemado en la chimenea por error de alguna criada... ¿cómo era posible que apareciera ahora, en las manos de uno de los hombres de Jack?

—No... no lo entiendo —dijo—. Alguien ha debido entrar en mi despacho...

Lord Browne soltó un resoplido de desprecio.

—Ese documento se envió desde tu casa, Benjamin —dijo con acritud—. Estaba dentro de un sobre. Por supuesto, el sello de lacre se rompió cuando lo abrieron, pero estos son tus emblemas.

Browne le tendió el sobre de malos modos y Benjamin sintió un escalofrío. Efectivamente, allí estaba el halcón del ducado de Bainbridge. Aquello no tenía sentido. Como todos los aristócratas, Benjamin guardaba bajo llave sus sellos personales. Solo el duque y la duquesa tenían acceso a ellos.

—No es posible —musitó.

Browne volvió a resoplar.

—Sí es posible, señor mío —dijo—. Es muy posible si eres *tú mismo* el que está colaborando con los piratas. Qué gran jugada para Jack *el Rojo*, contar con el mismísimo duque de Bainbridge entre sus filas. ¿Por eso estabas tan interesado en entrar en el Consejo del Mar?

Benjamin se levantó de un salto, furioso. Los guardias lo tomaron por los hombros y le obligaron a volver a sentarse.

—Retira eso ahora mismo, Browne —rugió—. ¡Me acabas de llamar traidor!

Lord Tigne carraspeó y se situó entre ambos.

—Vamos, Benjamin, procura calmarte —dijo—. Browne, dejemos las acusaciones directas hasta que lleguemos al fondo de este asunto.

—¡Acusaciones directas! —Browne meneó la cabeza—. Solo le proteges por su rango y porque os une una amistad. Cualquiera otro ya estaría con la cabeza apoyada en el cepo, a punto de ser cercenada.

—¡Maldito seas! —Benjamin trató de levantarse de nuevo y los guardias volvieron a impedirselo.

—Benjamin. —Tigne tomó de nuevo la palabra—. Reconoce que estás en una situación delicada. Y eso no es todo, nuestro hombre oyó a ese pirata farfullar que estaban a punto de conseguir un mapa muy importante, con información de las rutas de los navíos y todo lo necesario para facilitarles el abordaje. Tú eres el encargado de dibujar los mapas para el Consejo, ¿no es así?

Benjamin meneó la cabeza, derrotado. Aquello parecía una horrible pesadilla.

—Mira bien ese sobre —insistió Tigne—. Browne tiene razón en una cosa: se envió desde tu casa a un tal Jackson Brock. Hemos rastreado sin éxito a esa persona. Fíjate bien, ¿reconoces esta letra?

Aturdido, Benjamin observó de nuevo el sobre, fijándose en aquella letra picuda y nerviosa que no era la suya. Un recuerdo asaltó su mente: la carta escrita por una joven morena y vibrante, que le agradecía que hubiese decidido ayudarla a librarse de su prometido y le prometía estar en Covent Garden el día y la hora indicados. La letra de Charlotte.

No podía ser.

—¿Tienes idea de quién pudo escribir esto? —insistió Tigne.

Benjamin bajó la cabeza, abatido.

—No, no reconozco esta letra —dijo de forma mecánica.

Lord Browne soltó otro de sus característicos resoplidos. Tigne suspiró con tristeza.

—Bien. Comprenderás que debes quedarte aquí custodiado hasta que solventemos todo este asunto —dijo.

Antes de que pudiese replicar un fuerte tumulto de pasos procedente del pasillo los sobresaltó a todos. La puerta se abrió bruscamente para dar paso a Oliver Wolcott, que aferraba un papel en la mano con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. Sus ojos se posaron en Benjamin con una mezcla de horror y lástima.

—Todo esto es un error —dijo sin aliento—. Benjamin Thomson es inocente de cualquier cargo del que se le esté acusando aquí.

Lord Browne puso los ojos en blanco.

—Vaya, el amigo fiel —dijo con ironía—. A ver con que patraña sale ahora para librar a Bainbridge de esta.

—Nada de patrañas, Browne. —Oliver le tendió el papel que traía consigo—. El duque ha sido víctima de un engaño. Su esposa, lady Charlotte, ha estado trabajando como espía de los piratas. Esta es una confesión firmada de su puño y letra.

Sus palabras fueron seguidas de un silencio tan espeso que era casi palpable. Lord Browne y lord Tigne se miraron el uno al otro con incredulidad y Benjamin cerró los ojos, sintiéndose vencido. Aquello no podía ser real. No podía estar pasando.

—Explíquese, Wolcott —dijo Tigne con serenidad.

—Yo no pertenezco al Consejo del Mar, pero tengo contactos y hace tiempo puse mis ojos y mis oídos a trabajar, con la esperanza de enterarme de algo que pudiese servir de ayuda. Hace unos días me llegó un soplo, un rumor que sugería que lord Westbrook, el editor del *Spectator*, podía estar implicado de algún modo con Jack *el Rojo*. El rumor parecía fiable, pero quise indagar por mí mismo y decidí hacerle una visita. Fui a su casa, pero Westbrook ya no puede decirnos nada. Está muerto. Me lo encontré con la garganta cercenada. Creo que estuve a punto de sorprender al atacante porque la sangre todavía estaba muy fresca. Miré un poco a mi alrededor y allí, sobre su mesa, estaba esta confesión, firmada por lady Charlotte Thomson y con el sello del ducado de Bainbridge. Véanlo ustedes mismos.

Lord Browne y lord Tigne se pasaron el uno al otro el documento. El primero llegó incluso al extremo de estudiar el sello con una pequeña lupa, sin duda tratando de descubrir algún tipo de falsificación. Finalmente, con un gruñido, se dio por vencido.

—Bueno, esto lo cambia todo —dijo Tigne, que parecía muy contento y aliviado—. Parece que el duque ha sido víctima de un engaño. ¡Una trama complicada! A veces las mujeres pueden ser instrumentos demoníacos, por eso me mantengo soltero.

—Eso parece, sí. —Oliver miraba fijamente a su amigo, que mantenía la cabeza gacha y parecía no estar escuchando a nadie—. Lo siento mucho, Benjamin.

—Vayan inmediatamente a Bainbridge Hall y traigan a la duquesa —ordenó lord Browne a los hombres de armas—. Parece que esa señora va a tener que dar muchas explicaciones.

Benjamin ocultó la cabeza entre las manos. Aquello no podía estar pasando. En su mente aparecieron uno por uno los rasgos de su esposa: sus ojos grises, sus labios carnosos, su risa cristalina...

Los hombres se encaminaban ya hacia la puerta, los rostros serios y tensos, las ballestas tambaleándose en sus cinturas.

—¡No! —El grito de Benjamin fue tan fuerte que incluso él mismo se

sorprendió— ¡Ella no ha sido! ¡Mi esposa es inocente!

—¿Cómo? —Sus interrogadores se inclinaron sobre él, los rostros crispados por la sorpresa.

—Benjamin, no. No hagas esto —lo previno Oliver con tristeza. Él alzó una mano hacerle callar.

—Esa confesión es falsa. Mi esposa la redactó para salvarme, pero ella es inocente. Yo soy el traidor.

Todos lo miraron. La tensión era tal que podía palpase en el ambiente. Tigne meneó la cabeza con tristeza y Oliver se cubrió los ojos con la mano.

—Lo sabía —dijo Browne con satisfacción—. Metan a este hombre en una celda y vayan a por la duquesa. Al final, acabaremos matando dos pájaros de un tiro.



Charlotte bebió un par de sorbos de su taza de té, sin molestarse en revolverlo. Los posos le hicieron cosquillas bajo la lengua. Se sentía mejor, más fuerte y alerta. La sensación de aturdimiento estaba empezando a desaparecer.

Miró de nuevo hacia la puerta. Benjamin no volvía; ¿qué podía llevarle tanto tiempo? Había querido confesárselo todo, enseñarle el mapa... El mapa, su mente volvía a él una y otra vez. Se levantó con piernas temblorosas y rebusco en sus guantes, dándole la vuelta al forro tal y como Benjamin había hecho antes. Él tenía razón, allí no había nada. ¿Cómo era posible? ¿Se le habría caído fuera del guante en la taberna?

La taberna. Charlotte volvió mentalmente sobre sus propios pasos. Había

estado estudiando el mapa roto cuando se dirigía allí con Lynette. Recordó de repente que había metido una de las mitades en su botín, justo antes de bajar del carruaje. Se abalanzó sobre su calzado, que estaba bajo la cama, y extrajo triunfante el papel hecho una bola.

Lo estudió detenidamente, tratando de averiguar qué era lo que la había perturbado antes. Repasó con cuidado las notas que alguien (Westbrook o su cómplice) había dibujado en el margen: puntos estratégicos de desembarque, cada uno de ellos con el emblema de las compañías marítimas a las que pertenecían los barcos. Entre ellas, por supuesto, estaba la naviera de su padre, con la paloma sosteniendo una rama en el pico.

La rama.

Charlotte recorrió una y otra vez el dibujo con la yema de sus dedos. La rama estaba mal.

Fue como un bofetón de realidad en plena cara. De repente, y con absoluta seguridad, Charlotte supo quien había hecho esas anotaciones. La identidad del cómplice de Westbrook se coló en su mente como un rayo de certeza. Un escalofrío le recorrió la espalda: Benjamin y ella no eran los únicos que estaban en peligro.

Se calzó y se puso rápidamente el primer vestido que encontró. Cogió la taza de té ya frío y se la terminó de un trago; aunque estaba bastante insípido, en ese momento necesitaba todas las fuerzas que la teína pudiera darle.

Sobre pies todavía débiles y temblorosos, Charlotte salió de la habitación.



## CAPITULO 11

La celda era diminuta y olía a orines y a heno podrido. Benjamin apoyó la cabeza contra la pared llena de moho y cerró los ojos, tratando de ignorar el dolor agudo que le perforaba las sienes. Estaba agotado y jamás se había sentido tan impotente. Charlotte una criminal, una espía, una traidora a la Corona y al ducado de Bainbridge. A *él*. Su Charlotte.... No, no era cierto. Algo no encajaba. Alguien tenía que estar presionándola, obligándola a robar la información. Demonios, alguien debía haberla obligado a escribir esa horrenda confesión.

Benjamin agarró un puñado de heno podrido entre las manos y lo apretó hasta reducirlo a polvo. Ahora lo entendía todo: los largos silencios, las enormes ojeras oscuras, los ojos grises que habían perdido su brillo y parecían desesperados, clamando socorro. Un socorro que él, su esposo, no había sido capaz de darle. ¿Quién estaba detrás de todo esto? Las ideas se agolpaban en su mente, sin orden ni concierto; lo único que Benjamin tenía claro era que haría todo lo posible por ayudarla. Por proteger, incluso de sí misma, a aquella mujer de la que se había enamorado sin remedio.

—Tengo que salvarla —murmuró para sí entre dientes.

—Un propósito loable pero inútil, teniendo en cuenta que has conseguido que te encierren a ti también —gruñó una voz por encima de su cabeza.

Benjamin se levantó de un salto. El rostro exasperado de Oliver lo contemplaba enmarcado por las rejas oxidadas. Se dejó caer de nuevo contra la pared.

—Vaya, así que ahora me permiten recibir visitas. No se lo cuentes a Browne, o dirá que me aprovecho de los privilegios de mi clase.

—No recibirías visita alguna si no fuese porque Tigne lo ha permitido— rezongó Oliver—. Eres un idiota. ¿Por qué les has dicho que eres culpable?

—¿Qué querías que hiciera? ¿Dejar que se convirtiese en carnaza para los lobos?

—Si te traicionó, es lo que merece.

—¡No! —Benjamin se levantó de un salto y encaró a su amigo con fiereza— ¡Ella no ha sido! ¿Me oyes? Me niego a creerlo y no pienso permitir que nadie me convenza de lo contrario.

—¿Estás seguro?

Benjamin no contestó. Miró largamente a su amigo y en su mirada Oliver vio todo lo que necesitaba saber. Bajó los ojos.

—Veo que lo entiendes —dijo Benjamin al fin—. Tú tampoco consentirías que tachasen de traidora a la mujer que amas. Sé que hay alguien más detrás de todo esto.

—Entonces has cometido un error al implicarte a ti mismo. Has conseguido que te metieran entre rejas.

—Lo sé. —Benjamin comenzó a pasearse por la celda como una fiera enjaulada—. En ese momento no sé me ocurrió otra cosa.

Oliver gruñó.

—Siempre has sido demasiado impetuoso para tu propio bien. Tienes suerte de tener buenos amigos que se preocupan de salvarte el trasero una y otra vez.

Un tintineo metálico siguió a estas palabras. Benjamin alzó la mirada asombrado para fijarla en la llave oxidada que Oliver sostenía en la mano. Con una sonrisa irónica que contrastaba con la preocupación de sus ojos, su amigo la hizo girar en el cerrojo.

—¡Tienes la llave de la celda!

—Debemos darle las gracias a Tigne. Realmente te aprecia, y cree al igual que yo que hay algo más detrás de todo esto.

Benjamin se levantó de un salto.

—¿Por qué no lo has dicho nada más llegar? ¡Estamos perdiendo un tiempo precioso mientras Charlotte está en peligro!

—Primero tenía que asegurarme. Quería convencerme de que no estás haciendo ninguna tontería. Pero como tú has dicho antes, yo tampoco consentiría que alguien tratase de implicar en un crimen así a la mujer que amo.

Benjamin le palmeó la espalda y ambos se dirigieron a una pequeña puerta lateral. Los hombres que hacían guardia, claramente alertados por Tigne, fingieron mirar hacia otro lado. La luz del día nunca le había parecido a Oliver tan hermosa, a pesar de las nubes que presagiaban tormenta. Inspiró profundamente.

—Gracias, Oliver —dijo—. Y si salimos de todo este embrollo, te juro que le regalaré a James Tigne el mejor de mis caballos. Se lo ha ganado con creces.



Charlotte avanzó por el pasillo lo más rápido que le permitían sus piernas, todavía débiles. La casa parecía extrañamente vacía y desolada y a través de las ventanas se veían unas nubes oscuras que presagiaban tormenta. Llamó a voces a su esposo pero él no respondió. Bajó al vestíbulo y soltó un suspiro de alivio al encontrarse allí a Lynette, sentada en un diván con su habitual expresión de placidez. Su rostro estaba enmarcado por la luz grisácea que se colaba desde el exterior y a Charlotte le pareció casi una estatua de piedra.

—¿Te encuentras mejor? —Lynette le sonrió—. Nos tenías muy preocupados.

—Estoy mejor. ¿Dónde está Benjamin?

—Ha tenido que irse —respondió Lynette de forma críptica.

—Lo he descubierto. —Charlotte se acercó a su prima—. Sé para quien trabaja Westbrook.

—¿Lo sabes? —Lynette enarcó las cejas.

—Es Balfour. Tiene que ser él, estoy segura. Ha sido él todo este tiempo.

—¿Qué te hace pensar algo así?

Charlotte le enseñó la mitad rasgada del mapa.

—¿Lo ves? Este es el mapa que me dio Westbrook esta mañana, el que yo copié para él. Alguien ha escrito en los márgenes. ¿Ves este pequeño barco de aquí? Es una reproducción del *Imperieuse*, uno de los navíos de mi padre, con el emblema de Pinecrest en el costado. El emblema está mal y solo él puede haberlo dibujado así.

—No comprendo. —Lynette frunció el ceño.

—La rama que la paloma sostiene en el pico está recta —aclaró Charlotte—. Y nosotros siempre la dibujamos curvada. Hay una persona que sabe que hace años el emblema era distinto, alguien que en su día demostró su desagrado ante el cambio. Alguien que, si se viese en la necesidad de plasmar el emblema de su suegro, lo haría por inercia con el diseño antiguo. Edward Balfour.

—¿Estás segura?

—Completamente. Tiene que ser él. Eso significa que Jocelyn está en peligro. Si Balfour es su cómplice, Westbrook no tardará en contarle lo de las cartas de mi hermana, si es que no lo ha hecho ya; sobre todo si ese Devlin tiene éxito en su robo del mapa.

—Pero Westbrook ya no tiene las cartas de Jocelyn. Tú misma las quemaste —razonó Lynette.

—Sí, quemé las originales, pero ¿y si tiene copias? —Charlotte se echó el pelo hacia atrás, nerviosa—No me fio de él. Créeme Lynette, mi hermana no está segura con ese hombre. Es un criminal.

—Bien. —Lynette se levantó del diván—. Creo que tienes razón. Debemos poner a Jocelyn sobre aviso. Tenemos que ir a verla.

—¿Qué dices? Ellos están en el Norte. Se fueron justo después de la boda, ya lo sabes.

Lynette negó con la cabeza.

—Regresaron a Londres ayer. Mi doncella es prima de una de sus criadas y me lo ha contado.

Charlotte sintió un hilo de esperanza. ¿Sería posible? La idea de que Jocelyn estuviera cerca la llenó de alegría.

—Entonces mandaré recado a mi padre, él sabrá cómo solucionar esto.

—Tus padres están en Essex —explicó Lynette—. Partieron ayer, pues tu padre va a asistir a una cacería. Me han dejado a cargo de la casa junto con el ama de llaves. Si de verdad crees que Jocelyn está en peligro, no podemos esperar más. Debemos ir ahora.

Charlotte observó a su prima. Lynette parecía tensa pero decidida, como alguien que espera enfrentarse a una tarea hercúlea. Se puso de pie.

—Tienes razón —dijo—. Avisaré al cochero.



Jocelyn Balfour apoyó la frente en el cristal de la ventana. La lluvia era como una cortina densa que desdibujaba los árboles del jardín y hacía que las

altas verjas de la casa de su esposo pareciesen espinas deformes y amenazantes.

Odiaba aquel jardín lleno de setos, pulido y pretencioso. Aquellas verjas, que la separaban del mundo, manteniéndola prisionera. También odiaba la casa, una villa a las afueras de Londres que pertenecía a la familia de su esposo y era tan fría e impersonal como la mansión londinense de Balfour. Se sentía tan desgraciada entre aquellas paredes como se había sentido durante las semanas que pasaron en el Norte, justo después de su boda.

Pero sobre todo, Jocelyn odiaba a su esposo.

Se abrazó a sí misma, estremeciéndose como cada vez que pensaba en ese hombre hostil y arrogante con el que compartía su vida. Por supuesto, descubrir el verdadero carácter de Balfour no había sido una sorpresa para ella; ya lo había sospechado cuando aceptó casarse con él. Sí, había decidido entrar en ese infierno deliberadamente, por un motivo de fuerza mayor.

Se llevó ambas manos al vientre y se acarició el estómago con suavidad. Su cintura había vuelto a reducirse a la mínima expresión. Si las cosas hubieran salido de otra manera... Cerró los ojos, recordando, tratando de perfilar en su mente ese otro rostro que tanto había amado y que había perdido para siempre.

—¿Milady?

Agnes, el ama de llaves de Balfour, la miraba desde la puerta de la habitación con gesto preocupado. Era la única entre la servidumbre de su esposo que la había tratado con algo de cariño, quizá compadeciéndose de su eterna expresión de tristeza.

—Milady, ¿se encuentra bien? Tiene mala cara.

—Sí, no es nada.

La mujer le tendió una nota.

—Acaba de llegar un mensajero a caballo desde Londres. Me ha entregado esto para usted. Debe ser importante, pues se ha aventurado bajo la tormenta.

Jocelyn tomó la misiva, ansiosa. ¿Acaso *él* habría hecho por fin averiguaciones? La desplegó y conforme leía, su rostro fue transformándose en una máscara pálida y asustada. Ahogó un gemido.

—Milady, ¿seguro que está bien? —insistió el ama de llaves.

—Sí... quiero decir, no. No estoy bien. Agnes, ¿cuánto se tarda en ir a Londres desde aquí a caballo?

—Una hora más o menos. Pero, señora, no pretenderá... Está lloviendo.

—Sí, debo ir... tengo que ir.

—A lord Balfour no le gusta que salga a solas, ya lo sabe —le recordó Agnes.

—Lord Balfour puede irse al demonio.

—¡Milady!

—Agnes, por favor. —Jocelyn sujetó a la mujer por los hombros—. Necesito que me ayudes. Tengo que ir a Londres. Una persona muy querida para mí está en peligro. Balfour pasará esta noche en la ciudad, no se enterará de que me he ido... ¡Por favor!

La mujer la miró atentamente y su expresión se suavizó.

—Pero no tenemos ningún carruaje aquí, su esposo se lo ha llevado —se quejó.

—No importa, iré a caballo. Pide que me ensillen el más rápido que tengan.

—Está bien. —Agnes suspiró, dándose por vencida—. Solo rezo para que no pille una pulmonía bajo este diluvio.



El cochero les abrió la puerta y Charlotte y Lynette subieron de un salto. Se había desatado una gran tormenta y el carruaje se meneaba como un barco en un mar embravecido, agitado por la ventolera. Las dos primas, arrebuajadas en sus capas, contemplaban los truenos por la ventana. Lynette parecía muy seria y pensativa y Charlotte estaba ansiosa.

—Apenas puedo creerlo —dijo Charlotte—. Balfour nunca fue de mi agrado pero nunca pensé que pudiese llegar a este punto... traicionar a la Corona. ¿Qué será ahora de mi hermana?

Lynette no contestó. Apretó los labios en una fina línea.

—Espero que Jocelyn esté bien —dijo Charlotte—. La sacaremos de esa casa y la llevaremos a Pinecrest Manor. Allí estará segura.

El carruaje siguió avanzando por las calles desiertas y empapadas. La mansión de Balfour estaba en el centro de Londres, rodeada de anchos jardines que tenían un aspecto sepulcral. Las dos jóvenes corrieron hacia la puerta y Charlotte hizo sonar la aldaba con vigor. Un mayordomo les abrió e inmediatamente se apartó para dejarlas entrar. A Charlotte le sorprendió que no les preguntara el motivo de su visita, pero lo achacó a que la había reconocido como hermana de su señora.

—¡Jocelyn! —gritó—¡Jocelyn! No contesta —añadió nerviosa dirigiéndose a su prima.

—Ella no está aquí —dijo alguien a sus espaldas.

La voz, suave y atildada, la hizo estremecerse. Se dio la vuelta para encarar a Edward Balfour, con su rostro alargado y sus cabellos ralos pegados al cráneo. Balfour, el traidor. Charlotte miró a Lynette con nerviosismo y su prima le devolvió una mirada impasible.

—¿Dónde está? —preguntó Charlotte con firmeza, tratando de que su nerviosismo no se delatase en su voz.

—En nuestra villa a las afueras de Londres, con el ama de llaves —respondió Balfour con aburrimento—. Yo tengo asuntos que atender en la



ciudad y lo que menos necesito es a una mujer quejicosa y estúpida molestándome.

Charlotte lo señaló con un dedo.

—Sé lo que es usted. Sé lo que ha estado haciendo. ¡Ha traicionado a su país y ha intentado involucrar a mi esposo!

—Lo sabe, ¿eh? —dijo Balfour con indiferencia—. Y como la muchacha estúpida que es, ha decidido venir aquí a hacerme frente.

—He venido a buscar a mi hermana. ¿Qué le ha hecho?

—Nada. —Balfour se encogió de hombros—. La última vez que la vi estaba contemplando el jardín con cara de pena. Una muchacha muy boba y aburrida.

Charlotte lo miró con odio.

—No va a librarse de esta, Balfour. Todo el mundo se enterará de lo que ha hecho. Acabará con el cuello rebanado sobre un tajo. Vámonos de aquí, Lyn...

Las palabras se entrecortaron en su boca. Sintió en la nuca un dolor sordo, palpitante, un dolor que se extendió por todo su cuerpo e hizo que las piernas le flaqueasen. La boca se le llenó de sangre y la habitación comenzó a girar ante ella mientras caía, primero sobre sus rodillas, luego al suelo como un peso inerte.

Todo se volvió oscuro.



Benjamin y Oliver entraron en Bainbridge Hall a grandes zancadas. La lluvia había convertido el jardín en un humedal y la mansión parecía

extrañamente tranquila y vacía. Benjamin llamó a su esposa y sus gritos resonaron en las paredes como un eco.

—¡Charlotte! ¡Charlotte!

—Parece que no está aquí—dijo Oliver.

Benjamin no respondió. Tenía la mirada fija en las huellas frescas y embarradas que había en la alfombra del vestíbulo. Botas grandes. Botas de hombre. El alma se le cayó a los pies. Maldición, habían llegado tarde.

El ama de llaves asomó la cabeza por la puerta que daba al pasillo y soltó una exclamación de alivio al verlos.

—¡Excelencia! ¡No sabe cómo me alegro de que haya vuelto! Perkins y yo estábamos convencidos de que todo había sido un malentendido. ¡Llevarse a usted, el duque de Bainbridge, como a un vulgar ladrón! Sabíamos que no tardaría en volver. Supongo que pedirá responsabilidades, ¿verdad? Apuesto a que el rey no estará nada contento de que hayan tratado así a uno de sus lores más fieles.

Benjamin atajó con un gesto el chorro de palabras.

—¡Cállate, Mary! ¿Cómo puedes estar cotorreando tan tranquila cuando se han llevado a la duquesa?

—¿Disculpe? —Mary abrió unos ojos como platos.

—Los guardias han estado de nuevo aquí, ¿verdad? —Benjamin señaló las huellas húmedas.

—Ah, sí. —La mujer miró las manchas con disgusto—. Y han echado a perder una de sus mejores alfombras. Pero ellos no se han llevado a la duquesa, no señor.

—¿Cómo? —Benjamin le aferró la mano.

—Los muy brutos registraron toda la casa. Tendría que ver cómo han dejado el piso de arriba. Incluso metieron las manos en los cajones de las... ehm...

disculpe, enaguas de milady. Pero ella ya no estaba aquí. Se había ido un rato antes en el carruaje.

—¿En el carruaje? Pero, ¿a dónde? ¡Si está enferma!

—No lo sé, señor. —Mary meneó la cabeza con pesar—. Yo no la vi, estaba haciendo inventario en la despensa. Pero Katie, la doncella, me dijo que parecía encontrarse mucho mejor y que se marchó con lady Lynette. No dijo a dónde se dirigían.

Benjamin se mesó los cabellos. Aquello era como el eterno juego del gato y el ratón, donde Charlotte siempre se le escurría entre los dedos y él no dejaba de llevarse sorpresas desagradables.

—¿Qué hacemos ahora, Oliver?

Su amigo se llevó un dedo a los labios para instarle a guardar silencio y se acercó a la ventana. Del exterior llegaba el sonido de cascos de un caballo y Benjamin vio entre la cortina de agua como una figura encapuchada descabalgaba de un corcel pardo y corría hacia la puerta. Se quedó muy asombrado al reconocer a su cuñada, que estaba completamente empapada y parecía encontrarse en un estado de nervios similar al suyo propio.

—¿Jocelyn? ¿Qué ha pasado? —preguntó abriendo la puerta para dejarla entrar—. Mary, traiga toallas inmediatamente.

Jocelyn se agarró a sus antebrazos.

—¡Mi hermana! —jadeó— ¿Dónde está mi hermana? Tengo que verla inmediatamente.

—¡Se ha marchado con Lynette en el carruaje o eso acaban de decirme! —dijo Benjamin exasperado— ¿Qué demonios está pasando aquí?

—¿Con Lynette? —Jocelyn se quedó congelada por un momento, una expresión de pánico tiñendo sus ojos claros—. ¿A dónde han ido? ¡Es muy importante que las encontremos! Charlotte no está segura con ella.

—¿Qué dices? —Benjamin frunció el ceño con confusión.

—Lynette no es lo que parece. No me fío de ella.

Benjamin negó con la cabeza.

—¿Cómo? No, tienes que estar equivocada. Lynette quiere mucho a tu hermana. Cuando Charlotte se desmayó esta mañana, ella parecía tan preocupada como yo mismo y...

Benjamin se interrumpió. Un recuerdo atravesó su mente: Lynette arrodillada junto a su esposa, quitándole los guantes para tomarle el pulso. Más tarde, Charlotte le había asegurado que había *algo importante* escondido en uno de sus guantes, algo que había desaparecido. ¿Sería posible? Tragó saliva.

—Lynette es peligrosa, te lo aseguro —dijo Jocelyn con impaciencia.

—Pero...pero... Daniel era un hombre cabal e inteligente. Estoy seguro de que no se hubiera enamorado de una mala muchacha.

—¿Disculpa? —Jocelyn saltó como si hubiese recibido un latigazo.

—Daniel Redfern y Lynette estaban juntos, ¿no lo sabías? Se amaban.

—Eso no es cierto —dijo Jocelyn con acritud.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Jocelyn alzó la barbilla y lo miró. Fue una mirada distinta de las que Benjamin había visto hasta entonces en el rostro de su cuñada. Una mirada clara, arrogante, que en cierto modo le recordó a Charlotte. Cuando habló, Jocelyn lo hizo con voz firme, con orgullo.

—Porque yo era la prometida de Daniel Redfern —dijo.

## CAPITULO 12

Charlotte parpadeó lentamente, tratando de acostumbrarse a la penumbra que la rodeaba. Le dolía terriblemente la cabeza y cuando se llevó una mano a la nuca se dio cuenta de que se le había formado un chichón tan grande como un huevo. ¿Dónde estaba? Se dio cuenta de que estaba recostada en un lujoso diván, flanqueada por un montón de muebles antiguos. Breves imágenes fueron apareciendo en su mente: la lluvia, su trayecto en carruaje con su prima... Sintió una oleada de pánico al recordarlo todo: habían caído en las garras del traidor. ¿Y dónde estaba Lynette? ¿Qué le habría hecho ese animal?

—¿Cómo es posible que el veneno no haya acabado con ella? Debiste haberle dado una dosis mayor —dijo una voz conocida. Balfour. Charlotte se quedó muy quieta y rechinó los dientes con furia.

—La dosis era la correcta. Yo misma le di instrucciones a la criada de la taberna para que la pusiese en su vino. Se ha salvado porque lo vomitó todo al llegar a casa. ¡Y tuve que fingir que me preocupaba por ella, mientras por dentro deseaba estrangularla allí mismo! —respondió otra voz. Charlotte se quedó congelada. No podía ser. Se incorporó a duras penas, apoyándose en una mano y atisbó por encima del respaldo del diván. Balfour y Lynette hablaban con las cabezas muy juntas, con familiaridad. Charlotte soltó una exclamación de horror y los dos se giraron hacia ella.

—Vaya, la duquesita se ha despertado —se burló Balfour.

—Espero que hayas tenido dulces sueños —repuso Lynette con voz átona—. Seguro que han sido mejores que la realidad a la que vas a enfrentarte ahora.

Charlotte la miró boquiabierta.

—¿Tú? —preguntó.

—Yo, querida —respondió Lynette. Ya no era la joven de modales

intachables que había llegado a Pinecrest Manor. Tampoco la muchacha enamorada de Daniel Redfern que vertía su pasión en un montón de cartas. La mujer que Charlotte tenía ahora ante ella parecía despiadada y fría, con un rictus de desprecio pintado en sus finos labios y un brillo de crueldad en los ojos. Charlotte sintió una dentellada de pánico en su estómago al darse cuenta de que no tenía ni idea de quién era esa joven: Lynette, la de las mil caras.

—No es posible —negó aturdida.

—Oh, ya lo creo que lo es —respondió Lynette— ¿Recuerdas que una vez me dijiste que tenía dotes de actriz? Pues ya lo ves. De hecho, durante una temporada pensé en dedicarme a ello, antes de que tu padre decidiese hacer su buena acción anual y llevarme a su casa —añadió con desprecio.

—Hubieras tenido mucho éxito, cariño. Aunque este papel que te ha tocado representar nos reportará muchos más beneficios —dijo Balfour acercándose a ella y besándola en los labios. Charlotte sintió una oleada de rabia.

—¿Con él, Lynette? ¿Con el marido de mi hermana? ¿Cómo has podido?

Lynette se encaró con ella, los brazos en jarras.

—Como tú misma dijiste una vez, primita; por amor.

—¿Amor? —Charlotte negó con la cabeza—. Sea lo que sea esa retorcida relación que tenéis, no puede ser amor.

—¿Y tú que sabes? —ladró Lynette—. Siempre con ese tonillo de suficiencia, siempre dejando claro que estás por encima de los demás. Así te va, Charlotte. Nunca te enteras de nada.

—Pero... ¿y Daniel Redfern? Las cartas...

—No fui yo, sino tu querida hermana la que escribió esas cartas —dijo Lynette—. A veces no puedo dormir por las noches y me dedico a deambular por ahí. Siempre me ha gustado recorrer las casas de los demás, una nunca sabe si va a encontrar algo interesante... ¡Y vaya si lo encontré! En un rincón del jardín, bajo uno de los bancos de piedra, un paquete de cartas muy bien

escondido. Me quedé muy sorprendida... ¡Vaya con Jocelyn, la mosquita muerta! ¿Quién iba a pensar que mantenía una relación ilícita con Daniel Redfern? Algunas de las cartas las había escrito ella y las había guardado sin enviar (y posteriormente nos fueron muy útiles, pues Westbrook las usó para chantajearte) y otras eran las que él le había escrito a ella. Me di cuenta de un extraño detalle: Daniel siempre se dirigía a Jocelyn con el diminutivo de Lyn, las tres últimas letras de su nombre. Me pareció curioso, ya que mi padre también solía llamarme Lyn a mí, cuando se ponía cariñoso—. El tono de Lynette se endureció—. Algo que la señorita remilgada y yo teníamos en común, aunque por lo demás nuestras vidas han sido muy distintas. Ella siempre vivió como una reina mientras nosotros sufríamos carencias y penalidades. Así pues, decidí quedarme con las cartas, con la esperanza de que me fueran útiles en el futuro.

—Nadie más que tu padre tiene la culpa de sus vicios y de su mala vida — dijo Charlotte—. Mi padre te acogió en nuestra casa, como a una hija más.

—¿Cómo a una hija más? —Lynette habló con tono agudo e indignado— ¡El conde solo piensa en casar bien a sus hijas! ¿Sabías que Edward se fijó en mí mucho antes que en Jocelyn y que incluso pensó en hablar con tu padre para cortejarme? Sin embargo, la dote que mi tío me asignó es una minucia, una burla. Edward tiene muchas deudas. Si quería salir adelante necesitaba una dote fuerte, como la de tu hermana. De modo que se vio obligado a casarse con una mujer aburrida, triste...

—Y desvergonzada —interrumpió Balfour—. Además de demasiado orgullosa para su propio bien. Incluso se atrevió a rechazarme la primera vez que me acerqué a ella, a pesar de que le dije que sabía lo suyo con Redfern y estaba dispuesto a contárselo a todo el mundo. La muy idiota... Solo aceptó casarse conmigo cuando se enteró de que Redfern le había dejado un pequeño regalo... Sí, un hijo fuera del matrimonio era más de lo que la señorita estaba dispuesta a soportar.

Charlotte ahogó un sollozo, sin dar crédito a lo que oía. Recordó la profunda tristeza de su hermana semanas antes de su boda con Balfour, sus ataques de llanto, su desesperación y, al mismo tiempo, su firme convicción de casarse con él a toda costa. Ahora lo entendía. Lo había hecho para evitar tener un hijo ilegítimo.

—¿Jocelyn está embarazada? —musitó.

—Ya no —respondió Balfour casi con deleite—. Lo perdió accidentalmente justo después de nuestra boda.

—Tú nunca la amaste —dijo Charlotte mirándolo con odio.

—¿Y te crees que ella no lo sabía? Fue un trato justo. Ella conseguía un “padre” para su bastardo y yo lograba saldar mis deudas. Lynette fue la que más sufrió con todo este arreglo, a pesar de que sabía que yo jamás la abandonaría —dijo Balfour—. Además, la boda con tu hermana me proporcionó otro útil beneficio: la entrada en el Consejo del Mar, gracias a la invitación de tu padre.

—Para conseguir información y venderla, ¿no es así? Tú eres el traidor a la Corona —dijo Charlotte entornando los ojos—. Eres un canalla.

Balfour sonrió, haciendo caso omiso a los insultos.

—¿Qué puede haber más placentero que traicionar a unos cuantos aristócratas idiotas a cambio de grandes cantidades de oro? Mi entrada en el Consejo del Mar me facilitaba el acceso a los mapas. Mi intención inicial era vendérselos a Jack *el Rojo*, sí. Sin embargo, de repente aparecisteis Bainbridge y tú en escena y eso cambió las cosas.

—¿Qué tiene que ver mi esposo con todo esto? ¿Por qué tratasteis de implicarlo a él? —preguntó Charlotte. Tenía la sensación de que había algo más que se le escapaba. Algo relacionado con Benjamin y con el odio que aquellos dos parecían profesarle.

—Benjamin Thomson tiene algo que me pertenece. El ducado de Bainbridge y todas sus posesiones deberían ser nuestras y no tuyas —replicó Lynette, su rostro crispado por una mueca de desprecio.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loca?

—En absoluto. —Lynette se acercó más a ella—¿Recuerdas que una vez te conté que mi madre era una aristócrata repudiada por su familia? Ella era la



hermanastra del antiguo duque de Bainbridge, que murió sin descendencia. Él siempre la despreció en vida y la echó de su casa cuando se enamoró de mi padre, un indeseable a sus ojos. Llegó hasta el punto de legarle su ducado a Benjamin Thomson, un primo lejano, antes que a ella. Como si fuésemos escoria... En su testamento menciona que mi madre o sus descendientes solo tendrían derecho al ducado en caso de que Benjamin Thomson fallezca o caiga en desgracia. Desde que lo supimos, deshacernos de él se convirtió en nuestro principal objetivo.

Charlotte retrocedió unos pasos hasta que su espalda chocó con la pared. Aquello era repulsivo, monstruoso.

—Al principio nos parecía una tarea imposible —Balfour tomó el relevo—. Hasta que tú le contaste a Lynette ese extraño plan para ahuyentar a Westbrook, que implicaba que te descubriese con Bainbridge en una situación comprometida. El resto ya lo conoces. Lynette fue a visitar a tu duque, fingiendo ser la prometida de Redfern, y le convenció para que te tendiera una trampa y acabase casado contigo. Como bien sabes, funcionó: Benjamin Thomson deseaba más que nada vengar la muerte de su amigo.

—Así es —asintió Lynette—. A nosotros nos debes el haberte convertido en la duquesa de Bainbridge. Un papel que te queda grande, por cierto, pero resultó útil para nuestros planes. Necesitábamos a alguien dentro de Bainbridge Hall. Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos más aún o eso dicen, ¿verdad?

—Me utilizasteis como instrumento para hacer caer a Benjamin —dijo Charlotte asqueada.

Balfour rió con desprecio.

—No fue difícil convencer a Westbrook para que nos ayudase. El hombre te odiaba desde que le dejaste en ridículo ante todo Londres y además era codicioso. Le prometimos oro a cambio de representar su pequeña farsa de chantajista. Las cartas firmadas por tu hermana que Lynette había encontrado fueron muy útiles para acabar de convencerte. Todo iba bien: tú parecías haberte plegado a nuestras exigencias, teníamos la copia del mapa, el sobre con los sellos del ducado. Todo estaba preparado para la caída de Bainbridge,

para hacerles creer al rey y a todo Londres que era él quien trabajaba con Jack *el Rojo*. Hasta que decidiste estropearlo todo.

—Sí, Charlotte, eres un auténtico desastre. —Su prima meneó la cabeza, como si la estuviera regañando por haber hecho mal un bordado—. Eres demasiado impulsiva. Cuando me contaste que habías acudido a Westbrook con esa estúpida confesión apenas pude creerlo. ¡Eso lo arruinaba todo! No podíamos consentir que él la publicase y que la responsabilidad cayese solo sobre ti. Bainbridge tenía que caer también. De modo que tuvimos que deshacernos de Westbrook.

—¿Deshaceros de Westbrook? —Charlotte empezaba a comprender—¿Eso era lo que estabas encargando a ese tal Devlin en la taberna? ¿Su asesinato, en lugar del robo de mi confesión?

—Oh, también queríamos que robase tu confesión, por supuesto —dijo Lynette—. No podíamos permitir que te inculparas a ti sola y Bainbridge quedara impune. Tu duque es nuestro principal objetivo. Sin embargo, parece que algo falló y Devlin no completó el encargo. Westbrook está muerto, sí, pero seguimos sin tener la confesión, lo cual nos deja en una situación muy poco agradable. Y por tu culpa hemos tenido que liquidar a un preciado colaborador.

—Tanto como preciado... —Balfour habló arrastrando las palabras—. El pobre era bastante zoquete. Y ese horrible olor a cebolla... Fue útil mientras duró su farsa, eso sí, hasta que el muy ladino trató de actuar por su cuenta y engrandecer su basura de periódico con la primicia de tu confesión. En fin, lo hecho, hecho está. La pregunta es, ¿qué vamos a hacer ahora contigo?

Un silencio espeso siguió a esas palabras. Charlotte tembló. Había creído sentir miedo antes, en otros momentos de su vida, pero lo que experimentaba ahora era el terror más descarnado. Le parecía estar contemplando la maldad en estado puro en los dos rostros que tenía delante.

—Nuestro plan inicial se ha venido abajo —dijo Balfour—. El Consejo del Mar es un hervidero, me han llegado noticias de que han detenido a tu esposo y que cuando ya le daban por culpable, su amigo Wolcott apareció con la dichosa confesión. Debe haberla sustraído de Westbrook, antes o después de

su asesinato. El caso es que, ahora mismo, la culpabilidad de Bainbridge está en tela de juicio.

—Y el duque tiene que caer —dijo Lynette, el odio rezumando de sus palabras—. Si no podemos hacerlo señalándolo como a un traidor, se hará de otro modo.

—Sí —asintió Balfour—. Estoy pensando en algo más creativo. ¿Qué tal un doble suicidio? La duquesa se quita la vida, loca de arrepentimiento por haber traicionado a su esposo. Él, incapaz de soportar la traición y el amor perdido, se vuela la tapa de los sesos. Suena poético, ¿verdad? Se podría escribir una ópera sobre ello. ¿No te gustaría que vuestros trágicos amores acabasen representándose en Covent Garden? A ti te hemos cazado ya; a tu duque le haremos una visita en los próximos días.

—No os saldréis con la vuestra. —Charlotte tenía la boca seca, los labios tan rígidos como trozos de papel mojado. Aquellos dementes estaban hablando de matarla, de matarlos a los dos.

—Ah... ¿no? —Ellos rieron ante su miedo—¿Y quién va a impedirlo?

Charlotte se abrazó a sí misma, aterrorizada. Era cierto, ¿quién iba a acudir en su ayuda? Fuera, la tormenta arreció y dos potentes truenos hicieron temblar los cristales de la ventana. Entre ambos, Charlotte creyó oír un sonido distinto, más tenue, similar a los cascos de un caballo. ¿Sería posible? Habló en voz alta, tratando de tapar con sus palabras esos nuevos sonidos,

—Mi doncella sabe que me marché contigo, Lynette. ¿Qué pensará todo el mundo cuando encuentren mi cadáver? Te culparán a ti. Todos sabrán que la hija de Gerard Berkeley ha heredado la mala sangre de su padre y es una asesina. Tus deseos de hacerte un lugar en la alta sociedad quedarán destruidos.

—¿Qué tontería! —Lynette meneó la cabeza—. No temas, encanto, prepararemos tan bien el escenario que nadie tendrá dudas de tu suicidio. Por supuesto, yo representaré mi papel, llorando desesperada ante tu cadáver. Incluso me compraré un vestido negro en tu honor. Y dentro de unos días Devlin le hará una visita a tu duque... y él seguirá tus pasos.

—Cierto —dijo Balfour—. Incluso tendremos de la deferencia de dejarte escoger que método prefieres: asfixia, cuchillo... ¿tal vez una bala?

—Una bala es lo que va a acabar alojada en esa patata deforme que tienes por cabeza, Balfour —tronó una voz furiosa a sus espaldas.

Charlotte estuvo a punto de desmayarse de alivio. ¡Benjamin! El duque acababa de entrar como una tromba y no parecía nada contento. Sus ojos recorrieron a Charlotte de arriba abajo, como para asegurarse de que estaba bien y después se centraron en Balfour, brillantes de ira. Una mujer delgada envuelta en una capa entró tras su esposo y a Charlotte le dio un vuelco el corazón al reconocer a su hermana. ¡Jocelyn estaba bien!

—Vaya, vaya, qué agradable visita —dijo Balfour girándose para encarar a Benjamin—. El duque y la duquesa de nuevo reunidos y además con una adorable acompañante... ¿Cómo estás querida esposa? —dijo mirando a Jocelyn. Ella le devolvió una mueca de asco.

—Déjalo ya, Balfour —dijo Benjamin—. Estáis acabados. Mi amigo Oliver Wolcott ha ido a buscar a los guardias y estarán a punto de llegar. Pronto estaréis los dos donde os corresponde: en un calabozo.

—¿Eso crees, Bainbridge? —Balfour abandonó el tono de ironía y sus ojos brillaron como piedras de hielo negro—. Estás muy equivocado si crees que vamos a rendirnos tan fácilmente.

Su mano voló hacia su cintura al mismo tiempo que lo hacía la de Benjamin. Ambos sacaron sus armas a la vez y se encañonaron mutuamente, mirándose con odio. Charlotte gimió con horror y Jocelyn, más blanca que una sábana, se pegó a la pared del fondo.

—Parece que estamos en tablas —dijo Balfour con frialdad—. Ahora la pregunta es ¿quién será el primero en rendirse?

—No seré yo, te lo aseguro —repuso Benjamin.

Charlotte se retorció las manos, nerviosa. ¿Cómo salir de una situación así? Un disparo de Balfour y todo terminaría. Si ella pudiera ayudar a Benjamin de

algún modo...quizá saltar sobre la espalda de Balfour y hacerle perder el equilibrio. Empezó a caminar muy despacio, pegada a la pared, vigilando por el rabillo del ojo a su prima. Si alguien en aquella habitación le daba verdadero miedo, esa era Lynette.

—Edward, baja el arma —dijo en ese momento Lynette con voz suplicante—. No podría soportar que te hiriese.

—No digas tonterías —gruñó él.

—Haz caso a tu amante, Balfour —dijo Benjamin con desprecio.

—Edward, por favor. —Las palabras de Lynette sonaron casi como un quejido y ella se echó hacia delante, como si fuera a arrodillarse para suplicar. Sin embargo, con un movimiento veloz e imprevisto, se abalanzó sobre Charlotte y la sujetó por detrás, al tiempo que una pequeña daga emergía de la manga de su vestido. Charlotte sintió el tacto helado del filo en su garganta y un dolor muy agudo. Diminutas gotas de sangre comenzaron a resbalar por su escote y ella gritó de dolor. Lynette se había salido de nuevo con la suya.

—Tira la pistola, Bainbridge —ladró Lynette—. Tírala ya, si no quieres que le rebane el pescuezo aquí mismo.

Charlotte vio como una expresión de horror cruzaba el rostro de su esposo. Al fondo de la estancia, Jocelyn se había hecho un ovillo y se tapaba la cara con las manos, como si no pudiera soportarlo más. Muy lentamente, Benjamin bajó su pistola y la tiró al suelo. Le mostró ambas manos vacías a Balfour, que lo miraba con expresión de triunfo.

—Suelta a mi esposa, Lynette, te lo ruego —dijo Benjamin.

—No estás en posición de rogar nada, Bainbridge. —Edward Balfour alzó su pistola y apuntó al duque en plena frente. Liberó el disparador con un crujido y se preparó para disparar. Charlotte gritó y se retorció, tratando de librarse del agarre de su prima. Lynette apretó el puñal con más fuerza sobre su cuello y nuevas gotas de sangre brotaron y se deslizaron por su pecho.

Charlotte vio como Benjamin cerraba los ojos, vencido y los cerró ella también.

Un disparo estremecedor resonó en el silencio de la estancia.

“No”. “No”. La palabra resonaba como un eco en el cerebro de Charlotte, entre el manto de miedo que la rodeaba. Se dio cuenta que el sonido no provenía de su mente, sino que era real: alguien gritaba. Lynette. Su prima la soltó de repente y se lanzó al suelo, envuelta en un llanto agudo y doloroso. Desconcertada, Charlotte abrió los ojos. Edward Balfour yacía en el suelo, convulsionando, con los ojos en blanco y la boca llena de una espuma sanguinolenta. Una mancha de sangre oscura comenzaba a extenderse en la pechera de su camisa blanca.

Todos se volvieron hacia la puerta, donde el hombre que acababa de disparar todavía sujetaba el arma con mano temblorosa.

—Creo que le he ma... ma... ma... matado —tartamudeó Andrew Parker.



La tormenta había cesado y el cielo aparecía limpio y oscuro, apenas iluminado por una luna menguante. Benjamin, Charlotte, Jocelyn y Andrew Parker estaban reunidos ante un gran fuego en el salón de Bainbridge Hall, bebiendo tazas de café fuerte y tratando de recuperarse de la horrible experiencia vivida.

Todo había terminado. Oliver Wolcott había llegado a la mansión de Balfour con los refuerzos prometidos y Lynette, vociferante y desgredada, había sido conducida a la Torre de Londres. Habían sido necesarios los esfuerzos de tres hombres para separarla del cadáver de Edward Balfour. Por una vez, la muchacha no estaba fingiendo.

Andrew Parker, que había recibido tantos abrazos y palmadas en el hombro de parte del duque que le dolía la espalda, se había convertido en el héroe de la noche.

—¿Cómo llegaste allí? ¿Cómo sabías donde estábamos? —le preguntó Benjamin.

—¡Ah!, en cuanto a eso... —Parker intercambió una mirada con Jocelyn que, arrebujada en una manta, no soltaba la mano de su hermana—. Digamos que lady Jocelyn y yo te... teníamos en marcha un pequeño acuerdo.

—Cierto —convino Jocelyn ante las miradas inquisitivas de su hermana y su cuñado—. El señor Parker aceptó hace tiempo hacer un pequeño trabajo para mí. Como secretario del duque de Bainbridge, yo sabía que tenía acceso a todos los avances y actividades del Consejo del Mar. Prometió mantenerme informada de todo lo que sucedía. Como entenderéis... yo también quería saber qué había sido de Daniel —añadió con la voz entrecortada.

—Me ma... mantuve alerta, observando —añadió Parker—. Nadie se fija mucho en un secretario aburrido y ta...ta... tartamudo. El comportamiento de la du... duquesa me pareció extraño, aunque no llegué a so... sopear lo que estaba pasando. Su... supongo que lo hubiera averiguado con el tiempo, de no haberse pre... precipitado los acontecimientos. Si... sin embargo, alguien más llamó mi atención. Me di cu...cuenta de que lady Lynette estaba haciendo lo mismo que yo: observando, vigilando. Pero... ¿con qué mo... motivo? Un día, su Excelencia me contó que Lynette había estado prometida con Daniel Redfern. Eso me extrañó porque, si bien lady Jo...Jocelyn no me había contado sus motivos para interesarse por el paradero de Redfern, para mí eran bas... bastante evidentes. Co... comencé a vigilar a Lynette. Un día la vi reunirse en Londres con Ba...Balfour y noté que actuaban con fa... familiaridad, así que escribí a lady Jocelyn para informarle de mis sospechas sobre el co... comportamiento de su prima y cuando ella y su Excelencia partieron hacia la mansión de Balfour bajo la llu...lluvia decidí seguirles. Me alegro de haber llegado a ti... tiempo.

—Yo también me alegro —dijo el duque estrechándole la mano—. Todos estaríamos muertos de no ser por ti.

—Todavía no logro comprender como pudiste ocultarme lo tuyo con Daniel durante tanto tiempo —dijo Charlotte mirando a su hermana.

Jocelyn suspiró, una sombra de dolor cubriendo sus ojos a medida que los recuerdos se hacían más vívidos en su mente.

—Quisimos mantenerlo en secreto por un tiempo —explicó—. Íbamos a hablar con papá, pero antes de su último viaje discutimos y rompimos. Yo no quería que fuese, era una travesía muy larga y peligrosa y temía que le sucediese algo malo. Daniel quería ir a toda costa... La última vez que nos vimos se marchó muy enfadado y cuando dejé de recibir cartas tuyas creí que me había olvidado ya. Por ese entonces me di cuenta de que estaba en estado. ¡No sabía qué hacer! Balfour se presentó un día en casa y me contó que estaba enterado de todo. Acepté su propuesta para evitar tener un hijo fuera del matrimonio...y justo en esos días llegó a Londres la noticia del abordaje y la muerte de Daniel. Fueron tiempos horribles.

Charlotte apretó la mano de su hermana. Todo el horror y el sufrimiento que Jocelyn había padecido en los últimos tiempos parecían concentrarse en el cuerpo nervudo de su hermana, frágil pero a la vez provisto de una fortaleza que Charlotte jamás hubiera sospechado. Miró a Benjamin, que le devolvió una mirada tierna. El amor podía ser algo magnífico, sublime, algo por lo que merecía la pena luchar. Pero también podía ser terrible y descarnado, como un camino demasiado tortuoso. Su hermana era la prueba de ello.

—¿Estás bien? —le preguntó en un susurro.

Jocelyn le devolvió una sonrisa triste.

—Todavía no. Pero lo estaré, con el tiempo.

Un tumulto de pasos nerviosos llegó en ese momento desde el vestíbulo. Los condes de Pinecrest entraron presurosos, la preocupación pintada en sus rostros.

—¿Estáis todos bien? ¿Qué ha sucedido? —El conde estaba muy colorado y se limpiaba el sudor de la frente con un pañuelo—. Íbamos camino de Essex y un mensajero interrumpió nuestro carruaje con las noticias más increíbles.



Dicen que lord Balfour ha muerto y que Lynette ha sido detenida y... ¡Oh! Pero, ¿qué haces aquí Jocelyn?

La condesa de Pinecrest interrumpió el chorro de su marido con un seco gesto de la mano. Echó un breve vistazo a sus hijas y, con el instinto propio de una madre, supo instantáneamente cuál de las dos la necesitaba más en ese momento. Abrió los brazos de par en par y Jocelyn se precipitó hacia ella, sollozando.

—¡Oh, mamá! ¡Ha sido tan horrible...!

—Tranquila, cariño —dijo lady Berkeley con firmeza—. Ahora me contarás todo lo que ha pasado, pero no debes sufrir más. Ya lo verás —añadió mirando con fiereza a todo el mundo, como retándoles a llevarle la contraria—. Todo acabará arreglándose con el tiempo. Siempre lo hace.

# EPILOGO

## Seis meses después

El cielo era una cúpula azul y brillante, como pintada sobre un lienzo. El *Charlotte* se deslizaba ágil y apacible, sobre un mar tan tranquilo como una balsa de aceite. Una vez construido, el barco real había resultado ser una copia exacta de la miniatura de madera que Benjamin le había regalado a Charlotte mucho tiempo atrás y que ya se había ganado un lugar muy especial en el corazón de la duquesa.

Charlotte se apoyó en la baranda y sonrió. Todo lo que la rodeaba le parecía magnífico y vigorizante: el olor a salitre, la brisa que le alborotaba el pelo, los gritos lejanos de las gaviotas. Tan distinto de Londres, esa ciudad llena de peligros que habían estado a punto de costarle la vida. Charlotte reflexionó sobre los acontecimientos de los últimos tiempos. Tras meses de trabajo, el Consejo del Mar había conseguido su objetivo y Jack *el Rojo* había sido atrapado con todos sus hombres durante un abordaje fallido. Durante dos semanas seguidas, el patio de la Torre de Londres se tiñó de rojo y el hacha del verdugo dejó oír su espeluznante silbido una y otra vez, al tiempo que todos ellos iban siendo ajusticiados y el público bramaba enardecido. Lynette, por su parte, languidecía en una celda oscura, sin esperanza de volver a ver la luz del sol.

Sin embargo, el mayor deseo de Benjamin, el que había motivado su entrada en el Consejo, no había podido cumplirse. El destino de Daniel Redfern seguía siendo un misterio y ni Jack ni sus hombres habían querido o sabido explicar cómo había terminado sus días el joven lord. Todos se habían resignado a aceptar que su fin había sido el mismo que el de tantos marineros anónimos: sus huesos yaciendo en algún punto desconocido del fondo del océano.

Charlotte suspiró. El señor Smith, el capitán, la saludó alegremente desde

su puesto en cubierta.

—¡Buenos días duquesa! Hoy nos espera un buen día y si la cosa sigue así llegaremos al puerto de Edimburgo antes del mediodía. Su esposo se alegrará de pisar tierra firme. —El capitán frunció la nariz y bajó la voz con complicidad—. Entre usted y yo, milady, el duque no tiene estómago de marinero.

Charlotte rió quedamente. Lo cierto era que Benjamin se había pasado la mayor parte de la travesía recluido en su camarote, con cara de sufrimiento y contando los días para llegar a puerto. Como adivinando sus pensamientos, el duque apareció en ese momento en cubierta, con el rostro menos amarillento que en los últimos días.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Charlotte, risueña.

—¿De quién ha sido esta terrible idea de viajar hasta Escocia en barco? —gruñó él—. Hubiera sido mucho más fácil y agradable ir por tierra, en carruaje, como hace la gente normal.

Charlotte se rió en su cara.

—No me hubiera casado contigo si hubiera sabido que eras tan proclive a los mareos —bromeó.

Él la besó en la cabeza, en el lugar donde su mata de cabello formaba un remolino indómito.

—A a algunos nos corre sangre por las venas, no como tú que parece tener agua de mar —replicó.

*“Y como Daniel Redfern, que había llevado el océano en el corazón hasta su último momento”,* pensó Charlotte. Una repentina oscuridad en los ojos de Benjamin le dijo que él también había recordado a su amigo en ese momento.

—¿Cómo está Jocelyn? —preguntó él.

Charlotte se encogió de hombros. Su hermana había vuelto a vivir en Pinecrest Manor y trataba de recuperarse de las heridas del alma. Todavía

estaban ahí y, a veces, aún sangraban; pero Charlotte confiaba en que con el tiempo se convirtiesen en cicatrices finas y casi invisibles. Si algo había aprendido, era que su hermana era mucho más fuerte de lo que parecía.

Dos cormoranes planearon sobre sus cabezas y se posaron sobre un mástil, justo encima del dibujo de la paloma y el halcón que Benjamin había mandado grabar en el casco. Las aves ahuecaron sus plumas con los picos muy juntos, como dos viejos amantes.

Benjamin y Charlotte sonrieron. Se besaron, y sus sombras sobre la cubierta se convirtieron en una sola.

Con la confianza y la parsimonia del que tiene el mundo a sus pies y el destino en sus manos, las dos aves marinas alzaron el vuelo y se perdieron en el horizonte.

Fin

# NOTA DE LA AUTORA

¡Muchas gracias por leer **“El destino de una dama”**! Espero que hayas disfrutado con la lectura.

Esta novela forma parte de la serie **#Damas**, que constará de cuatro títulos de romance histórico ambientados en la Regencia. Todas ellas son autoconclusivas y se pueden leer de forma independiente. Hasta la fecha, son dos las novelas de la serie ya publicadas en Amazon.

#Serie Damas 1: **“La decisión de una dama”**

#Serie Damas 2: **“El destino de una dama”**

Próximamente, nuevos títulos de la serie verán la luz, incluyendo la historia de Jocelyn, la hermana de Charlotte. Sí, ¡ella también tendrá su propia historia y su final feliz!

Si quieres estar al tanto de todas las novedades y publicaciones, te invito a seguir mi página de Facebook:

<https://www.facebook.com/TRIXIESCRIBE>

# SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Soy Trixie George y me encanta contar historias y plasmar sueños en un teclado. Escribir es mi pasión, además de pasar tiempo con mi familia, pasear por la playa y las sesiones maratónicas viendo Netflix.

¿Quieres contactar conmigo? Aquí te dejo mis redes sociales, estaré encantada de charlar contigo.

Facebook: [Trixie George](#)

Twitter: @Trixiescribe

Email: [trixiegeorgeautora@gmail.com](mailto:trixiegeorgeautora@gmail.com)